

A woman with dark hair styled in an updo with a gold floral headpiece, wearing a strapless, floor-length purple gown with a gold floral bodice. She is posed against a dark background with golden bokeh lights.

Sarah Worth

LEOPATRA

DAMA atropa a
VIZCONDE

© Sarah Worth

DAMA ATRAPA A VIZCONDE

ASIN: B0CTFDXHTK

Sello: Independently published

Primera edición, abril de 2024.

Impreso en España.

Diseño de portada: Sarah Worth.

Reservados todos los derechos.

Inscrito en Safe Creative: 2401296790466

Dama atrapa a

Vizconde

Cleopatra

Sarah Worth

*«Los acuerdos nunca salen como uno los prevé.
La inteligencia y honestidad pueden resultar convenientes,
porque cuando el corazón desea,
la razón se nubla y el amor nace fuerte,
sin espinas, lleno de esperanza».*

Sarah Worth.

Sinopsis

Lady Cleopatra Archer sabe que cuando a su hermana pequeña se le mete algo entre ceja y ceja, no hay nada ni nadie que la disuada. La endemoniada Charlize se ha propuesto que se case esa temporada, y por más que a Cleo le seduzca la idea, lo quiere hacer por sus propios medios.

Así que cuando Cleopatra se entera de que cierto caballero está buscando esposa, la hija del anterior conde de Luff no se lo piensa dos veces y se ofrece como voluntaria sin tomar en cuenta las implicaciones de su decisión. ¿El motivo? El hombre es correcto, sensato y con una reputación intachable. Y más allá de esas tres cualidades, a ella no le interesa ninguna otra cosa cuestión. Ni su aspecto, ni el hecho de que tal vez no llegue a enamorarse nunca.

La lista de exigencias de lady Cleopatra es corta, en realidad solo tiene un deseo: ser madre. Él acepta de inmediato dicho punto, de tal modo que un par de desconocidos se embarcan en un matrimonio acordado del que ambos no saben qué esperar.

El acuerdo se prevé sólido y sencillo hasta que todo se descontrola y dos corazones sean puestos a prueba.

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

EPÍLOGO

LA PRÓXIMA HISTORIA

SINOPSIS

SOBRE SARAH WORTH

Prólogo

Hotel Gilmore, Londres, 1820.

Cleopatra Helena Archer llegó hasta la pequeña biblioteca que tenía el hotel Gilmore, donde tanto sus tres hermanas como ella misma habían logrado obtener alojamiento, y repasó los libros de las filas.

Se trataba de una exposición pobre donde había poco que fuese reseñable. Un ejemplar de Heródoto, el célebre historiador y geógrafo griego, llamó la atención de Cleopatra. Lo tomó entre sus manos y lo abrió por casi la mitad y se dio cuenta de que ese volumen en concreto hablaba de la conquista de Egipto.

Lo cerró y suspiró.

Había dejado a Freyja, su hermana mayor, en compañía del dueño del hotel, Joseph Ethan Gilmore, quien las había invitado a cenar después de tener un interesante desacuerdo con Freyja que quedó solucionado de inmediato.

Como siempre ocurría, su hermana menor, de nombre Charlize, se había metido en un lío impresionante por haber captado la atención de un indeseable al que las hermanas habían rebautizado como el Villano Rendow, un barón que había puesto en entredicho la reputación de esa hermana Archer que lo que mejor que hacía era comer bombones. La reputación de Charlize estaba en la cuerda floja porque la alta sociedad susurraba su nombre debido a un rumor que Rendow había propagado para forzar su mano.

Puesto que era la primera vez que las Archer transitaban por Londres y carecían de una residencia en la ciudad, habían tenido que recurrir a un hotel para hospedarse. Charlize, la pequeña había llegado hacía unos pocos días a Londres en compañía de su otra hermana de nombre Caliope, mientras que las otras dos hermanas, Freyja y ella misma, se quedaron en el

campo. El escándalo de Char había hecho que Cleo y Freyja tuvieran que ir corriendo a la ciudad para ver qué ocurría, y como era un asunto delicado, la pareja con la que las otras dos hermanas habían llegado para disfrutar de la temporada las invitaron a marcharse de su hogar a toda prisa.

Así que las cuatro habían logrado que el gerente del hotel les ofreciese alojarse en el Gilmore y así no dormir en la calle.

Freyja era la mayor, la heredera de las posesiones no ligadas al título de su padre, el anterior conde de Luff, la encargada de velar por las hermanas pequeñas, incluida Cleo misma.

Freyja era dura, tenía veintiséis años y seguía soltera. No obstante, Cleopatra se dio cuenta de que el carácter de Freyja —temperamental y resuelto— lograba crear cierto interés entre el género masculino. El formidablemente apuesto señor Gilmore, el propietario de ese gran hotel en el que se encontraban alojadas gracias a la astucia de Freyja, era una prueba de lo dicho, dado que se le vio embelesado mientras había hablado con Freyja.

No era que Cleopatra tuviese celos de su hermana mayor, a fin de cuentas, a sus diecinueve años, ella no pensaba demasiado en caballeros, le preocupaba más encontrar un buen libro que la llevase por tierras antiguas, que narrase sucesos históricos únicos que habían desembocado en el mundo tal y como los pobladores de la Tierra los conocían. Si entre las páginas había algo de romance, la cosa se ponía más interesante, eso era cierto, pero no era indispensable que el manuscrito tuviese ese tipo de hilo prosaico para poder disfrutar de él.

Cleopatra se paró a pensar en su hermana Caliope, era la segunda Archer, la cual contaba con veinte años, y luego su mente se detuvo en Charlize, quien tenía dieciocho. En comparación con ellas tres —que solo se llevaban un año las unas de las otras— dado que Freyja era bastante mayor, Cleopatra debería sentirse contenta por el interés que dicha hermana había despertado en un hombre que se preveía muy interesante, apuesto y, sobre todo, muy inteligente. Si Joseph Ethan Gilmore había logrado crear ese hotel tan elegante era porque debía poseer una mente privilegiada.

¡Pobre Freyja!

Tan sola desde siempre...

Ese tutor que su padre, el difunto conde de Luff, había nombrado para que las guiase y protegiera no había dado señales de vida, así que la mayor de las Archer tuvo que ser el padre y madre de las otras tres más pequeñas. Las cuatro se quedaron huérfanas demasiado pronto.

Estaban solas.

El problema en el que estaba envuelta Charlize, era peliagudo, aunque Cleopatra no dudaba de que Freyja encontraría una solución. Freyja siempre lo hacía.

Cleopatra dejó el libro de Heródoto en su lugar y cogió uno de Jane Austen. Leyó el título *Persuasión*. Alguien le había hablado de ese libro alguna vez, tal vez fuese su hermana Caliope. Sabía que narraba las aventuras de una pareja que tuvo un apasionado comienzo, que se distanció y volvió a reunirse años atrás.

Ella deseaba casarse... Bueno, eso de casarse era importante porque adoraba a los niños y quería ser madre. Lo malo de todo el asunto turbio en el que se había metido Charlize al poner en entredicho su reputación, era que toda la sociedad de Londres la miraría con lupa. Las inspeccionarían a las cuatro con atención.

Era la primera vez que llegaban a la ciudad, no habían salido demasiado de Luffgarden —la finca de campo donde residían las cuatro—, y la primera vez que intentaban codearse con la buena sociedad... ¡Charlize lo estropeó todo!

—Ay, Charlize, Charlize, me pregunto qué hubieses hecho si en vez de haber sido tú la que nos señalase a todas, hubiésemos sido una de nosotras las que te arrastrásemos por el fango a ti —expresó en alto, sabiendo que la hermana pequeña habría gritado a todo pulmón y les hubiese escupido que las odiaba, tal y como solía hacer cuando tenía uno de sus grandes berrinches.

—No debería preocuparse demasiado, el rumor se acabará disipando en cuanto la sociedad encuentre algo más escandaloso que debatir. —Una profunda voz de barítono le llegó a Cleopatra desde atrás.

Ella se giró para ver al señor Gilmore. Ciertamente era un hombre impresionante. No era solo el aspecto físico, era su apostura, como si poseyese todo lo que sus ojos veían. Su seguridad era admirable. No debería estar sorprendida, después de todo Gilmore era un hombre de negocios acostumbrado a hacer su santa voluntad.

—Estoy segura de que Freyja lo arreglará todo como siempre hace —apuntó ella. Por más que la presencia del caballero la abrumase, Cleo no solía amedrentarse con facilidad.

La joven se fijó en el interlocutor que la miraba con seriedad. Se veía impresionante con un traje formal que acentuaba sus amplios hombros y cintura estrecha. Era más grande de lo habitual, más fornido y alto que el resto de los caballeros a los que conocía Cleopatra. En realidad conocía a uno o dos, pero el señor Gilmore no se les parecía en nada. Después de fijarse en la amplitud de su torso, Cleo llevó sus ojos hasta los verdes de él. No eran demasiado grandes, pero tenían un tono muy bonito. No desmerecía menos el color de su pelo,

negro, se apreciaba bastante peligroso, así que el hecho de que Freyja le hubiese plantado cara cuando ingresaron las cuatro en el recibidor del hotel y él hubiera terminado claudicando para aceptar a cuatro mujeres sin compañía masculina, tenía mayor mérito.

A Cleopatra le gustaría tener el aplomo y valentía de su hermana mayor, o la ensoñación de Caliope, o incluso la tenacidad de Charlize. En cambio, ella solo sentía predilección por los libros. Nada en Cleo era admirable. ¿Así cómo llegaría a ser madre? ¿Cómo lograría conquistar a un buen hombre que le diese la familia con la que soñaba?

Suspiró bastante alto.

—¿Está pensando en el capitán Wentworth? —preguntó con un amago de sonrisa el dueño del hotel.

—¿Disculpe? —No entendía a quién se refería.

—La he escuchado suspirar y dado que tiene en su poder el libro de la señorita Austen, he creído que estaba recreando la historia. —Él señaló el libro que ella seguía manteniendo entre las manos. Así que Cleo se imaginó que se refería a uno de los protagonistas de la novela.

—En realidad no la he leído.

—¿Prefiere al maestro Shakespeare?

—La lectura griega me apasiona. La Ilíada es mi obra favorita —le desveló.

—Debí suponer que Aquiles sería más adecuado que el capitán Wentworth para una hermana Archer. ¿Son siempre así las cuatro? —preguntó sin darse cuenta de que estaba siendo demasiado familiar.

Ella se envaró. No estaba segura de si había condenación en sus palabras, dado que las cuatro eran demasiado resueltas y la sociedad no lo aprobaría.

—Tendrá que ser más concreto sobre a qué se refiere.

Él le sonrió.

—Usted y su hermana mayor son más parecidas que las otras dos. Hay algo en la expresión de sus ojos similar. E imagino que es usted decidida como lady Freyja.

—Podría decirse que comparto algo con Freyja. Como ha visto, la beldad familiar es mi hermana Caliope, y aunque Charlize no tiene su belleza, es tan coqueta que su actitud la lleva a pensar que está por encima de Cali, incluso de la realeza. —Él la miró con media sonrisa y ella se dio cuenta de que no había estado bien referirse así a su hermana pequeña. Charlize era peor que una tormenta destructiva cuando se enfadaba, pero Cleopatra no debería compartir con nadie sus suposiciones.

—Es usted franca también. Con el paso de los años perderá esa frescura. Las cuatro lo harán. En cuanto transiten por Almack's, o ya no solo por ese club exclusivo donde las damas buscan marido, sino por cualquier salón de baile, estoy seguro de que la sociedad las hará cambiar y cuando eso ocurra, yo recordaré haberlas conocido tal y como llegaron.

—¿Cómo es eso? —inquirió ceñuda.

— Sinceras y refrescantes. Como un racimo de uvas recién cosechado de una vid, que hará un vino excepcional.

—Suenan un poco salvaje.

—En absoluto. Están preparadas para lo que van a afrontar, pero no tan hastiadas como para mostrarse como se espera que lo hagan las cuatro hijas de un conde, que además tienen por tutor a otro noble con doble título y a otro protector que resulta ser un duque.

Cleopatra le sonrió. Era cierto que Freyja le había estampado en la cara al señor Gilmore su conexión con el heredero de su padre, el conde de Ross, quien además era también lord Luff, y con el mejor amigo de este, el duque de Sutherland. El señor Gilmore las vio a las cuatro en la entrada de su hotel, sin una escolta masculina, y decidió que le traerían problemas y trató de deshacerse de ellas, de tal modo que Freyja sacó la artillería para luchar contra él y a Gilmore no le quedó más remedio que permitir que se alojasen en su hotel. Freyja era algo así como una mamá oso que sacaba las garras sin importar las consecuencias. Gilmore no tuvo ninguna oportunidad frente a la mayor de las Archer y eso que se le veía tan fiero y peligroso... Y su boca era...

—Sus labios son hermosos —susurró Cleopatra, a causa de haberse quedado tanto rato mirando la boca pecaminosa de ese caballero.

—Un cumplido honesto —observó él.

—¿Qué? —Ella salió de su ensoñación. ¿Había dicho algo? ¿Expresó sus pensamientos íntimos en alto? ¡Por Dios, esperaba que no!

—Le daré un consejo, lady Cleopatra, por más que todo el mundo desee arrebatarse su frescura, nunca lo permita.

Le quitó con cuidado el libro que ella había logrado mantener entre las manos y lo depositó en la estantería. Luego se giró para observarla, un escrutinio que Cleo no supo cómo identificar. ¿La estaba viendo? ¿Realmente la veía por primera vez? ¿Estaría comparándola con Freyja?

—¿Se ha enamorado de mi hermana? —preguntó, sin que pudiese detener sus palabras.

Cleopatra se tapó la boca con ambas manos y cerró los ojos en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decir. Gimió en alto al darse cuenta de que también había hablado de los labios de un hombre. ¡Qué inoportuno todo! Lo sucedido era un castigo por haber estado pensando en que Charlize era un desastre. ¡Ella era todavía peor!

Sintió las manos del señor Gilmore sobre sus muñecas y abrió los ojos. Lo tenía delante de ella, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Lady Freyja es bastante formidable, pero siempre me he considerado un hombre sensato. Las hijas de un conde no están a mi alcance —reconoció.

—¿Por qué no? —¡Dios! Debería callarse y salir corriendo para no ponerse más en ridículo, pero no podía.

Él le acarició el dorso de las manos con el pulgar, sin ser consciente de lo que hacía, y Cleo sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Cerró la mano femenina sobre las masculinas, un gesto que le pareció natural, como si le estuviese demostrando que confiaba en él. Lo había conocido hacía tan poco... y en cambio, al mirarlo, era como si lo hubiese visto en otra parte, ¿en sus sueños tal vez?

Gilmore le apretó las manos, en una señal silenciosa de confianza mutua.

—Las cuatro están destinadas a hombres influyentes, honorables, que les pongan el mundo a sus pies.

—Los caballeros no me verán. Habrá una horda de muchachas más

encantadoras que yo, y en el hipotético caso de conseguir destacar por encima de ellas, estaré al lado de Freyja, Caliope y Charlize. No puedo competir contra tres hermanas que son inmensamente mejores que yo —dijo con pesar y mucha humildad.

—Si no te ven, serán unos necios que no merecerán tu atención —adujo prescindiendo de la formalidad.

Las palabras de él, aunque ella sabía que estaban destinadas a consolar, fueron dichas con tanta convicción que se le llenaron los ojos de lágrimas que no se llegaron a derramar. Él percibió su reacción, tiró de ella, tanto que la acercó mucho, hasta que sus muslos se rozaron, y le rodeó la cintura con el otro brazo.

Cleo sintió la calidez de la palma de la mano contra la espalda y se acercó todavía más al señor Gilmore, embriagándose de todo su calor y fuerza. Ella no se opuso ni quiso hacerlo, aun a sabiendas que estaba traspasando los límites de la buena conducta que una joven dama casadera no debería cruzar. Al sentirse rodeada por sus brazos, una sensación abrasadora la recorrió de la cabeza a los pies. Cleopatra estaba presa entre los brazos de un hombre, cautiva, y a pesar de ello, la sensación de libertad fue sublime, como si se hubiese cumplido una promesa. ¿Cuál? ¿A quién? Ella no lo sabía, solo era consciente de que era la primera vez que entraba en contacto con un cuerpo masculino y no quería retroceder ni negarse a ese placer que estaba sintiendo.

—Nunca me han besado —susurró, sin dejar de mirar al dueño del hotel a los ojos.

Cleopatra lo vio tragar saliva despacio. Levantó una mano y le acarició la mejilla. El momento era mágico. Ella estaba en el cielo.

—No soy digno de tal bendición, florecilla.

—Comprendo. —Todo acabó ahí. El dulce hechizo se rompió.

Cleopatra fue consciente del rechazo. Agachó la mirada y trató de desembarazarse de él. Si no ponía fin a la situación acabaría humillándose por completo. No obstante, Gilmore no le permitió salir de su abrazo.

—Perdóname, florecilla. No soy digno —repitió—, ni merezco lo que voy a recibir, en cambio... No puedo ni quiero resistirme.

Joseph Ethan Gilmore emitió un gemido de angustia antes de que su boca

descendiese hacia la de Cleopatra.

La joven aceptó su beso al instante, entrelazó los dedos en su pelo y se deleitó con el roce de sus labios y la calidez de su boca. Su corazón se desbocó. Y todo se acentuó todavía más cuando se dio cuenta de que él no tenía suficiente de ella, porque llevó las manos hasta las caderas, y la abrazó todavía con mayor fuerza, como si pretendiese que ambos se fundiesen en uno solo.

Cleopatra estaba descubriendo lo que era el deseo que podía ofrecer un hombre, la delicadeza bañada con un punto de anhelo, pues él la estaba tratando como si fuese un preciado tesoro al que no debía lastimar.

Y no, no la defraudó.

Era su momento, su instante de satisfacción femenina, y estaba dispuesta a aprovecharlo, a dejarse seducir por él, porque confiaba en que pararía en el momento adecuado, aunque no estaba segura de si ella podría detenerse, pues besar era delicioso. Sentir su boca moviéndose sobre la suya... ¡Qué maravilla!

Lo escuchó gemir y ella suspiró de plenitud.

—Dulce, tan dulce y prohibida... —musitó Gilmore sobre sus labios, para después pasar la lengua por encima de ellos—. Ábrete para mí, mi dulce florecilla —rogó.

Ella no lo entendía, iba a preguntarle qué era lo que deseaba, pero al desplegar los labios, la lengua masculina entró en su boca y al sentir la caricia tan íntima, tan impensable... Gimió. O tal vez había sido él, solo sabía que en el interior de esa biblioteca estaba sucediendo algo más trascendental que cualquier batalla pasada en la que estuviese en juego un imperio, reino o territorio.

Una dureza en la zona baja del vientre la incomodó y tuvo que separarse un poco de él. Ella imaginó que estaba sintiendo la pasión de un hombre, había leído lo suficiente como no ser tan ingenua, sin embargo, saberlo y sentirlo eran dos cosas muy diferentes.

Gilmore aprovechó el momento para separar su boca de la de ella. Se alejó con brusquedad, pero la mantuvo rodeada entre los brazos para evitar que ella pudiese caerse. Gracias al cielo por ello, dado que Cleo sentía las rodillas flojas.

—Lo siento, lo siento mucho —repitió—. No he debido... Yo... La soledad, el vino de la cena, tu aspecto... —Chasqueó la lengua al darse cuenta de que divagaba y luego

compuso un semblante serio—. Esto nunca ha sucedido, lady Cleopatra. Le ruego que lo olvide. —No fue una petición, ella lo sintió como una orden de lo más formal.

La soltó entonces y en dos zancadas el señor Gilmore estuvo fuera de la biblioteca.

Cleopatra se llevó una mano a los labios. Los sentía hinchados por los besos. Parpadeó un par de veces para ver si... ¿Era un sueño? ¿El señor Gilmore había estado ahí con ella? ¿La había besado hasta dejarla sin aliento?

Cerró los ojos y suspiró. Podía sentir en el interior de su boca el gusto de esa diabólica lengua masculina. Oh, sí. Vino, tal y como él había señalado. El licor podía adormecer los sentidos, pero él no había estado tan ebrio, ¿no? Parecía muy lúcido cuando llegó.

¿Qué significaba ese instante vivido?

¿Lo habría sentido él con la misma intensidad que ella?

Cleopatra Helena Archer tenía tantas preguntas, tantas dudas sobre Gilmore, y, sin embargo, todas quedaron contestadas con el paso del tiempo.

Dos años más tarde, allí donde Freyja y Caliope encontraron el amor, a sus respectivos esposos que las habían convertido en madres, ella sentía que se marchitaba.

Freyja era tremendamente feliz con Aidan Andrews, conde de Ross y heredero del difunto conde de Luff, mientras que Cali había logrado conquistar al hombre por el que siempre suspiró, Magnus Robinson, marqués de Moreland.

Charlize se había proclamado la casamentera de la familia, pues afirmaba que ella había logrado ambos milagros, y la siguiente presa en su lista era la propia Cleopatra...

¡Nada bueno podía salir de ahí!

Capítulo 1

Londres, 1822.

Caliope Archer miró hacia el fondo del salón de baile. Su hermana mayor, Freyja, y su esposo, el actual conde de Ross y Luff —de nombre Aidan— se disponían a bailar un vals.

Freyja y Aidan formaban un matrimonio sólido, extremadamente feliz. Tan apegados estaban el uno y el otro, que ese baile que se disponían a comenzar sería del todo escandaloso. Los periódicos de la temporada se hacían eco de lo *demasiado* enamorados que estaban los condes de Ross y Luff.

La temporada pasada, Freyja no acompañó a su hermana Caliope hasta la ciudad, se quedó en el campo con su marido, pero como Charlize se metió en varios líos, tanto Freyja como Aidan habían decidido que, pese a tener un bebé que todavía no había aprendido a caminar con soltura, acompañarían a Cleo y a Charlize ese año. Con Cali casada, solo quedaban dos Archer listas para volar del nido.

A Cleopatra no le importaba contar con la supervisión de lord y lady Ross y Luff, lo que le molestaba era la presencia de Charlize. No era que se llevase mal con su hermana pequeña, solo ocurría que la endemoniada Charlize —tal y como la había apodado buena parte de la sociedad a instancias del duque de Sutherland— era una entrometida de primer orden.

Jugaba a ser una casamentera y Cleopatra no deseaba que se inmiscuyera en sus asuntos. Tanto Cleo como Charlize no habían sido demasiado cercanas en el pasado, aunque se amaban porque todas las hermanas Archer lo hacían —hasta el punto de que entre ellas podían llegar a descalificarse las unas a las otras, pero el resto del mundo no tenía derecho a opinar sobre su aspecto, educación o comportamiento.

Las Archer se defendían las unas a las otras a toda costa. Era una ley escrita

universal.

Cleopatra bajó la mirada hacia su vestido de muselina perlado con puntillas en las mangas abullonadas y en parte de la falda. Estaba elegante. Se llevó una mano al pelo para asegurarse de que su recogido seguía bien hecho, con los tirabuzones castaños sujetos. Lamentaba que no hubiese demasiada luz en el salón de baile porque uno destellos más potentes podían resaltar sus hebras más claras como el sol. Ay... si pudiese cambiar el color de sus ojos marrones lo haría por unos azules tan preciosos como los de Caliope, que era la segunda hermana Archer por orden de nacimiento.

Ser la tercera no era algo emocionante, porque si bien Freyja era la mayor, la que había llevado todo el peso familiar antes de conocer a Aidan, Charlize era la pequeña, y aunque Caliope era una más como ella, su belleza la había catapultado a lo alto de la escala de valor de las Archer.

Cleopatra era solo la hermana corriente, sin nada destacable. No importaba mucho que no fuese una hermosura cegadora, porque pronto iba a cumplir su sueño. ¿Cuál era su mayor aspiración? Tener un bebé. Desde luego lo haría dentro del matrimonio, así que lo primero era casarse, porque una mujer que tuviese un niño sin estar casada era repudiada y apartada para no hacer que el resto de las manzanas del cesto se pudiesen por asociación indebida.

De tal modo que, como cualquier joven casadera, Cleopatra estaba en Londres dispuesta a encontrar al hombre adecuado para casarse y formar una familia. Y aunque la molesta Charlize había estado muy pesada creando listas, dando sugerencias y nombrando a buena parte de los caballeros más elegibles, ella había logrado seguir su propio camino al margen de las ideas y ocurrencias de su hermana pequeña.

Había encontrado al hombre perfecto para lograr la felicidad eterna. Tenía suerte. Cleopatra era afortunada, pues mientras la alta sociedad ideaba uniones ventajosas sin amor, Freyja les había prometido que las apoyaría si encontraban el amor, aunque el caballero no tuviese título, fortuna y contactos.

Ah, pero Cleo había logrado todo lo que se esperaba que alcanzase una perfecta joven de buena familia como ella a los veintidós años.

Arthur Clancy, vizconde Lane, era un joven de veinticinco años, bastante apuesto, aunque no de esa forma tan evidente como lo sería un querubín. Era alto, delgado y su rostro irradiaba tranquilidad. Tenía los ojos marrones como ella y el pelo negro. Lo importante era que se trataba de un caballero respetuoso y muy bien educado que la hacía sentir especial sin necesidad de manosearla como había visto que hacían otros...

Cleo sacudió la cabeza para olvidar esos pensamientos poco productivos.

—¿Qué te molesta? —Su hermana Charlize, que había llegado hasta su ubicación, presenció el gesto.

—Estaba pensando en que Freyja y Aidan seguirán siendo la comidilla de todos mañana —improvisó.

—Bah, la sociedad teme lo que no puede comprender.

—¿Qué significa eso?

Charlize la miró con media sonrisa, echó mano de su retículo y sacó un bombón que tenía envuelto en un paño de lino.

—¿Quieres?

—Solo tienes uno, Charlize. ¿Vas a compartirlo? —No era propio de su hermana hacer algo semejante.

—Por eso te ofrezco la mitad.

—¿No te cansas del dulce? —preguntó Cleo.

—Eso sería como preguntarle a Freyja si se agota al amar a Aidan.

—Ya... tu relación con los bombones te hará ponerte como una ballena. No creo que a Freyja le oprima la ropa por comerse a Aidan...

—¡Vaya! ¡Cuánta picardía, Cleopatra! —Charlize le guiñó un ojo.

—¡No me refería a nada indecoroso y lo sabes! —se quejó la hermana más mayor de ambas.

—No hace falta que te sonrojes. Sé que no podrías ser malvada ni aunque lo intentases con todas tus fuerzas.

—Char, lo dices como si eso fuera algo malo.

—No acortes mi nombre, sabes que no me agrada cuando lo haces. Y no, no me refería a una maldad mala.

—La palabra maldad no tiene otro significado. Es el mal, no hay más.

—Hay maldades que son buenas.

Cleopatra suspiró al darse cuenta de que su hermana menor se había tragado el bombón y ella ni tan siquiera le había dicho si quería la mitad. Charlize no era de naturaleza egoísta... Bueno, no le gustaba demasiado compartir, y cuando se trataba de chocolate era como su tesoro más absoluto, así que debería estar contenta de que le hubiese ofrecido una porción de su preciado bombón, aunque Cleo dudaba que en verdad lo hubiera compartido con ella.

—A ver, Charlize, has venido hasta aquí hablando de que la sociedad condena lo que no entiende, luego has sacado uno de tus dulces y tu mente ha comenzado a divagar. ¿Querías algo en especial?

—Cierto, cuando he aludido a que la sociedad condena lo que no entiende, me refería al amor. No pueden soportar que una unión se base en el cariño, en la devoción, porque todo lo que no se establezca en base a conexiones y una gran fortuna les asusta. Freyja y Aidan demuestran a su paso que el amor es más importante que cualquier otra cosa, y eso no está bien visto.

—Estás esta noche muy sentimental, Charlize.

La pequeña de las Archer le sonrió.

—Es el chocolate. Los bombones que me compra Aidan para que me porte bien sacan lo mejor de mí.

—Si eso es lo que usa para mantenerte a raya, Aidan está fracasando estrepitosamente, por lo menos debería comprarte una tonelada de bombones para ver si surte algún efecto y se remodela tu conducta —dijo por lo bajo Cleopatra.

Charlize frunció el ceño y giró el rostro para mirar a su hermana, dado que estaban una junto a la otra. Luego le ofreció una gran sonrisa que dejó preocupada a Cleo.

—Te he oído, pero estoy tan feliz que no pienso decirte que te odio —expuso alegremente.

—Todo lo arreglas con esa frase. Odias a todo el mundo que te lleve la contraria.

—No, a todo el mundo no —se opuso Charlize— porque tú no me dejas ayudarte a encontrar un esposo adecuado y ni una sola vez te he dicho que te odio.

—Pero seguro que lo has pensado.

—Estoy madurando, Cleopatra —dijo con el mentón bien en alto—. Me he dado cuenta de que los berrinches solo me sacan de un aprieto cuando estoy entre la espada y la pared. Y su efecto está mermando cada vez más. Antes eran más efectivos. Soy una mujer madura —reiteró con orgullo.

—Eso no es madurar, eso es... —No encontraba una palabra adecuada, así que se silenció.

—Es ser inteligente —aportó Charlize—. Mejor hablemos de ti. Esta noche hay dos caballeros con los que deberías bailar. El primero es...

—Me duele la barriga, hermana —se excusó, al tiempo que se llevaba una mano al lugar indicado. Cleopatra no esperó respuesta, comenzó a caminar a toda prisa hacia la sala de retiro de las damas para huir.

Charlize la observó marcharse y suspiró.

—Eres una ingrata, pero tienes suerte de que me preocupe por ti y no tenga miedo de hacer todo lo necesario para protegerte. —Acto seguido Charlize volvió a abrir su retículo y se sacó un nuevo bombón envuelto en otro paño de lino y se lo metió sin contemplaciones en la boca.

El chocolate era mucho mejor que cualquier placer. Incluso era más fascinante que los besos.

Cleo se había escabullido porque Arthur había salido del salón de baile y era la señal para seguirlo. Sí, sí, también se había ido del lado de Charlize porque era molesta hasta decir basta, pero eso era secundario. Cleopatra Archer no necesitaba que su hermana metiese las narices en sus asuntos, pues era lo suficientemente inteligente como para encontrar una pepita de oro entre tanto carbón. Lord Lane era un lingote pulido, brillante y grandioso.

Salió por el pasillo y divisó a Arthur en una esquina, así que en cuanto la vio, él entró en lo que debía ser una salita, o tal vez una biblioteca. Cleopatra se giró para comprobar que la entrometida de su hermana pequeña no la seguía y apuró el paso para ir al encuentro de su amado.

La vida era perfecta. Pronto tendría un bebé, al igual que sus hermanas Freyja y Caliope. Había logrado hacerse con un pretendiente perfecto, y ningún escándalo mancharía su nombre, pues cuando Freyja comenzó a interesarse por Aidan las cosas no fueron sencillas, y cuando Cali se encaprichó con su marqués de Moreland... Bueno, aquello tampoco fue fácil, por no hablar del escándalo de Charlize, uno que tuvieron que limpiar Aidan y su amigo el duque de Sutherland para tratar de que la pequeña Archer saliese bien parada de ahí.

Lo importante era que el futuro pintaba como un gran amanecer lleno de ilusión, donde el sol estaba a punto de salir deslumbrante y cargado de mucha anticipación.

—¿Arthur? —preguntó nada más meterse en la habitación. Había poca luz y sus ojos no se habían acostumbrado a las sombras.

—Aquí —le respondió, justo mientras le ponía una mano en la cintura.

—¡Oh! —exclamó ella sorprendida ante su roce. Arthur no era un hombre muy dado a las muestras íntimas. Así que cuando lo sintió abrazarla y acto seguido pegar sus labios a los suyos se quedó asombrada. Tanto que no fue capaz de moverse o decir alguna cosa.

Sentía los labios fruncidos de él moverse sobre su boca y era incapaz de saber cómo sentirse al respecto. Antes de que pudiese pensar en cómo comportarse, la rápida caricia se marchó del mismo modo en el que llegó.

Arthur se separó de ella y Cleo se quedó añorando un poco su contacto.

—Lo siento. Lo siento mucho —escuchó que él se disculpaba.

—¿No te ha gustado abrazarme?

—No he debido hacerlo. Todavía no eres mía para poder hacerlo —precisó—. Menos debí haberte besado.

A Cleo le palpitó el corazón como si mil pajarillos hubieran comenzado a aletear en lo más profundo de su pecho. ¿O eran mariposas?

—Eres siempre tan caballeroso y cortés...

—Eso no es nada malo —apuntó él.

Ella se apresuró a levantar la mano y acariciarle la mejilla. Era la primera vez que se tocaban. Llevaban un mes con encuentros furtivos, hablando en las fiestas a escondidas. Para Cleo era todo muy emocionante, secreto y muy íntimo.

—Por supuesto que no. Eres un hombre paciente que quiere hacer las cosas bien y por eso te admiro más —le confesó, mientras él colocaba su mano sobre la de ella y movía el rostro bajo el contacto femenino.

—Eres una buena mujer.

Ella le sonrió.

—Me gustaría pensar que lo soy.

—Lo eres —le aseguró—. Tan pura y desinteresada que... —Él se silenció y le ofreció una sonrisa.

—¿Qué? —interpeló la joven.

—Te mereces todo lo bueno que está por llegar.

Ella parpadeó un par de veces, tal y como había visto que hacía Freyja cuando deseaba coquetear con su conde.

—¿Y qué es lo que está por llegar?

—Cásate conmigo —le pidió en un arrebato inesperado.

Cleopatra se acercó más a él y colocó sus labios sobre los masculinos con suavidad. Se separó del caballero un momento y ambos se concentraron en sus respectivas miradas. Parecía que no se habían visto nunca.

—¿Ha quedado clara mi respuesta, Arthur? ¿O debo ser más precisa? —volvió a flirtear.

Él le colocó un mechón de pelo tras la oreja y le sonrió.

—Regresemos al salón de baile. Está a punto de sonar un vals y antes de que se sirva la cena seguramente tocarán otro. Bailarás los dos conmigo —le ordenó.

—Sí —respondió ella, pese a que él no le había preguntado nada.

—Mañana iré a entrevistarme con el conde de Ross y Luff y le pediré tu mano.

Cleopatra cerró los ojos mientras reía como una muchacha en la mañana de Navidad.

—Seremos felices. Me convertiré en una vizcondesa fantástica y estarás tan orgulloso de mí que ni un solo día te arrepentirás del paso que vamos a dar.

—Es por eso por lo que te he elegido, Cleopatra. Sé que serás perfecta, además de discreta.

—La mejor, te lo prometo. Nunca te arrepentirás de tu decisión.

—Lo sé, mi futura vizcondesa. —Acto seguido, el vizconde bajó la boca y selló el pacto con un corto beso.

A continuación, Arthur la envió de regreso al salón de baile y él se marchó tras sus pasos pasados unos pocos minutos. No quería manchar la reputación de una mujer tan perfecta como lo era lady Cleopatra Archer.

Su título necesitaba a la esposa adecuada y ella lo era.

Bailaron, tal y como acordaron. Las sonrisas y las miradas que ella le ofreció durante ambos encuentros fueron toda una declaración, pues no estaba bien visto que una dama repitiese pareja, menos si era un baile tan íntimo y especial como el que habían compartido. Quedaban todavía detractores del vals que censuraban las libertades que se tomaban algunos bailarines mientras danzaban y permanecían demasiado juntos.

Cuando llegó el final del segundo baile, Cleopatra se dio cuenta de que tanto Charlize, como Freyja y Aidan, la observaban con una mirada interrogante.

Lo había dicho todo sin tener la necesidad de hablar. Arthur se le había declarado y había dejado más que patente su pretensión de cortejarla ante toda la sociedad, incluida su familia.

—Te veré mañana, después de hablar con el conde de Ross y Luff —se despidió su enamorado tras el baile.

Ella le hizo una impecable reverencia y luego le sonrió llena de amor. El vizconde Lane se retiró y cuando Cleopatra levantó la mirada, se dio cuenta de que tanto Freyja como Charlize se dirigían a toda prisa hasta su posición.

Suspiró.

No tenía ganas de enfrentarse a las muchas preguntas que llegarían, en especial de su molesta hermana menor que a veces parecía la cabeza de familia. De tal modo que Cleopatra se dio la vuelta, se sujetó la falda y comenzó a caminar rápidamente, para cuando llegó a la salida del salón de baile empezar a correr. Necesitaba unos minutos para disfrutar de su triunfo. La temporada acababa de comenzar prácticamente y ella había logrado captar la atención de un hombre fantástico que le había pedido matrimonio. Se enfrentaría a su familia más tarde, cuando disfrutase un poco más de la victoria que ella sola había logrado.

Cleo buscó un lugar tranquilo para rememorar las palabras y los besos compartidos con su futuro esposo, para saborear el triunfo sin que nadie estropease ese instante lleno de gloria.

Como sabía que Freyja y Charlize le pisaban los talones, abrió la primera puerta que tuvo a su alcance y se metió en la estancia, y como sospechaba que sus hermanas darían con ella, decidió ocultarse tras las pesadas cortinas del despacho que acababa de invadir por si tenían el mismo pensamiento que ella tuvo al colarse en dicha estancia.

Tan polvorientas como estaban, estornudó un par de veces. Se tapó la nariz y se quedó muy quieta en cuanto se abrió la puerta. Rodó los ojos hacia arriba... Sus hermanas eran

tan fáciles de leer.

Escuchó pasos y se preparó para ser descubierta. Charlize era como un perro con un hueso, Cleo siempre la subestimaba y siempre acababa pagándolo.

Comenzó una conversación entre dos hombres, por lo que Cleo comprendió que no eran sus hermanas las que habían entrado en el estudio.

—¿Qué diablos voy a hacer, Sthatan? —preguntó un hombre en tono cansado.

—Todavía no está todo perdido —respondió el otro, en un susurro comprensivo.

—¿No lo está? Disculpa que discrepe. Si no me apresuro, los terrenos se los quedará Clean y edificará el gran hotel que yo pretendía construir. Me dijiste que los trámites estarían en orden y te creí, luego cuando me quedé sin liquidez, me aconsejaste buscarme a una mujer, dijiste que mejor si era una solterona con una dote escandalosa. Te hice caso...

—No la buscaste tú, me lo encomendaste a mí porque soy el mejor en todo lo que hago.

—¿Lo eres? —volvió a preguntar con asombro—. No, amigo mío, porque me he gastado un buen dinero comprando una licencia especial y me he quedado sin prometida.

—¿También tengo yo la culpa de que la dama se lo haya pensado mejor y no quiera casarse contigo? Debiste ser más amoroso con ella —lo acusó.

—¿Amoroso? ¡Me aseguraste que sería un arreglo comercial y que ella estaba de acuerdo en los términos de nuestro matrimonio! Te maldigo, Sthatan, porque me hiciste poner todo mi dinero en inversiones que aseguraste que rentarían bien y ahora estoy sin poder emplear ni un solo penique en lo que es el sueño de mi vida.

—¡Ya tienes un maravilloso hotel, Gilmore! No es tan urgente lo que dices, deja que Clean se quede con el maldito terreno y construya su...

—¡Es mi idea! —le gritó—. Haré cualquier cosa para que el Gran Gilmore Hotel sea una realidad. Ese maldito irlandés de Clean no va a quitarme lo que es mío. Tú me has metido en ese problema y tú vas a sacarme de el, Sthatan —lo amenazó.

—No hay tiempo suficiente, Gilmore. Tu competidor tiene el dinero en la mano.

No sé si es un maldito, pero sí es irlandés y ha formado una maravillosa familia con la que se ha comprado una reputación formidable que le ha posibilitado la ocasión de tener grandes apoyos. Te avisé de que un tipo familiar da mejores opciones. Es más confiable que uno soltero con tu fama. —Ambos caballeros se conocían muy bien.

—Sí, me avisaste también de eso, por ello fue por lo que me incitaste a buscar una prometida. ¡No tengo nada ahora! —se quejó.

—No estás arruinado, solo que no dispones de liquidez. Tienes un buen colchón, Gilmore. Aunque no tengas dinero contante y sonante ahora mismo, las inversiones que te aconsejé hacer darán sus frutos en un año y las ganancias serán...

—¡Un año! —lo interrumpió—. ¡Necesito dinero ahora! —recalcó con enfado.

—De ahí que sugiriese buscar una dama con una elevada dote que estuviese desesperada, porque con eso ibas a ganar una pequeña fortuna para comprar los terrenos que deseas y obtendrías los suficientes apoyos para que te concediesen los permisos, puesto que todo el mundo se fía más de un hombre casado con una gran familia —repitió—. Clean te llevaba ventaja desde el primer momento a ese respecto. Tu falta de interés en el género femenino...

—Tengo mucho interés en el género femenino, lo que sucede es que no deseaba ponerme los grilletes tan pronto... ¡Y voy a perder la oportunidad de mi vida por tu culpa, Sthatan!

—¡Eso no es verdad! —se indignó el contable del señor Gilmore—. Te avisé de que las mujeres, aunque se les presente el asunto del matrimonio como un negocio, siempre buscan un poco de emoción. ¿Tanto te costaba mandarles unas rosas, una carta con palabrería dulce? Has sido descuidado.

—¡Ella ya había aceptado! Estaba hecho.

—No te dignaste ni a ir a su casa para hablar personalmente con la mujer —le recriminó.

—¡El padre había dado su consentimiento! Espero que lo arrastres por los tribunales.

—No digas tonterías, no te beneficiaría en nada hacer eso. No conseguirás los terrenos para tu proyecto del nuevo hotel esta vez, pero en los próximos años...

—¿¡Años!? —explotó Gilmore.

—De acuerdo, un año como mínimo para que las inversiones te devuelvan con creces el dinero aportado, pero de aquí a allá tendrás que ser un hombre casado que irradie sonrisas, que esté satisfecho con su matrimonio y que tenga un par de niños. No conseguirás dar esa imagen que ofrece Clean si demandas a una solterona que decidió que no quería aceptar el matrimonio frío que le ofrecías.

—Todos los matrimonios son un negocio frío —gruñó Gilmore.

—Seguramente es así, pero la visión que hay que ofrecer a la sociedad es otra. Clean lo sabe y lo aprovecha mejor que tú para obtener contactos comerciales. Hoy en día todo es cuestión de reputación.

—¿¡Reputación!? Yo ofrezco mejores garantías que ese saco de pulgas sarnoso que tiene mil espías trabajando para él. Su hotel es un desastre y quiere construir otro... No ha descansado hasta robarme mi idea ¡Y como vuelvas a mencionar otra vez lo bien que lo hace Clean...! —Gilmore, que se encontraba de pie mientras que su amigo estaba sentado en un cómodo sofá tratando de apaciguarlo, levantó un puño en alto a modo de amenaza.

—No te amargues más, Gilmore. No puedes encontrar a una dama con la que casarte de aquí a tres días.

—¿Tres días?

—Es lo que he escuchado que Clean tardará en tener firmados los papeles para facilitar la venta de los terrenos —le aclaró.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí! —dijo derrotado, a la vez que comenzaba a sentarse en la silla más próxima.

Joseph Ethan Gilmore era sublime en cuestiones empresariales, siempre lo tenía todo calculado al milímetro. A sus treinta años no había fracasado en nada de lo que emprendía. Con un gran olfato para detectar los grandes negocios, se había embarcado en una serie de inversiones mineras que su contable le había recomendado. Lo que no creyó, sería que unos terrenos impresionantes cercanos a Hyde Park —propiedad de la Corona— acabarían siendo ofertados al mejor postor... Bueno, al que mejor pagase por ellos y que fuese un hombre familiar, de confianza... ¿De confianza? Un burro montado a caballo... El irlandés Clean era más falso que Judas aceptando las monedas de plata.

—No necesitas más preocupaciones, tienes demasiado trabajo con el hotel que ya diriges, a veces, las cosas suceden por un motivo, Gilmore. —El contable se puso de pie en ese momento, se acercó al que era su amigo además de cliente, y le palmeó la espalda—. Todo va a salir bien, en un año serás más rico que Creso, te lo garantizo, y buscaremos una mejor ubicación que la de Clean para crear tu nuevo imperio hotelero. Lo construiremos más alto que el suyo, más lujoso. Míralo de ese modo, él lo hará primero y tú lo crearás mucho mejor después.

El señor Sthatan no esperó respuesta, se marchó del lugar para dejarlo solo con sus pensamientos. Un suave clic se escuchó cuando la puerta se cerró tras el contable.

Capítulo 2

La puerta se había cerrado. Cleopatra era muy consciente de que no debería haber escuchado la conversación entre el señor Gilmore y uno de sus amigos o trabajadores.

Se acordaba bien de ese caballero porque escuchó decir que su hermana Charlize se había quedado con él en un jardín oscuro sin supervisión el año pasado. Recordaba que fue el duque de Sutherland quien se chivó a Aidan. Se acordaba de Gilmore por algunas otras cosas más, pero eran tonterías que no venían al caso. No volvería a pensar en aquel beso que la atormentó durante años y que no fue más que un... un... un... ¡Una tontería! Sí eso fue.

¿Habría besado también a Charlize? ¡No debería preguntarse eso!, se recriminó a sí misma.

En fin, Gilmore se había quedado en un lugar inapropiado con Charlize, así que esa era la única cosa destacable del señor Gilmore.

Ay... Charlize y sus locuras... Su hermana pequeña no aprendía. Gracias al cielo, Cleopatra tenía muy buena suerte y mucha sensatez.

Cuando consideró que era seguro salir de detrás de la cortina, decidió mover la pesada tela de terciopelo y el polvo volvió a aparecer. ¿El servicio de esa casa tenía tanto trabajo que no podía mantener en buen estado las cortinas de un despacho?

Un nuevo estornudo rompió el silencio.

—¡Caramba! —exclamó Cleopatra, mientras se rascaba la nariz para tratar de calmar el picorcillo provocado por las motas de polvo.

—¿Quién eres tú? ¿Un nuevo espía del maldito irlandés que busca apropiarse de otro de mis proyectos? ¿Ahora busca picaruelas que no lo parezcan? ¿Damas bien vestidas?

Cleopatra comenzó a recular en cuanto el señor Gilmore se colocó delante de ella y disparó tantas acusaciones juntas. Chocó con la ventana que tenía detrás y no pudo huir.

Sobra decir que la luz era muy tenue.

—Señor Gilmore, no soy ninguna espía —murmuró un poco asustada. ¡Ella creyó que no había nadie en la estancia cuando salió del escondite!

—Ah, ¿no? ¿Y qué hacías ahí escondida mientras ventilaba mis asuntos? ¡Espíarme! —la acusó con irritación.

—Señor Gilmore, soy lady Cleopatra Archer, creo que se dará cuenta de que no conozco a ningún irlandés, y de que no contaría nada que tuviese que ver con usted a nadie.

—¿¡Cleopatra Archer!? —gritó, cuando se fijó en las suaves facciones de la joven a la que tenía arrinconada contra la ventana.

—Eso le estoy diciendo, señor Gilmore.

—¿Se puede saber qué hacías escondida detrás de la ventana? —le preguntó con cierto recelo, obviando la formalidad con la que debería dirigirse a ella.

—Lo crea o no, trataba de escapar de mi hermana Charlize. Me escondí tras la cortina porque pensé que me seguía y quería darle esquinazo. No deseaba escuchar nada sobre sus asuntos privados. ¡Lo juro! —se vio en la necesidad de aclarar, al ver que él todavía tenía cara de pocos amigos.

—¿Por qué tus hermanas y tú siempre os estáis metiendo en problemas? —preguntó a bocajarro.

—Me temo que no puedo responder por ellas, pero le aseguro que lo que acaba de suceder esta noche es fortuito. Soy muy cuidadosa en todo lo que se refiere a mi reputación.

—¿Lo eres?

—Sí, señor Gilmore —se reafirmó ella.

—Ya. Por eso estás atrapada en una habitación con poca luz con un hombre soltero que tiene una reputación... —Al ver que ella abría los ojos con suma curiosidad, Joseph Ethan Gilmore se silenció para no desvelar nada más.

—¿Qué clase de reputación tiene usted? —No pudo evitar la pregunta dado que entre su familia, el hotelero era un hombre de negocios en el que se podía confiar. No se lo imaginaba siendo ruin o algo peor.

—Considero que por esta noche ya has escuchado demasiadas cosas sobre mí que no deberías haber oído, florecilla.

—Lo siento —se disculpó otra vez.

Ethan retrocedió un par de pasos, pues al darse cuenta de que estaba olfateando el dulce perfume de lavanda de la muchacha, y de que le estaba gustando demasiado dicha cercanía, se obligó a dejarla libre de su agarre. Así que le soltó la cintura, lugar por el que la había atrapado mientras le hacía el duro interrogatorio.

—Soy yo quien debería disculparse —razonó él.

—Debí haberles advertido a ambos de que no estaban solos, pero una vez que comenzaron a hablar... Yo... me dio vergüenza que me pescaran y decidí callar. Salí de mi escondite porque pensé que no había nadie en el despacho. Le juro que no pienso recordar ni una sola palabra de lo que he escuchado. No traicionaría su confianza jamás, señor Gilmore. De hecho, creo que nunca estuve aquí esta noche —señaló con severidad, para que él creyese en sus palabras.

Él le sonrió. La vista de ella bajó hasta sus labios y su corazón se aceleró al recordar algo que no debería vagar por su mente. La joven se obligó a levantar la mirada y despejar su mente.

—Tan leal como el resto de tus hermanas. Las cuatro estáis un poco dementes, pero creo que tú eres la más comedida.

—No es un gran adjetivo para calificarme. Freyja tiene una voluntad de hierro, Caliope es la más hermosa y Char... Bueno, mi hermana pequeña ha sido bautizada por el duque de Sutherland como la endemoniada Charlize, así que, destacar por ser la más comedida... —Se quedó un momento pensativa—. En realidad no está tan mal si se compara con lo que se dice de

Char. Mejor ser la comedida Cleopatra que la endemoniada Charlize.

Ella le sonrió, agradeciendo el cumplido.

—No solo eres comedida, Cleopatra.

—¿No? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no. Tienes muchas otras cualidades, florecilla.

—Como ¿cuáles? —lo interrogó con suma curiosidad. Por una extraña razón deseaba saber la opinión que él tenía sobre ella. Cosa que por otro lado no era relevante, pero...

—Muchas.

Ella suspiró con fuerza.

—Así que lo ha dicho como una declaración galante sin contenido. Señor Gilmore, estoy decepcionada con usted, siempre lo consideré como un caballero que no tenía miedo a exponer sus convicciones sin importar las convenciones sociales. Recuerdo muy bien el modo en el que se enfrentó a mi hermana Freyja cuando aparecimos como cuatro cachorros abandonados en la recepción de su hotel aquel día. Le plantó cara a mi hermana sin titubear y me dejó muy impresionada, como ya sabe, Freyja es una rival que nadie querría tener en su contra.

—Recuerdo muy bien aquel día. En especial cuando... —Ethan carraspeó—. Tiene muchas cualidades, *milady* —le pareció mejor hablarle con suma formalidad—. Es comedida, como ya he dicho, es hermosa, muy leal por lo que veo, pues estoy seguro de que nadie lograría sonsacarle ninguna de las palabras que traté con mi contable. Su gesto siempre es amable y transmite usted gran confianza.

—¿Hermosa? —preguntó con el entrecejo todavía más fruncido que antes.

Ethan rodó los ojos. Le había dicho bastantes cosas, pero ella solo se había quedado con lo referente a su aspecto. ¿Por qué parecía dudar sobre que era una muchacha muy bonita? Peor todavía, ¿quién le habría plantado la semilla en la cabeza de que no lo era?

La miró con atención, de un modo que Cleo encontró acusador.

—¿Está buscando más cumplidos? ¿Quiere que le diga lo bonito que es el color caramelo de sus ojos? ¿O prefiere que me refiera al hermoso color de su pelo, que simula ser un atardecer? Mejor hablemos de su sonrisa, lady Cleopatra, es tan dulce que ni el más dulce de los dulces lograría endulzar los besos que... —Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanquecina en cuanto la vio a ella con la boca abierta. No debió haber hablado de un asunto tan impropio, tampoco mencionar los besos.

¡Qué desastre! ¿Qué tenía esa muchacha para hacer que su mente se derritiera como un trozo de mantequilla? Inocencia. Eso era lo que Cleopatra desprendía como un torrente. Estaba tan llena de inocencia que a él se le hacía la boca agua imaginar...

Carraspeó. No era una mujer con la que él podría divertirse. Era parte de una familia que Joseph Ethan apreciaba. Estaba ante la hija de un conde, protegida de otro, e incluso del duque de Sutherland. Bueno, al menos le había dicho la última parte con suma formalidad en su trato.

—¿Por qué se calla, señor Gilmore? —inquirió desilusionada—. ¿Ha olvidado ese pequeño recital que debe ofrecerle a las mujeres con las que se topa? Ya sabe... A las que desea impresionar con palabrería. Me cuesta pensar que no haya sido capaz de agenciarse una esposa. Tiene tres días todavía por delante, mienta de ese modo tan conmovedor y le aseguro que cualquier mujer caerá de rodillas frente a usted —apuntó con irritación. Él se estaba burlando de ella. Estaba claro.

Ya lo hizo años atrás, cuando la besó. Cleopatra negó sutilmente con la cabeza. No era momento de recordar eso. Ni en ese instante, ni nunca. Si el señor Gilmore había sido capaz de actuar posteriormente como si algo tan trascendental no hubiese ocurrido, ella no sería menos.

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir él, sin comprender la retahíla que ella acababa de decir.

—No me tome por estúpida —lo interrumpió—. Puedo ser comedida como ha dicho, pero todo tiene un límite y mi paciencia se ha agotado. Soy muy consciente de cómo me veo y le agradeceré que en el futuro se cuide de...

Cleopatra Archer no pudo seguir hablando. Ethan Gilmore la acababa de sostener de nuevo por la cintura, y antes de que ella se diese cuenta de sus intenciones, su boca estaba silenciándola por completo.

La firmeza aterciopelada de sus labios sobre su boca sí que era dulce. Extremadamente dulce y sensual. Era un beso que comenzó siendo celestial, pero pronto

adquirió un tinte pecaminoso, dado que esa lengua juguetona se paseaba con demasiada insistencia por sus labios, así que el gesto hizo que Cleo gimiera debido a ese contacto que tan bien recordaba y que había logrado bloquear de su mente durante varios años. La dama necesitaba que se detuviera, no obstante, la lucha entre el bien y el mal en su mente era cruenta, pues también deseaba que siguiese besándola para siempre.

La decepción llegó cuando él se separó de su boca, a punto estuvo de quejarse, aunque bien sabía que debería agradecerle el hecho de haber recuperado la cordura. Pero Joseph Ethan Gilmore solo se había alejado del primer objetivo, eso fue su boca, para acariciar con sus sedosos labios el lado derecho de su cuello, y después seguir de camino hasta la parte sensible tras su oreja. Sujetó el lóbulo con los dientes y le dio un largo lametazo en la zona.

Cleopatra estaba en un mundo lleno de calidez y muy luminoso mientras se deleitaba con las acciones del señor Gilmore. No se dio cuenta de que la mano masculina había caído sobre su posadera derecha y se la apretaba con firmeza, lo que hizo que ella se cerrase todavía más en el abrazo en el que él la mantenía. Sintió su dureza, su virilidad presionando con fuerza sobre su vientre. Lejos de escandalizarse o saltar debido al contacto, ella se acercó más a él esperando poder fundirse con ese cuerpo masculino con el que solo se permitía soñar antaño. Sus besos eran increíbles... No era que Cleopatra pudiese juzgarlos con conocimiento de causa, puesto que ese que estaba disfrutando era solo el segundo.

Su mente se volvió a nublar cuando la lengua inmisericorde de Gilmore se deslizó hacia el otro lado de su cuello para buscar el otro lóbulo de la oreja.

Cleopatra ya no estaba en el cálido lugar que su mente somnolienta había construido. El calor que sentía era asfixiante, el deseo la consumía porque él estaba siendo maravillosamente malvado, de tal modo que un pequeño grito ahogado salió de su garganta. Se sentía como si un relámpago estuviese atravesándola de arriba abajo, haciendo que las chispas retumbasen en cada nervio de su ser, en cada aliento que él se bebía.

Oh, sí. La boca de Gilmore había regresado de nuevo a la suya y era todavía más exigente de lo que lo había sido en un principio.

Se sentía viva, y su ego femenino subió como la espuma de una buena jarra de cerveza cuando lo escuchó a él emitir un suave gruñido, cargado de la lujuria más cruda.

—¿Me crees ahora? —preguntó sobre sus labios, sin apenas dejar de saborearla —. Eres hermosa, exquisita, lo bastante buena para hacer que un hombre se olvide de sí mismo —añadió, para luego profundizar el beso y colocarle la segunda mano sobre la otra nalga y volver a apretarla todavía más.

Cleopatra no pudo contestar. Dudaba incluso que estuviese despierta. Seguramente todo fuese un sueño. Uno de esos muchos que tuvo con el señor Gilmore años atrás, cuando ella se permitía fantasear con él antes de caer en los brazos de Morfeo.

La respiración de Cleo se cortó cuando las manos masculinas abandonaron sus posaderas y se dispusieron a tantear, con las yemas de los dedos, el borde superior de su fino corpiño.

—Gilmore... —susurró, no sabiendo si deseaba que él liberase sus pechos o que se detuviera.

Ocurrió entonces, cuando ella al fin logró encontrar su voz, que el hotelero fue plenamente consciente de lo que estaba haciendo con una mujer. No una fémina cualquiera. Una dama, una, cuya familia tenía confianza en él. Si no se detenía de inmediato acabaría poseyendo a esa joven a la que acababa de avasallar, a la que le estaba mostrando parte de su apetito carnal. Por suerte la oscuridad que habitaba en él no había aparecido todavía.

La soltó sin ningún cuidado, porque de otro modo no hubiese podido desprenderse de esa joven tan inocente que le estaba vetada por completo.

Cleopatra no había esperado que la situación finalizase de ese modo tan brusco, por lo que se tambaleó de lado a lado y evitó caer cuando se aferró al respaldo de una silla que tenía a su derecha.

Vio que Gilmore se daba la vuelta.

—¡Maldita sea! Esta noche infernal no acabará nunca —dijo en voz alta.

Cleopatra lo observó comenzar a dar caminar de un lado a otro mientras mascullaba cosas inconexas.

Deseaba irse. Marcharse a toda prisa. Mejor si pudiese desaparecer con tan solo chasquear un par de dedos, porque cuando lo vio pararse delante de ella y mirarla con esa cara que ya vio años atrás... Mal asunto.

—Yo lo...

Levantó la mano frente al rostro de Joseph Ethan Gilmore antes de que pudiese completar la frase que ella sabía que diría. Si lo escuchaba disculparse y echarle la culpa de sus besos a alguna trivialidad como el enfado por un negocio perdido, Cleopatra acabaría

abofeteándolo.

—No, señor Gilmore. Como he dicho antes, nunca he estado en esta habitación. Buenas noches —se despidió, para luego levantar la cabeza, como si fuese la reina de Egipto, y disponerse a rodearlo a fin de salir de un despacho en el que nunca debió haber entrado.

Gracias a Dios, él no agregó nada más, tampoco la detuvo. Fue cuando la joven cerró la puerta con suavidad tras de sí, que recordó que ella estaba comprometida con otro hombre.

Quiso regresar dentro y darle un puntapié al señor Gilmore. ¡Precisamente tuvo que elegir esa mágica noche que ella deseaba que fuese inolvidable, para darle un nuevo beso!

El recuerdo del vizconde Lane acababa de ser totalmente eclipsado por un hombre con el que no tenía futuro.

¡Maldito fuese Joseph Ethan Gilmore por haberla obligado a tener que borrar su recuerdo años atrás, para luego volver a abrirse paso en lo más profundo de su ser!

Tanto trabajo para olvidar aquel beso inesperado, y con qué facilidad había hecho él que nuevos recuerdos la desestabilizasen por completo una vez más.

Comenzó a caminar hacia el salón principal de baile con la firme idea de no volver a pensar jamás en lo que acababa de suceder con el señor Gilmore.

No sería complicado, ya lo había logrado una vez y en esta ocasión contaba con el apoyo de un buen hombre que la ayudaría a erradicar al señor Gilmore de su mente.

Su prometido le daría un beso igual que el que había disfrutado. ¡No! Igual no, muchísimo mejor. Eso era. Arthur la volvería todavía más loca en su noche de bodas.

Maldito fuese Gilmore por haberla hecho olvidarse de que estaba comprometida con otro caballero mientras la besaba y la manoseaba a placer, se repitió de nuevo con sumo enfado.

—¿Dónde estabas? —Su hermana Charlize la interceptó nada más entró en el salón de baile.

—Huyendo de ti —le confesó Cleo. Lo cual no era mentira del todo...

—Eres una hermana muy desagradecida, porque Freyja y Aidan te buscaban sin descanso, para que les explicases lo que había sucedido con lord Lane, y yo te he cubierto las espaldas.

—¿Has hecho qué? —inquirió ceñuda.

—No es tan fácil dejarme atrás o despistarme, Cleopatra. Yo siempre voy un paso por delante —dijo enigmática, para después darse media vuelta y recrear una gran salida dramática.

Capítulo 3

—Tenemos que hablar. —Charlize Archer acababa de protagonizar una entrada de lo más dramática en el despacho del esposo de su hermana Freyja. Desde luego no se limitó a llamar, solo abrió la puerta e irrumpió en la estancia que era como un santuario para Aidan, conde de Ross y Luff.

Sobra decir que el conde estaba en compañía de su mujer, quien acababa de acceder al estudio de Aidan solo un par de minutos antes de que lo hiciese Charlize.

Freyja, que todavía estaba de pie frente al escritorio de su esposo, puesto que no le había dado tiempo a sentarse, se giró para observar a su hermana pequeña.

—Madre del amor hermoso... ¿Esas son las maneras de entrar en una habitación, Charlize? —la reprendió la hermana mayor.

—Por amor de Dios, Freyja, te has levantado hace apenas una hora —comenzó a decir mientras se colocaba al lado de la condesa—. Al final acabarás haciendo que Aidan se canse de ti.

—¿Disculpa? —preguntó con los ojos muy abiertos Freyja.

—Ya sabes, todo el día babeando por tu esposo, cazándolo sin descanso. ¿Eres de esas mujeres insaciables que no pueden vivir sin su marido?

—Insacia... ¿qué? —siguió asombrada Freyja.

—Por supuesto que lo eres. Debes serlo si acabas de dejar el lecho conyugal hace algo más de una hora y vienes corriendo a encerrarte en el despacho de Aidan para... para hacer

eso —dijo, en una clara alusión al acto de reproducción.

—¡Charlize Archer! Eres... eres... eres... —Freyja estaba colorada e irritada, tanto que no lograba pronunciar un calificativo adecuado para definir a su molesta hermana pequeña.

—Soy fantástica, ya lo sé —terminó Charlize por ayudarla—. Ahora, no seas una esposa tan acaparadora, tengo un asunto urgente que tratar con Aidan y necesito que nos des cierta privacidad. En cuanto acabe de atenderme, te lo mandaré a vuestra habitación, que es el lugar donde deberías hacer... eso. Un despacho no es un lugar adecuado, Freyja —la amonestó.

La aludida estaba lívida. Y como no encontraba las palabras adecuadas para enfrentar a ese pequeño demonio, buscó ayuda. Sus ojos se centraron en su marido, quien estaba sonriendo con la mirada. ¡Maldito sea el traidor!, se le veía muy divertido con toda la situación.

—¿No vas a decirle nada? —inquirió con la vista puesta sobre su esposo, mientras sus manos se colocaban a ambos lados de su cintura para que él viera que estaba enfadada por su falta de mediación.

—¿Qué quieres que diga, mi amor? Eres una de esas esposas acaparadoras que no puede vivir sin su amado, sin mí, pero no me quejo en absoluto. Solo añadiré que no pienso cansarme de tu actitud, por mucho que andes a mi alrededor como una cazadora...

—No olvides que es insaciable. Una cazadora insaciable —lo interrumpió un momento Charlize con complicidad.

—... De acuerdo —le dijo a la hermana pequeña de su mujer el conde—. Dado que has resultado ser una cazadora insaciable, te juro por mi honor y vida que nunca me quejaré de semejante suerte. Así que no le hagas caso a Charlize, no me importa que babees por mí, ni que me aceches en las sombras para reclamar mis besos, caricias y todo el amor que puedo ofrecerte.

—¡Aidan! —exclamó sobresaltada Freyja—. Mi hermana menor ya tiene demasiado engreimiento como para que tú la vayas incitando todavía más. Todo ello, sin contar que no deberías hablar de un asunto tan escandaloso como el que acabas de aludir en presencia de una joven inocente y soltera.

—Soltera sí. ¿Inocente? Freyja, estamos hablando de Charlize, su inocencia no debe ser puesta en entredicho, lo admito —dijo en cuanto su esposa lo miró acusadora—, pero no me negarás que carece de ignorancia sobre algunos aspectos. Tiene un talento natural para meterse en mil problemas y salir de ellos sin un solo rasguño.

—¡Oh, Aidan! —saltó la aludida llena de alegría—. Sabía que me considerabas la más inteligente de las mujeres. Te adoro tanto que te has convertido en mi más querido hermano. —La joven se adelantó a su hermana y se acercó al conde para darle un cálido beso en la mejilla, quien aceptó el desinteresado gesto con gratitud.

Esa hermana era terca, arrogante, demasiado listilla y varias cosas más, pero él sentía debilidad por ella. La mimaba y la adoraba.

—Tú no tienes hermanos, él no ha dicho que seas inteligente, y más te vale separarte de mi esposo antes de que termine enfadándome de verdad —apuntó Freyja con cara de pocos amigos.

—¡Qué encantadora, Aidan! —terció Charlize al ver enfurruñada a su hermana mayor—. Nuestra Freyja no solo es una esposa insaciable, sino que además está celosa de su hermana menor.

—¡No estoy celosa! —la contravino.

—¡Ooooh! —siguió Charlize—. Encantadora y adorable, no ha negado en ningún momento que sea una esposa insaciable. ¡Estarás satisfecho, bribón! —le dijo a Aidan, a la vez que le guiñaba un ojo.

—¡Charlize! —gritó con enfado Freyja.

—¡Está bien, está bien! —saltó la menor de las Archer con las manos en alto en señal de rendición—. No te enfades más, solo quería irritarte un poquitín. Desde que hemos llegado a la ciudad estás demasiado tensa, más que la cuerda de un arpa.

—Estoy así porque sé que en cualquier momento vas a meterte en problemas, esos a los que aludía *mi* —recalcó con retintín— esposo y de los que milagrosamente sales, pero no por ser inteligente, sino por inmerecida suerte.

—¡Aidan! ¿Lo has escuchado? —le preguntó Charlize al conde—. Mi hermana sigue celosa, tanto que se ve en la obligación de reafirmar que eres suyo y solo suyo ante mí. Creo que me alejaré —retrocedió para quedarse frente al escritorio y se sentó en la silla frente a Aidan.

Freyja seguía de pie, muy indignada, con la mirada fija en su esposo, quien por supuesto seguía divertido con toda la situación.

—¿No la reprendes? —inquirió la condesa, tratando de no dejar salir todo su temperamento.

—Mi amor, he llegado a conocer bien a Charlize a lo largo de estos años. Le gusta ser escandalosa y molesta. Toda esta situación hubiese sido menos tormentosa para ti, si en cuanto la hubieras visto aparecer por esa puerta hubieses sonreído. —El conde dirigió la mirada hacia la joven que parecía complacida con sus palabras y le dijo—: En cuanto a ti, te agradecería que no molestases a mi condesa para tu entretenimiento personal, si tanto me admiras y quieres como dices, deberías saber que me irrito cuando mi esposa no está feliz.

Charlize suspiró en ese momento y se llevó una mano al corazón.

—Es por eso por lo que no me casaré jamás. Mi hermana Freyja se adueñó del único hombre inteligente, decente, maravilloso y amoroso que quedaba en el mundo. No me malinterpretes, Aidan, no lo estoy diciendo para seguir fastidiando a mi hermana mayor o adularte más de lo necesario, simplemente es que os veo a ambos, a mi estimada Freyja y a ti, mi adorado hermano, y sé que no podría conformarme con menos de lo que veo cada día. Vuestra relación es sencillamente perfecta. Tú tan decidido, tan amable, tan elocuente... y mi hermana... bueno, ella, insaciable y acechándote a cada paso —terminó.

—Con lo bien que ibas y lo que te has torcido hacia el final... —murmuró Freyja—. En fin, Charlize, por mucho que quiera gritarte, me has conmovido, me tragaré la indignación que siento porque es evidente que te agrada mucho molestarme, y te diré que estoy convencida de que encontrarás a un buen hombre que haga temblar tus rodillas, que te anime a suspirar nada más lo veas. Y sabrás que definitivamente es el correcto porque sentirás toda su protección envolviéndote como un agradable manto.

Charlize buscó a Freyja con la mirada y se dio cuenta de que estaba observando con pasión a su esposo. La muchacha suspiró embelesada.

—A eso me refiero, Freyja. Dejando a un lado mis ganas de hacerte enfadar con mis bromas, te veo y te envidio. Os amo a todas, pero de entre todas mis hermanas, tú siempre has sido para mí más parecida a una madre —le dijo con sentimiento—. Cuando Aidan se presentó ante nosotras, no albergué ninguna duda sobre que él era el indicado para ti, lo que no calculé fue lo feliz y sólido que sería vuestro matrimonio. Me gusta Moreland porque hace muy feliz a Caliope, pero él no es como Aidan. Tanto tú como tu marido sois un gran apoyo para mí. Digo que es como un hermano, aunque creo que si tú eres mi amada segunda madre, él podría ser mi querido segundo padre.

—No digas nada más, Charlize —la interrumpió su hermana—. Tu discurso me ha enternecido y llenado de júbilo mi corazón, y como te conozco, sé que si te permito hablar más lo estropearás. Ahora, hermanita de mi corazón, dinos qué te ha traído hasta el despacho de

mi esposo con tanta urgencia —le pidió Freyja, mientras se sentaba al lado de su hermana.

—Estoy preocupada por Cleopatra.

—Los tres lo estamos —añadió Freyja—. Ninguno se esperaba que lord Lane y ella hiciesen un movimiento tan repentino anoche. Dos vales... —la condesa chasqueó la lengua—. Ahí quedó una declaración demasiado evidente y más vale que el vizconde se presente hoy en casa para hacer las cosas bien. —Al finalizar su intervención, Charlize y Aidan intercambiaron una mirada, un gesto que no pasó desapercibido por Freyja—. ¿Qué es lo que me estáis ocultando? —preguntó acusadora, con los ojos fijos en los de Charlize.

—No me agrada lord Lane —soltó ella.

—A ti no te gusta él porque no es uno de los pretendientes que tenías en mente para Cleopatra. Ella te avisó al llegar a la Londres, no quería tu ayuda. Y deberías estar contenta porque si consintió en bailar con él de ese modo tan íntimo, es porque lo ha aceptado. Lo que no me agrada son las formas del vizconde, lo admito, pues primero tenía que haber venido a nosotros para pedir permiso para cortejar a Cleopatra.

—No me agrada lord Lane porque sé la clase de hombre que es. Cleopatra no puede casarse con él —se opuso Charlize con vehemencia.

—Anoche yo misma comencé una investigación discreta sobre el pretendiente que ha elegido Cleopatra —recalcó que su hermana lo había elegido porque Charlize debía aceptar eso cuanto antes—. Su familia no tiene mala reputación, él es correcto y no se le conocen...

—Yo también he hecho mis pesquisas desde que vi a Cleopatra escabullirse con él una noche —la cortó Charlize.

—¿Perdona? —Freyja estaba desconcertada. Seguro que su hermana menor no había dicho nada sobre Cleo escabulléndose... ¿no?

—La gente me cuenta cosas, Freyja. Cuestiones íntimas que no compartirían con nadie sin un buen motivo —le informó Charlize.

—Lo que dices no es posible —dijo Freyja sin creer ni una sola palabra.

—Lo es, porque allí donde los hombres usan el licor para sociabilizar, para hacer que los nervios se templen y adormezcan, yo tengo mi propia técnica para posibilitar que la

buena sociedad confíe en mí. Y lo consigo —se jactó—, porque averiguo lo que deseo con poco esfuerzo.

—¿Estás diciéndome que bebes, Charlize, y que ofreces licor a otros para que compartan confidencias contigo? —Freyja estaba escandalizada, pero ya nada la pillaría desprevenida con respecto a su endemoniada hermana pequeña.

—Por supuesto que no. Desprecio el alcohol, Aidan me indicó que si bien es efectivo para lograr ciertas cosas de caballeros que lo visitan para...

—Como no... —la interrumpió Freyja—, debería haber imaginado que detrás de las locas ocurrencias de Charlize estarías tú, mi amor.

—No le di ninguna idea —se excusó el conde—. Solo me limité a responder algunas preguntas. Tu hermana quiso saber qué hacía yo con respecto a los caballeros con los que suelo hacer tratos pero de los que no me fío por completo. Le comenté que me gusta agasjarlos con una copa de whisky escocés, y que el licor hace que la lengua se suelte...

—Eso me dio una buena idea —aludió Charlize—. Los bombones son igualmente efectivos entre las damas.

—¿Cómo dices? —se interesó Freyja.

—¿Acaso crees que me como yo sola todos los bombones que me regala Aidan? —preguntó irritada la muchacha.

—En verdad así lo creía... ¿Es que no lo haces?

—Si me comiese tal cantidad de rico dulce, no cabría por la puerta, Freyja.

—¿Y qué es lo que haces con los bombones, Charlize? —preguntó curiosa.

—Los uso como soborno. A todo el mundo le gusta el chocolate, así que cuando les ofrezco mis dulces desinteresadamente, las damas confían en mí y tienden a compartir cosas que no dirían si los bombones no obrasen su magia.

—¿Debo suponer que los dulces te han ayudado a averiguar cosas sobre lord Lane que desapruebas?

—Sí. Aunque lo importante es que ese hombre es tan aburrido que haría que Cleopatra se arrepintiese de su decisión al segundo día de casarse, Freyja —dijo con insistencia Charlize.

—¿Por qué tengo la sensación de que algo malo va a suceder, hermana mía? Algo que hará que Cleopatra se suma en la tristeza más absoluta —añadió, sospechando que la menor de las Archer había metido el hocico en asuntos que no le concernían.

—Yo no he hecho nada. Me insultas, Freyja —saltó con enfado la joven.

—¿Aidan? —lo interrogó Freyja al ver a Charlize compartir una mirada con el conde.

—Esta vez, tu hermana está libre de pecado, mi amor. He visto el periódico mientras desayunaba, me temo que Cleopatra tiene problemas.

—¿Qué ha sucedido? —trató de averiguar la condesa.

—Ha sucedido lo mejor que podía pasar —dijo alegremente Charlize.

—¿Y qué es eso? —indagó Freyja.

—Cleopatra ya no puede casarse con el vizconde Lane —explicó entusiasmada Charlize.

—Dios del cielo... —susurró Freyja, imaginando que se avecinaba el fin del mundo.

—Lo que debe preocuparnos es que nuestra hermana no aparece por ningún lugar —soltó Charlize.

—¿Cómo que no aparece por ningún lugar? —repitió en forma de pregunta y con nerviosismo Freyja.

—No está en casa.

—¿Aidan? —Freyja buscó ayuda, porque sentía que su corazón iba a estallar. Todo eran acertijos y ella no comprendía nada.

—No te preocupes, mi amor. Si Charlize está aquí tan tranquila, es porque sabe exactamente lo que ha sucedido. —Aunque el conde era consciente de que se avecinaba un problema, ver a la menor de las Archer tan sobria le daba buena idea de que la desaparición de la otra hermana no era algo sin solución.

—Más o menos sí —indicó la aludida—. Pues yo sería muy negligente si no vigilase a mis hermanas con ojo de halcón.

—A mí no me vigilas —le recordó Freyja.

—A mis hermanas solteras, quería decir.

—Solo está soltera Cleopatra, además de ti —apuntó la condesa de Ross y Luff.

—A esa es a la que vigilo con sigilo. Es por ese motivo por el que he venido a pedirle ayuda a Aidan, pero tú querías entretenerlo haciendo... *eso*. ¿Por qué prefieres la mesa de su escritorio, cuando la cama debe resultar mucho más cómoda? —aludió con relación al acto carnal, con tanta naturalidad que Aidan emitió una carcajada que fue silenciada de inmediato con una mirada de su mujer.

Cabe señalar que Charlize los había sorprendido en alguna que otra ocasión a punto de intimar en el despacho de Aidan y, en honor a la verdad, la muchacha no entendía el motivo por el que ambos se decantaban por una superficie tan dura como era la madera del escritorio. Aunque ella era la menos indicada para juzgar dónde hacía el amor una pareja.

—¿Cleopatra está perdida y tú estás aquí hablando de tonterías, Charlize? —Freyja estaba incrédula. No iba a entrar a valorar cuestiones privadas sobre lo que hacía con su marido y en dónde las hacía.

—Supongo que llegados a este punto, es cuando Charlize me pide que la acompañe con urgencia al lugar al que ha ido Cleopatra —adivinó el conde.

—Yo pienso ir contigo, Aidan —apuntó Freyja.

—No, porque tienes que ocuparte de nuestro hijo —le señaló.

—Aidan... —le suplicó su esposa.

—Hazme caso, conozco bien a Cleopatra, y mucho mejor a Charlize, así que la

primera no hará ninguna locura y la segunda no estaría sonriendo si algo malo estuviese ocurriendo. Deja que me ocupe del asunto porque me amas y confías en mí.

Freyja miró a su hermana, luego a su esposo. Hizo ese gesto varias veces y terminó suspirando.

—Supongo que no puede ser tan malo como cuando Charlize se dejó arrastrar por el lodo por el barón Rendow. Dado que Cleopatra tiene más sentido común, asumiré que la situación no es desesperada y me quedaré en casa cuidando a Benedict. Dejo el asunto en tus manos, mi amor.

—Oh, Freyja, sé que lo que acabas de decir lo has dicho solo para tratar de fastidiarme, pero debo de señalar que no irrita quien quiere, sino quien puede, y tú no puedes hacerme enfadar —precisó por si su hermana no la había entendido—, porque te quiero tanto que no lograrías socavar mi amor por ti.

—Charlize, ¿por qué tengo la sensación de que no sabes lo que estamos haciendo aquí? —preguntó el conde de Ross y Luff con ansiedad.

—Es lo que yo habría hecho, Aidan.

—Entonces vayamos a buscar a Cleopatra y llevémosla a casa. Parecemos un par de espantapájaros aquí, plantados en medio de la calle vigilando.

—No estoy segura de que Cleopatra esté allí dentro —dijo Charlize, mientras se colocaba de puntillas para ver si podía divisar algo entre las ventanas de la gran casa que estaban vigilando el conde y ella misma.

—Has dicho que es lo que tú hubieses hecho.

—Por supuesto que sí. En caso de haberme enterado de la noticia esta mañana, me hubiera presentado en casa de ese aburrido vizconde para pedirle explicaciones por su proceder. Luego le habría dado un baño con algún jarrón de agua.

—¿Un baño? —inquirió divertido. La hermana pequeña de su hermana era única... Y gracias a Dios por eso. Él no podría haber pleiteado con tres hermanas con ese carácter. Freyja era más cabal que el resto.

—Sí, seguro que hubiese divisado algún jarrón con hermosas flores y hubiera aprovechado el agua para avergonzarlo. Lo habría bañado de la cabeza a los pies sin compasión.

—No puedes decir que él no es el indicado para Cleopatra y luego mostrarte enfadada por lo que él ha hecho. Deberías estar agradecida por lo que ha sucedido. Sé bien lo que te has estado quejando de lord Lane estas semanas.

No mentía. Charlize había convertido años atrás a Aidan en una especie de aliado y resultaba imposible salir de esa condición, porque la pequeña era tan avispada que solía tener razón sobre todas sus conjeturas. Se fiaba de ella a la hora de tomar en consideración sus advertencias y sugerencias, en especial en lo que a sus hermanas se refería.

—Una cosa no tiene que ver con la otra, Aidan. A veces se me olvida que eres un hombre y no entiendes lo que es el orgullo femenino.

—Entiendo de orgullo, Charlize —la rectificó.

—Pues entonces sabrás que lord Lane se merecería cualquier correctivo que Cleopatra decidiese darle. Mi hermana se vanagloria de ser la más sensata, la más adecuada de todas nosotras, la que no ha roto jamás ni un solo plato, pero te aseguro que el orgullo de los Archer corre por sus venas. Se vengará de Lane.

—Sí, eso dices, se vengará porque es lo que tú hubieses hecho.

—Efectivamente. De ahí que estuviese convencida de que Cleopatra hubiera venido aquí para exigir las oportunas explicaciones sobre lo malvado que él ha sido.

—Entremos entonces.

—Lo que sucede es que veo la casa demasiado tranquila. Si mi hermana hubiera entrado, te aseguro que los sirvientes irían de aquí para allá y que habría más movimiento del que percibo entre las ventanas.

—No se ve casi nada desde aquí, Charlize, es imposible que...

—Confía en mí. Si Cleopatra estuviese ahí dentro nosotros ya lo sabríamos.

—¿Me estás diciendo que no sabes dónde está tu hermana?

—Bueno...

—¡Charlize! —la regañó—. Le he prometido a Freyja que...

—Lo sé, lo sé. Yo estaba allí, Aidan. Sé lo que tu esposa te hará a ti si no aparece Cleopatra.

—¿A mí solo? Eres una traidora y solo por eso, te garantizo que si me hundo, tú caerás conmigo —la amenazó.

La joven le sonrió mientras rodaba su sombrilla. Necesitaba protegerse del sol porque tendía a sacarle demasiadas pecas.

—Eres encantador incluso cuando amenazas.

—No me estás prestando la debida atención, he confiado en ti con respecto a toda esta cuestión de lord Lane y si algo sale mal...

—No saldrá nada mal. Ella no va a casarse con él y eso es lo que importa.

—Charlize, no entiendo el motivo por el que me convences con tanta facilidad.

—¿No?

—No —respondió él con seriedad.

—Lo haces porque yo te ayudé a conquistar casi sin esfuerzo a mi querida Freyja, y mi plan para emparejar a Caliope con su amado Magnus funcionó a las mil maravillas. Eso sin olvidar que cuando Cleopatra se convierta en una feliz esposa, solo te quedará una hermana molesta de la que ocuparte y tendrás mucha paz.

—Si tan buena eres, podrías darme un plan para deshacerme de la hermana menor de mi esposa.

—¿Ahora hablas de mí en tercera persona, Aidan?

—Tú eres la que me darás más problemas. Muchos más de los que me han dado tus otras dos hermanas —conjeturó.

—No te los daré porque no pienso casarme.

—Por eso sé que se avecina tormenta. Freyja no será feliz hasta que te vea formar tu propia familia con un hombre que te merezca y me obligará a interceder para que...

—Estamos desviándonos del asunto que nos ha traído hasta aquí, Aidan —lo frenó—. Es momento de ocuparnos de Cleopatra, ¿recuerdas?

—Sí, Charlize, sé bien el motivo por el que no estoy en la cama con mi esposa.

—¡Oh, Aidan! —exclamó escandalizada—. Debería darte vergüenza, hablar así delante de una joven casadera de lo más inocente. Pretender corromperme... —lo acusó.

—Sí, como si tú no estuvieses ya suficientemente corrompida.

—¿Qué insinúas? —preguntó con altivez.

—Que eres tú la que busca avergonzar a mi esposa con cuestiones de índole íntima a cada ocasión.

—¡Pamplinas, Aidan! —La joven hizo un aspaviento con la mano—. Lo hago por ti, para que tu esposa no olvide cuáles son sus deberes conyugales, pues he descubierto que cuando tu esposa es feliz, tú lo estás más.

—La que dice sandeces eres tú. Céntrate ahora, Charlize. Tenemos dos opciones con respecto a Cleopatra. O vamos hacia la casa de lord Lane, lo sacudo un poco para que se dé cuenta de que nadie juega con quienes me importan, y luego nos vamos a buscar a tu hermana.

—Eso no son dos opciones. Es tan solo una con dos partes que me gustan mucho. Sería épico observarte agarrar al aburrido Lane por las solapas de la chaqueta y verlo comenzar a temblar, y aunque la idea me seduzca no puedo dejarte hacer eso. Él estará mejor sin Cleopatra, y definitivamente mi hermana encontrará a alguien que la haga muy feliz.

—Dime dónde buscamos a Cleopatra. Sospecho que sabes dónde puede haber ido.

—Si no está aquí... Sí que tengo una ligera idea, pero no va a gustarte, porque no te he contado lo que presencié anoche con sigilo.

—¿Ahora me ocultas cosas, pequeña arpía? —la acusó—. Creí que éramos un equipo infalible. Tú ejercías de casamentera y yo me ocupaba de ayudarte en todo lo posible. No puedo hacer el trabajo que me encomendaste si no me haces partícipe de tus planes y averiguaciones.

—No podía contártelo delante de Freyja, ya conoces a mi hermana, se preocupa demasiado por todo. Ha soportado el peso familiar en sus hombros durante demasiado tiempo, es hora de que descanse y ceda esa responsabilidad.

—La palabra responsabilidad no es compatible contigo, Charlize.

—Puede ser, pero no olvides que somos un equipo, como bien has dicho. Soy inteligente, observadora y conozco muy bien a todas mis hermanas, y tú eres... Bueno, eres el hombre que me ayuda en todo, así que nada puede salir mal. Lo hicimos bien con Caliope y lo mismo ocurrirá con Cleopatra. Eso sin contar que acabaste felizmente unido a Freyja. Soy buena en lo que hago.

—No te andes por las ramas, dime de una vez lo que averiguaste ayer y que intuyes que no va a gustarme.

—Está bien. Verás, siempre he pensado que yo era la más retorcida de las cuatro.

—Lo eres —le dijo, por si acaso Charlize tenía alguna duda a ese respecto.

—Bien, pues en tal caso, déjame decirte que si yo hubiera sido Cleopatra hubiese venido directamente a lord Lane para avergonzarlo y darle un pequeño escarmiento.

—Ya has declarado que Cleo no está en esa casa —señaló el hogar de lord Lane.

—Exacto. En caso de ser yo Cleopatra, que es más sensata, ese habría sido mi paso, pero como no está, comienzo a pensar que ella es mucho más retorcida que yo.

—Charlize, te estás yendo de nuevo por las ramas —le recordó de nuevo.

—Te lo contaré, un poco de paciencia, te lo ruego, Aidan.

—Se me está acabando... —le dijo con los dientes apretados.

—Yo estaría muy enfadada con el vizconde, así que lo que yo habría hecho, porque soy muy retorcida, no olvides eso, sería pagarle con la misma moneda.

—¿Y eso que significa?

—Eso se traduce en que me habría casado de inmediato con otro caballero —afirmó con toda naturalidad la menor de las Archer.

Aidan suspiró.

—Sí, es algo que tú harías, pero... ¿Cleopatra?

—Sí, es una opción que estoy barajando después de comprobar que mi hermana no está en esa casa de ahí. —Le tocó el turno a Charlize de señalar la gran mansión del vizconde.

—¿Tenía Cleopatra otro pretendiente del que no me habías hablado?

—No es un pretendiente, y hasta anoche mismo no había sabido de su existencia.

—¿De quién se trata, Charlize?

—Del señor Gilmore.

—¿El hotelero? —preguntó con el ceño fruncido el conde de Ross y Luff.

—Te lo contaré, pero te advierto que aunque me agrada más que lord Lane, no cuenta con mis bendiciones. Hay otro caballero que considero que es más adecuado para Cleopatra, pero me temo que si ella está dolida y se ha despertado su vena sanguinaria...

—¡Por amor de Dios, Charlize!, habla claro de una vez.

—¡Te lo estoy diciendo, Aidan! Creo que mi hermana ha ido a ver al señor Gilmore para proponerle matrimonio. Y si eso resulta de ese modo, te aseguro que no tendré más

opción que felicitar a mi hermana por ser más original que yo misma tramando una venganza.

—¿Gilmore? —No tenía sentido.

—El mismo.

—¿Pedirle matrimonio a Gilmore?

—Eso es lo que yo creo que está haciendo Cleopatra en este momento.

—¿Qué te hace estar tan segura de tu suposición?

—Es lo que yo haría.

—También decías que habrías venido a enfrentar a Lane en caso de ser Cleo y ella no está ahí. Así que seguro que te estás equivocando.

—Eso espero, porque no estoy dispuesta a dejar que Cleopatra se case con ese caballero. No sería feliz con él tampoco. Gilmore es demasiado...

—Demasiado ¿qué?

—He escuchado cosas sobre él —se limitó a decir.

—¿Qué clase de cuestiones?

Ella le sonrió.

—¿No deberíamos dejar de hablar sobre él y ponernos en marcha?

—¿En marcha? ¿Dónde quieres ir?

—Al hotel que dirige el señor Gilmore, por supuesto.

—No creerás que Cleopatra haya podido ir a... —comenzó a decir él. Aidan consideraba que la hermana pequeña de su esposa estaba bromeando sobre todo ese asunto del

dueño del hotel, pero a medida que la frase salía de su boca, el rostro de Charlize se transformó en uno de suma preocupación. Y cuando la vio afirmar con la cabeza... Mal asunto—. ¡Maldita sea, Charlize!, espero que no tengas razón sobre esto.

—Yo también, Aidan... Yo también —susurró ella con preocupación.

Capítulo 4

La traición era mala, pero la burla a la que la había sometido era todavía peor.

Cleopatra Archer se había levantado esa mañana escuchando el canto de los pájaros, viendo el mundo de color de rosa. Todo era perfecto, sensacional. Tenía ganas de salir de la cama y contarles a sus hermanas que a lo largo del día recibirían una visita muy especial.

No había podido conciliar el sueño. Eso debió darle una pista de que algo no iba bien. Cleopatra había podido dormir incluso cuando el mundo parecía que iba a terminar. La alegría por lo que pronto acontecería con respecto a Arthur no debería ser un motivo para mantenerse despierta durante toda la noche. Al contrario, algo tan fabuloso debería haberla hecho dormir mejor y más profundamente, dado que su futuro acababa de sellarse.

Cuando se levantó al alba, bajó a desayunar pese a que no había nadie despierto todavía y como el periódico estaba preparado para que lord Ross y Luff lo hojease, lo cogió para ver si se relajaba mientras pensaba en otras cosas.

Mal.

Muy mal hecho.

Su universo dejó de girar y la conmoción hizo que su corazón se detuviese unos instantes. No podía creer lo que estaba leyendo. Lo releyó una y otra vez, con la esperanza de que las letras acabasen cambiando su significado.

Por supuesto, eso no ocurrió.

Habían sorprendido a Arthur en la habitación de una muchacha. Hija de un conde

también. El periódico daba por hecho la boda que se produciría en los próximos días, tal vez horas, para que la reputación de la joven no quedase completamente arruinada.

¿Cómo le había podido haber hecho eso a ella?

Dolía.

El corazón le dolía tanto que las lágrimas no tardaron en aparecer. Salió sola de casa, sin la debida compañía, y caminó hasta que las piernas comenzaron a fallarle.

Era un buen hombre. Arthur Clancy siempre fue serio e incluso bastante severo, pero ya le había advertido Charlize en su momento que los hombres más honorables podían albergar un monstruo en su interior. Su hermana pequeña se topó en su momento con un caballero que no tuvo miramientos y se portó muy mal con ella.

Cuando Cleopatra se dio cuenta de dónde estaba, el lugar al que la habían conducido sus piernas, dio un pequeño grito. No sabía cuántas horas habían pasado desde que comenzó a llorar y a caminar, solo era consciente de que sus pasos, sin haberlo orquestado, la habían llevado hasta el hotel del señor Gilmore.

Había procurado ser una dama sin mácula, responsable, solo se había desviado del camino brevemente porque creía que los encuentros privados con Arthur darían sus frutos. De nada había servido comportarse tal y como se esperaba que lo hiciera.

Sería el hazmerreír de toda la buena sociedad, pues Arthur no había bailado con ninguna otra muchacha más de un baile, y después de danzar dos veces con ella, lo habían sorprendido en la habitación de otra dama.

¡Dios!

La tristeza que la había embargado en un primer momento, se fue transformando en rabia, en deseos de venganza, y tal vez por es emotivo su camino la condujo hasta el lugar que regentaba un hombre que necesitaba con suma urgencia una esposa.

Todo lo que Cleopatra deseaba era casarse y ser madre, el padre de su bebé no importaba demasiado. No lo hacía porque si al final el señor Gilmore la aceptaba, podía estar tranquila, dado que ese hombre era bueno, confiable, correcto, sensato y con una reputación intachable.

Casarse sería la solución a todos los problemas que sabía que se avecinaban. La

tildarían de ser una dama caída en desgracia, alguien a quien un vizconde había desechado en favor de otra mucho mejor. La sociedad era así. Despiadada, ávida de un buen cotilleo malicioso, no importaba si los rumores destrozaban la vida de una persona, lo fundamental era entretenerse con las desventuras de los demás.

Y que Dios la perdonase, estaba tan llena de despecho que se le antojaba hacerle daño a Arthur, aunque era muy consciente de que a él no le afectarían lo más mínimo sus decisiones.

¿Por qué la había tratado de un modo tan malvado un hombre como el vizconde? ¿Ella no valía nada? ¿La otra muchacha sería más bonita, más adecuada, con mayores conexiones y una gran dote?

Los celos la volvían loca. Y no. No quería pensar en Arthur más. No se merecía su pena, sus lágrimas.

Ella había escuchado una conversación íntima entre el señor Gilmore y su contable por alguna razón. Cleopatra no creía en las casualidades, era una ferviente creyente de que había un gran plan para todos, y la vida la había conducido a ese preciso instante, a las puertas del hotel dirigido por un caballero que podría darle todo lo que ella deseaba... si lo convencía para aceptar su propuesta, desde luego. Esperaba que ese beso incendiario que compartieron anoche sirviese como baza para hacer que Joseph Ethan Gilmore la tuviese en consideración.

Suspiró al recordar aquel momento indebido que no debió haber ocurrido entre ambos. Si algún miembro de la fiesta los hubiese sorprendido besándose, ella misma habría tenido que romper la palabra que le había dado a Arthur. ¿Le habría sucedido algo así al vizconde? ¿Se habría dejado llevar él por la pecaminosa lujuria? ¿Era ella una hipócrita por haber permitido que Gilmore la besase de ese modo, y enfadarse por la traición de lord Lane?

La mente de Cleo era un hervidero lleno de caos. Arthur se casaría, y si ella no hacía nada al respecto, se convertiría en la dama con la que lord Lane hizo una declaración pública con dos bailes y que no fue lo bastante buena para mantenerlo a su lado.

No sería la primera vez que algo así sucedería. Hacía un par de años, cuando estuvo en Londres, escuchó que una muchacha fue repudiada tan solo por no ser hábil bailando. Esa joven seguía soltera esa temporada.

Cleo quería casarse lo más pronto posible. No tenía la paciencia necesaria para seguir demorando un asunto que deseaba tanto. Ser madre era su máxima prioridad, su sueño, así que si Gilmore se lo concedía, ella se convertiría en la esposa que necesitaba y le otorgaría el

dinero que precisaba para hacer que su gran proyecto fuese una realidad. Su dote era muy generosa.

Un acuerdo.

Sí. Debía vendérselo de ese modo. Y si la rechazaba...

¡Cielo santo! Si esa circunstancia se diese, ella volvería a Luffgarden, a su casa de campo, y no volvería a salir de allí jamás. Moriría siendo una vieja solterona rodeada de gatos... ¡Y a ella no le agradaban los gatos!

Bajó la mirada y se dio cuenta de que tenía que haberse esmerado un poco más en su vestimenta. Esperaba no tener ya los ojos rojos, y que el cabello siguiese recogido en un bonito moño. Y el vestido de paseo de mañana... no, no era de los mejores, pero tendría que bastar.

Se dispuso a quitarse su bonete para acceder al hotel. Nada más entró, lo divisó al fondo de la recepción. Tenía que ser una señal... Rezó a Dios pidiendo un poco de... de... de... ¡De lo que fuese!

Apresuró el paso y se colocó delante de él. Como estaba de espaldas no la había visto. ¡Dios de los cielos, qué apuro más tonto! Bueno, de tonto no tenía nada. Podría darse la vuelta y... No. No. Sabía lo que tenía que hacer.

Carraspeó para ver si él se giraba. No lo hizo, así que carraspeó con más fuerza.

—¡Qué diantres...! —comenzó a decir Joseph Ethan, al tiempo que se daba la vuelta. Cuando se dio cuenta de quién era la mujer que estaba llamando su atención se quedó muy sorprendido.

—Señor Gilmore —lo saludó ella, al ver que él no reaccionaba.

—Milady —le hizo una reverencia, para después barrer con la mirada el lugar en busca del resto de la familia.

Cleopatra se dio cuenta de lo que él estaba haciendo, así que le sonrió con nerviosismo y luego le indicó que:

—No hay nadie más aquí.

—¿Ha venido sola, lady Cleopatra? —Ella sintió mariposas al ver que él recordaba su nombre. Eso era una buena señal... ¿o no?

—No preciso la asistencia de nadie para lo que debo tratar con usted, señor Gilmore.

Él la vio pasar del nerviosismo más extremo a la seguridad fingida y se sonrió. Sentía curiosidad por esa dama, un sentimiento que no debería estar percibiendo, pero...

—¿Qué puedo hacer por usted, milady? —le preguntó lleno de cortesía. No había demasiada gente a su alrededor, de hecho había despedido al botones con el que estaba hablando cuando la divisó detrás suyo, sin embargo, era mejor guardar las formas con suma etiqueta.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar, señor Gilmore?

—No creo que...

Y como ella ya se figuraba la objeción que iba a hacerle, estuvo rápida al interrumpirlo para decirle que:

—Sí, señor Gilmore. Es un asunto urgente y bastante privado el que debo tratar con usted.

Él se puso todavía más serio. Echó un vistazo a su derecha, luego desvió la mirada a la izquierda, y al estar seguro de que no había nadie se acercó y le habló en voz baja.

—No es prudente que estemos a solas... —se quedó un momento pensativo—. ¿Vienes a exigirme una disculpa por lo que pasó...? —inquirió sin formalidad.

—No, señor Gilmore. Estoy aquí para ofrecerle un negocio. Uno que espero que no rechace —se envalentonó—. Y me gustaría tratar el asunto con mayor intimidad.

La vio tan segura de sí misma, que se separó de ella y cabeceó afirmativamente

—Por supuesto. Haga el favor de seguirme —volvió a la formalidad como precaución. La cogió del brazo y comenzó a caminar a grandes zancadas. No deseaba que nadie la reconociese.

Caminaron por varios pasillos, mientras ella se esforzaba por seguir su paso, y acabaron entrando en un pequeño despacho. Gilmore abrió la puerta, la obligó a entrar también con prisa y luego cerró.

Se quedaron uno frente al otro de pie. Con una distancia prudencial que él se obligó a dejar entre ambos. Ella tenía algo que lo volvía loco y esa muchacha no era para él.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó sin preámbulos.

—No. Estoy muy segura de lo que voy a hacer... Creo. —Esa parte la susurró por lo bajo.

—¿En qué estaba pensando tu familia cuando te permitió salir sin escolta de tu casa? Una dama como tú no debería caminar sola por la ciudad, menos todavía venir a buscarme —alegó irritado.

—¿Cómo yo?

—Sí, como tú —insistió él.

—¿Y eso qué significa?

—¿Una vez más vienes a buscar cumplidos, Cleopatra?

—No, por supuesto que no —retrucó—. Lo que quiero es que hagamos un trato.

—Un trato... —dijo con un bufido.

—Eso he dicho.

—Si fueses una muchacha inteligente te mantendrías a mil leguas de mí, Cleopatra Archer —le dijo sin rastro de humor.

—Tengo veintiún años —apuntó con la cabeza bien alta. Era una mujer. No una joven debutante. Hacía tres años que debería haberse casado, tal y como estipulaba la sociedad que debían hacer las jóvenes damas casaderas.

—¡Oh, todo un vejestorio arrugado! —se burló.

—Soy una mujer adulta y además muy inteligente —apuntó con la altivez emergiendo con fuerza.

—Seguro que estudiaste en Oxford —continuó él con su mofa.

—Sé lo que quiero cuando lo veo. —Cleopatra se quedó mirando con fijación al señor Gilmore. No sabía si estaba coqueteando o haciendo el ridículo, pero sirvió para que él se quedase un momento callado mientras la observaba con mucha atención.

—Deberías usar unos buenos lentes —dijo al fin.

—Está siendo condescendiente. Debo recordarle quién es mi hermana pequeña para que entienda que puede estar objetando hasta el fin de sus días y seguiré sin rendirme hasta que exponga lo que he venido a decir, señor Gilmore —lo avisó.

—Vete a casa, Cleopatra. —No lo entendía. Solo le sucedía con ella. Años atrás lo mismo, la noche anterior lo mismo... Y en esos momentos... lo mismo. Esa mujer, porque ella sí era toda una mujer perfectamente formada, despertaba unos instintos peligrosos, unos que él trataba de mantener bajo llave. Era verla y... Lo alteraba. Lo enervaba de un modo que lo hacía dudar de su disciplina para controlarse con ella.

La tenía ahí. Al alcance de su mano, mirándolo con la nariz levantada, los ojos fijos en los suyos, y él solo deseaba besarla. No de modo tierno. Le gustaría saquearla a conciencia, desnudarla, tenderla sobre la cama y... ¡No! ¡No! ¡Maldición, ella no era fuerte, no podría soportar todo lo que él le haría!

Joseph Ethan retrocedió un paso atrás. Uno que ella se adelantó.

—No le tengo miedo, señor Gilmore. Sé que no me haría daño.

—Dices eso porque no puedes leerme la mente —dijo por lo bajo.

—O habla más alto o no podré responderle.

Él agradeció que ella no hubiera podido escucharlo.

—He dicho que te vayas a casa. Llamaré un carruaje. Ross debe estar preocupado y tu hermana mayor puede que se haya presentado en Bow Street para movilizar a todos los agentes, incluso podría estar hablando con el ejército mismo mientras estás aquí.

—Es usted terco, señor Gilmore, una cualidad que no es adecuada para un esposo —observó ella sin dejar de mirarlo.

—¿Esposo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. Ese es el acuerdo que he venido hacerle y del que no me permite hablar. Usted necesita una esposa y yo quiero casarme.

—¿Qué? —preguntó de inmediato.

—Creo que no es muy difícil de entender. Lo escuché anoche, como bien recordará. Tenemos intereses comunes, por eso considero que podríamos avenirnos.

—¿Qué? —repitió, sin entender lo que ella decía. Bueno... sí que la entendía, pero no tenía sentido lo que escuchaba.

—No me dirá que carece de inteligencia, señor Gilmore, porque eso sí sería inadmisible en el hombre que yo desposase.

—La que carece de inteligencia, eres tú. Pues por un momento me ha parecido que has señalado que quieres que nos casemos.

—Eso es.

—¿Cómo que eso es?

—Señor Gilmore, está siendo obtuso, creo que más claro no se lo he podido decir. Usted consigue una esposa adecuada, con contactos, dado que el marido de Freyja tiene muchos amigos importantes, y a la vez obtiene mi dote, que no es para nada desdeñable.

—Tengo que sentarme —dijo, para luego ir hacia la mesa de su escritorio y buscar la silla.

—¿Está usted bien? Le veo pálido —advirtió justo antes de que él se diese la vuelta.

—No, Cleopatra, no estoy bien. —No lo estaba en absoluto, porque esa joven inocente no podía estar hablando de matrimonio. No acababa de ofrecerse en bandeja para que él

se diese un festín con el beneplácito de Dios. Si ella supiera lo que estaba metiendo en su cabeza, saldría a toda prisa de allí y no regresaría jamás, porque Joseph Ethan no podía pensar en otra cosa más que en poseerla. Y si la tenía del modo en el que la deseaba, la rompería en mil pedazos.

Mientras él se atormentaba imaginando lo que le estaba cayendo del cielo..., y eso no era que podría construir su nuevo hotel, sino que el objeto de sus más secretos y oscuros deseos se había puesto a sus pies; ella parecía una mujer de negocios que no entendía el dilema interno que tenía.

La vio tomar asiento delante de su escritorio. Se colocó las manos enlazadas sobre el regazo y luego levantó la mirada. Él supuso que lo hizo para demostrarle seguridad.

—Cada día, los matrimonios se llevan a cabo por varios intereses —empezó Cleopatra a explicarle—. Creo que es honesto que dos personas establezcan lo que van a recibir con su unión.

—Un momento —la interrumpió—. Partamos de la base que en verdad tienes claro lo que acabas de expresar.

—Quiero casarme con usted, señor Gilmore —le aseguró, por si él todavía tenía alguna duda a ese respecto.

—De acuerdo. Tú quieres casarte conmigo.

—Eso es.

—Bien. A cambio ofreces tus contactos...

—Los de lord Ross y Luff —precisó.

—Sí, sí, los del cabeza de tu familia. Has hablado de tu dote.

—Una muy importante.

—Por amor de Dios, Cleopatra, no hace falta que te sigas vendiendo más. —Masculló una maldición, porque si ella supiera que todo lo que él deseaba era tenerla en la cama... Lo demás era superfluo.

—Dado que esto es una negociación, me ha parecido importante poner los principales puntos sobre la mesa, señor Gilmore.

—Sí, los has puesto muy bien, pero solo has mencionado lo que sería favorable para mí.

—¿Qué insinúa?

—¿Qué ganarías tú con este matrimonio? Porque no me harás creer que el beso de anoche fue tan fantástico como para venir a...

—No, no —negó de inmediato.

—Vaya... Nunca se habían quejado de mis besos —dijo él con retintín.

Ella se dio cuenta de que había herido su orgullo.

—Yo... Uhm... Quiero decir que el beso fue agradable...

—¿¡Agradable!? —Él pudo haber terminado derramado en sus pantalones en caso de haber seguido manoseándola con tanta pasión.

—¿Satisfactorio? —propuso al ver que él estaba irritado.

—Por amor de Dios... Siento ganas de levantarme y hacer que pierdas el sentido mientras te doy un agradable y satisfactorio beso, Cleopatra. —La observó bajar la vista y ponerse colorada. Entonces estuvo satisfecho.

—No me está poniendo las cosas fáciles, señor Gilmore. No debería decir esas cosas.

—Ah, ¿no? ¿Qué te imaginas que sucedería si te casases conmigo? Querría besarte, lamerte, tocarte y poseerte cada vez que se me antojase, porque tendría derecho a hacerlo. Tú misma me lo estás otorgando al haberme propuesto matrimonio. —Joseph Ethan comenzó a contar en silencio, dado que estaba seguro de que la joven se levantaría y echaría a correr de inmediato. ¡Era necesario asustarla!

Ella se removió inquieta en la silla. Él se dio cuenta de que esa hermana Archer

no tenía intención de huir. Curioso... muy curioso... Y más desconcertante fue cuando la dama levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Supongo que será necesario que haga todo eso.

—¿Lo será? —preguntó inseguro.

—Sí, pues lo que yo demando de este matrimonio es un precioso bebé, señor Gilmore. Dos, pasado un tiempo prudencial, pero me conformaré con uno por el momento.

Joseph comenzó a toser, porque se había atragantado con su propia saliva. Se levantó de la silla y buscó el decantador de whisky. Necesitaba algo fuerte.

—¿Quieres una copa, Cleopatra? —le ofreció.

—No, gracias. Espero que no tenga por costumbre beber —apuntó con suavidad.

—No, solo lo hago cuando una muchacha viene a mi hotel para explicarme que quiere casarse conmigo.

—Es necesario casarse para engendrar un hijo.

—No, no lo es —la contravino él.

—Sí, lo es, señor Gilmore, porque yo no soy una falda ligera.

—¿Crees que no lo sé, Cleopatra? Sé que eres de las que deben casarse. Eres una mujer que debe tener todo lo que desea, siempre lo he creído.

—Quiero ser madre, señor Gilmore, es lo único que le pediré como condición para que nos casemos.

—Te haría un hijo ahora mismo, Cleopatra, pero dudo mucho que te gustase la forma en lo que lo planearía hacer. —Se le hacía la boca agua al imaginar la escena que tenía en mente.

—Lamento no entender lo que...

—No lo entiendes y es mejor así —apostilló, después de beberse de golpe toda la copa que se había servido. Regresó a la silla y se sentó—. Ahora explícame el motivo por el que no has elegido un pretendiente mejor que yo para tus planes. Cualquiera con un par de ojos en el rostro comenzaría a babear nada más verte.

—Me temo que no tengo interés en desposarme con nadie más. —No estaba siendo honesta del todo, pero tampoco mentía por completo.

—¿Tanto te gusto, florecilla? —preguntó en un intento de flirteo.

—Ya le he dicho que encontré su beso...

—Si dices agradable o satisfactorio, te aseguro que saldrás de aquí con muchas probabilidades de albergar vida en tu interior, florecilla —la avisó.

Ella frunció los labios.

—No me acostaré con un caballero hasta que Dios me una a mi esposo —le tocó el turno a ella de advertirlo.

—Por supuesto que no lo harás. Mataría a cualquier bastardo que te pusiera un solo dedo encima sin que mediase el matrimonio entre tú y él —dijo con enfado.

Ella lo miró desconcertada. Había detectado mucha rabia en sus palabras y no entendía el motivo. Ello sin olvidar que él le había puesto varios dedos encima.

—¿Entonces qué será, señor Gilmore? ¿Haremos uso de esa cara licencia especial de la que hablaba anoche?

—Por supuesto que no. Tú no estás hecha para mí.

Cleopatra cuadró los hombros y estiró la espalda sobre la silla.

—Soy más dura y fuerte de lo que parezco, señor Gilmore.

—Y aun así, yo te rompería en mil pedazos —sentenció en modo críptico.

—Muy bien. —La humillación era absoluta ya. Primero Arthur y en esos

momentos sufría el rechazo del señor Gilmore.

Cleopatra se puso de pie.

—¿A dónde vas? —preguntó, esperando que ella no se hubiese dado cuenta de la angustia que cargaba el tono de su voz. No quería que se marchase. No tan pronto.

—A buscar un esposo, señor Gilmore —le contestó sin mirarlo.

Antes de que la última parte de su sentencia estuviese dicha, Cleopatra Archer estuvo pegada contra la pared más próxima, con el señor Gilmore sobre ella.

El aliento de uno sobre el del otro. Ella se negaba a asustarse. La velocidad con la que él se había movido la había asombrado y conmocionado al mismo tiempo, pero no le tenía miedo. Lo conocía. Se veía fiero. No le haría daño.

—No puedes ofrecerte a mí y al siguiente segundo decirme que buscarás a otro, florecilla —apostilló, con la voz baja y cargada de algo que Cleopatra no pudo identificar.

—¿Por qué no? Usted no me quiere —observó con un susurró trémulo.

—Te deseo, Cleopatra. Te deseo —repitió— desde la primera vez que te vi en mi biblioteca, y no me he mantenido lejos de ti todos estos años para acabar rompiéndote ahora.

Ella frunció el ceño. Él terminaba de admitir lo que sucedió cuando se vieron aquella vez, cuando Cleopatra consideró que Gilmore estaba interesado en Freyja.

—No tiene sentido que diga que me desea. —Negó ligeramente con la cabeza—. No le creo porque de ser cierto, me habría aceptado hoy—expuso resignada.

—Maldita sea... —murmuró, para luego bajar la boca y tomar sus dulces y delicados labios entre los suyos.

Capítulo 5

Solo necesitó el primer contacto y su corazón se saltó un latido para luego comenzar a desbocarse a un ritmo frenético. La estaba besando, y como si no se creyese que de nuevo él lo estuviese haciendo, tuvo que abrir los ojos, que se le habían cerrado por inercia, para comprobar que no era un sueño.

Gilmore también los mantenía abiertos y cuando su mirada lo encontró, lo observó apartarse un poco y componer una sonrisa de lo más pícara que la consumió debido a lo que transmitía. Pues el hotelero, además de curvar los labios de modo insolente y seductor, la miraba con un anhelo tan crudo que pensó que Joseph Ethan la estaba desnudando sin quitarle ni una sola puntada de ropa.

Cleopatra nunca fue la más fuerte de sus hermanas, ni tampoco la que se mostraba más segura, pero en su fuero interno era muy consciente de que tenía que tomar una decisión en ese preciso momento. Era como si él estuviese esperando a que ella decidiese por los dos. No se lo pensó demasiado, la idea era seguir adelante, de tal modo que se recostó sobre el duro torso de ese hombre tan interesante. Puesto que no había apartado la mirada de esos preciosos ojos, vio un destello de sorpresa debido a la audacia que ella estaba mostrando, Cleo aprovechó ese instante de incertidumbre y se puso de puntillas para envolver los brazos alrededor de su cuello. Eso provocó que Gilmore la afianzase mejor en su abrazo.

Antes de buscar la boca masculina, rezó para hacer bien lo que se proponía. Pretendía demostrarle que no era una joven sumamente protegida, sino que era una mujer que aprendía con rapidez, que podía adecuarse a cualquier circunstancia.

Cleo buscó su boca dispuesta a besarlo con furia, con fervor. No le costó demasiado ser algo agresiva en su muestra, pues se dio cuenta de que ella también lo deseaba. Llevaba años necesitando averiguar lo que pudo haber sido y no fue, de modo que, ¿por qué no dejarse llevar y ser atrevida?

De pronto, una de las manos masculinas se situó en su trasero, y él le dio una palmada juguetona, mientras su otro brazo se enroscaba alrededor de su cintura.

Hambre. Ella sintió que se despertaba algo intenso que la hacía estar famélica. Ansiosa por él, por su toque, por sus besos, por todo lo que Joseph Ethan pudiese darle.

Entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, Cleo comenzó a bajarle la chaqueta, era muy consciente de que mediaba entre ambos demasiados obstáculos, así que quitarle la ropa parecía un buen inicio para comenzar a acercarse de un modo íntimo.

El señor Gilmore no había estado preparado para una reacción así. Ella no debería animarlo, tuvo que haber salido a toda prisa de su despacho pidiendo a gritos las sales a fin de no caer desmayada. Y justo en el momento en el que se dio cuenta de que esa mujer intrépida estaba reclamando el derecho de quitarle la primera pieza de ropa... Joseph emitió un jadeo áspero, más como si fuese una queja, porque sabía que no debía caer en la tentación, y, pese a ello, su brazo se cerró todavía más sobre su cintura, aunque rompió el beso.

Al separarse para buscar la nitidez de su mirada, el caballero vio algo que no esperaba. ¡Ella también lo deseaba! La mirada vidriosa de Cleopatra contrarrestaba con el brillo oscuro que sabía que reflejaban sus propios ojos.

—¿Qué haces, florecilla? — preguntó en un susurro ronco, sabiendo que deberían darle un premio por no ceder a sus instintos más primitivos. Había logrado encontrar el dominio necesario para retirarse a tiempo antes de cometer una verdadera locura. Y sí. Era muy consciente de que debería soltarla por completo y dar varios pasos atrás para poner una distancia prudencial y muy necesaria entre los dos, pero no podía hacerlo.

La respuesta de Cleo a esa pregunta era complicada. ¿Cómo ser capaz de argumentar todos los sentimientos que Gilmore le provocaba? ¿Cómo explicarle que sus besos la consumían y a la vez la hacía sentirse viva? ¿Cómo podría decirle que cuando la tocaba nada más en el mundo importaba?

No logró hablar, emitir ni una sola palabra, la mirada de Cleopatra estaba perdida en ese precioso rostro que tenía delante. Lo miraba una y otra vez, tratando de memorizar cada uno de sus rasgos, su expresión, las imperfecciones que había junto a la comisura derecha de su boca, sus cejas pobladas con un ángulo cerrado, la mirada que transmitía su deseo, la mandíbula cincelada y fuerte y en especial sus labios. Quería más besos. Error. Necesitaba que la besase o se moriría de inanición.

No era momento de hablar y explicarse, era el instante para expresarse sin decir nada. Cleo apretó los brazos que todavía tenía colocados sobre el cuello de él y trató de acercarlo

a su boca. Más besos. Eso era todo lo que importaba, pero no contó con la resistencia del señor Gilmore.

Joseph no cedió a su demanda, ni a la suya propia.

La miró desde la altura y ella se dio cuenta de que estaba apretando los dientes, de que se resistía a lo que deseaba. Antes de poder preguntarle qué era lo que estaba mal, él habló:

—Deberías marcharte, Cleopatra —le dijo, sacando el resquicio de caballerosidad que todavía le quedaba.

—No se me ocurre un lugar mejor en el que pudiera estar —confesó sin vergüenza y con total sinceridad.

Una lluvia de sentimientos, de mil emociones desconocidas, se arremolinaron en el corazón de Joseph Ethan Gilmore. Su admisión era lo más puro que había escuchado jamás. Y lo sabía. Era consciente de que con un beso había incendiado a esa mujer hasta hacerla arder, lo que no había esperado era que él se prendería con mayor intensidad.

—No soy lo que crees, lo que esperas... —la advirtió, sin apenas fuerza de voluntad para seguir resistiéndose a su embrujo.

—No estaría aquí ahora, no te habría pedido matrimonio, ni estaría tratando de seducirte si creyera que no eres justo lo que necesito y... deseo —murmuró, dejando al fin la formalidad de lado.

Y mientras Cleopatra confesaba su vulnerabilidad, se dio cuenta de que además del deseo que él había despertado con fuerza en su interior, había más. Mucho más. Algo tan fuerte, tan pasional y conmovedor que podría destruirla por completo. Lo deseaba fervientemente. Toda ella palpitaba, en especial el interior de sus muslos.

—Dime qué es lo que necesitas —pidió él. Era crucial escucharla de nuevo.

—A ti —le aseguró la dama.

Levantó la mano para enredar parte de su moño en un puño. El gesto hizo que ella levantase la cabeza por completo. Lo veía, frente a ella, con la mirada dura en esos instantes, como si se debatiese entre el bien y el mal. No entendía el cambio tan brusco, pero no osó moverse por miedo a que todo terminase.

—¿Y si no estás preparada para lo que soy, florecilla?

—Lo estoy —respondió rauda.

—¿Qué pasará cuando descubras que lo que yo necesito no es lo que estás dispuesta a ofrecer, Cleopatra?

—Aprenderé —razonó, sin estar muy segura a lo que él se refería.

Él emitió una risa sorda, malhumorada más bien.

—No sabes lo que dices.

—Sé lo que quiero —le discutió.

—Eres una necia por venir a buscarme. Recuerda que te lo advertí. No olvides que hoy, aquí y ahora, te he dado la oportunidad de escapar de mí. Dios te proteja si decides quedarte a mi lado, porque no te dejaré escapar nunca.

Cleopatra le sonrió. Él aflojó el agarre de su pelo, así que ella levantó la mano para buscar sus mechones negros. Hizo lo mismo que él estaba haciendo, logró sostener en la palma un puñado de pelo y tiró de él.

—Soy una Archer, Gilmore —usó su apellido porque le pareció correcto para el tono de su aseveración. Además le gustaba referirse a él de ese modo—. Y de haber sabido lo que ahora mismo sé, habría venido mucho antes a buscarte —le dijo con suma convicción, pues la hacía sentirse plena, segura de sí misma.

Cleopatra no esperó respuesta, lo atrajo hacia ella y lo besó. Ya no hubo resistencia por parte del caballero. Le devolvió el gesto, pero unos pocos segundos más tarde, se separó de nuevo.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. ¿Lo estás tú?

—Sí, Cleopatra, por desgracia no puedo apartarte —expuso resignado.

—¿Por qué lo dices como si fuese algo malo? —No lo comprendía.

—Pronto lo averiguarás —apuntó enigmático.

—Bésame, Gilmore. Bésame —repitió— y hazme sentir que te pertenezco.

¡Oh!, si ella supiera que la ya la consideraba suya y que la dama acababa de sellar su destino... El sonido que produjo el hotelero con dicho pensamiento fue tan crudo y carnal, que faltó poco para que ella no se prendiese en mil y una llamas.

No la besó todavía.

—Lo haré en un momento —le aclaró.

Estaban los dos muy juntos, se dio cuenta de que la contemplaba tal y como había hecho ella misma instantes atrás. Enmarcó el rostro de Cleopatra con sus manos y usó los pulgares para acariciar parte de su mandíbula. Luego usó los nudillos para seguir acariciando su rostro. Tan dulce, tan inocente, bella y atrevida...

Ella estaba subyugada, pues la ternura del gesto le estaba acariciando más el alma que la piel. Eso sin contar lo fascinante que resultaba ver la intensidad con la que la miraba. Sus palabras de hacía unos segundos, cuando le advirtió que no la dejaría escapar, resultaron estar cargadas de una potente posesividad, sin embargo, lo que centelleaba en sus ojos era todavía más palpable.

Un deseo que la hacía suspirar.

Poderoso. Incierto. Desconcertante.

Esas tres palabras venían a definir a la perfección al nuevo señor Gilmore que se alzaba ante ella.

—Tan hermosa, tan inocente, tan apasionada... Mía, Cleopatra. Serás mía por completo. Quiero tu cuerpo y tu alma.

Llevó uno de los pulgares hasta sus labios. Usó la yema para presionar el inferior y obligarla a separarlo de su hermano. Ejerció una tibia presión y ella entendió lo que deseaba. Abrió más la boca y ese dedo chocó directamente contra su lengua.

Lo chupó como si fuese un rico helado de Gunter's. Tuvo la audacia incluso de apresar la falange cerrando los labios y succionó desvergonzada.

—Un día colocaré algo más sustancioso en el interior de tu boca, Cleopatra, y querré que uses tus labios y tu lengua del mismo modo que ahora. Otra noche desearé ser yo quien chupe la deliciosa humedad que segregas entre las piernas, esa de la que solo yo seré responsable de hacer nacer y calmar. Estarás a mi completo cuidado, a mi merced para que yo decida lo que haremos, cuándo lo llevaremos a cabo y cómo nos saciaremos. No será fácil la mayor parte del tiempo, florecilla. Solo has visto una parte de mí, la que dejo que vea el público que me observa, hay mucho más. Algo oscuro que podría acabar con tu luz.

Ella dejó de succionar el dedo, se separó y le dijo:

—No pienso echar a correr. No desperdicies más palabras, Gilmore, no me des más opciones, porque estás perdiendo el tiempo. No pienso irme a ningún lugar si me quieres.

—¡Dios! No te haces una idea de cómo te quiero.

—¿Te casarás conmigo, pues?

—Lo haré. Dejaremos aquí el juego de la seducción y saldremos a encontrarnos con un hombre de Dios que aceptará casarnos de inmediato.

—¿Ahora? —preguntó ella, cuando logró dar sentido a lo que él le proponía. Su latente deseo quedó rápidamente relegado.

—Te he acusado de ser una necia y tú lo has negado. Yo tampoco lo seré, porque si te doy la oportunidad de retirarte y dejar que medites bien tu futuro, podrías pensarte mejor las cosas y yo acabaría perdiendo la cabeza. Sí, florecilla. Nos casaremos en cuanto te recuperes y yo me calme de este interludio que no ha hecho más que empezar. No me arriesgaré tampoco a que tu familia se interponga en lo que has decidido y yo he aceptado. Estamos juntos a partir de hoy, para siempre. —Eso sonó a promesa, y Cleopatra debería estar contenta, dado que había logrado lo que se propuso al ir a buscarlo, pero el tinte cargado de una oscuridad en esas palabras le hizo fruncir el ceño. Él debió de notar algo en ella porque de pronto dijo—: ¿Has cambiado ya de opinión?

—No —respondió rauda.

Él le sonrió

—Me alegro, porque de todos modos, no te hubiera dejado hacerlo.

Una declaración muy extraña y lo peor era que parecía muy seguro de lo que acababa de decir. Cleopatra se obligó a contener la preocupación, pues sabía que en caso de no hacerlo su ceño se habría pronunciado todavía más, y él parecía captar a la perfección las emociones que ella sentía. Y pese a todo, lo vio sonreír todavía más, como si él estuviera adivinando lo que pasaba por su mente, como si hubiera visto ese pequeño temor que la había atravesado.

—No te tengo miedo —se vio en la obligación de decirle de nuevo para parecer más fuerte. Oh, sí. Ese hombre era un depredador que la miraba como si fuese una graciosa gacela a la que pronto devoraría.

Joseph Ethan Gilmore no apuntó nada más, se limitó a seguir mirándola con esa sonrisa socarrona que ella deseaba borrarle de un plumazo.

Por primera vez desde que tomó la decisión de buscarlo, se preguntó si en verdad había sido buena idea llevar a cabo la acción.

Y lo más importante, tenía que proteger bien su corazón. El vizconde Lane no le había hecho tanto daño como ella creía, dado que con un puñado de fantásticos besos, el señor Gilmore había logrado aligerar la pena por la traición y ensombrecer el recuerdo de Arthur. Tal vez no llegaría a enamorarse nunca de nadie, pero por si acaso... mejor blindar su corazón.

Se casaría.

Sería madre.

Nada más era importante. Volcaría todo el amor en su bebé.

Capítulo 6

Casada.

Estaba casada con Joseph Ethan Gilmore.

No había vuelta atrás. Sus planes habían salido bien. Debería sentirse pletórica...

No, no lo estaba en absoluto. Tenía ganas de llorar, pero se contendría. Todo lo ocurrido se lo había buscado ella misma. Cleopatra Archer dio un mal paso cuando consideró al vizconde como un esposo adecuado y, antes que eso, un pretendiente solícito. A partir de ahí el castillo de naipes se desmoronó.

No tendría jamás la ceremonia que imaginó, vestida con un vaporoso vestido rosa pastel de muselina mientras una gran cantidad de testigos la esperaba en la catedral para verla entrar radiante. Tampoco había habido un anuncio adecuado en el periódico.

Fue una ceremonia rápida, en una pequeña vicaría al norte de Londres, con un conocido del señor Gilmore que ofreció a dos testigos para certificar el matrimonio.

Había estado nerviosa, temblando incluso, pero hizo todo lo posible para que él no lo percibiese. Mientras el hombre de Dios oficiaba la ceremonia, Cleopatra solo podía pensar en sus hermanas. Ninguna de las tres estaba a su lado, apoyándola. Cuando Freyja se enterase de lo que había hecho se sentiría desilusionada. Charlize montaría en cólera y gritaría sin descanso, mientras que Caliope se limitaría a darle un abrazo y a desearle lo mejor, pero también estaría disgustada.

Su vida acababa de cambiar por completo y un sentimiento de... de... ¿de qué? ¿Cómo se sentía realmente? No lo sabía en verdad. ¿Se habría precipitado movida por la ira?

Lo había tenido claro mientras hablaba con él en el hotel. Bueno, mientras lo convencía para que la aceptase. Más allá de salir de allí con un novio bien dispuesto, Cleopatra no había previsto nada más.

No había pensado en el futuro.

El carruaje que los volvía a llevar de regreso al centro de la ciudad dio un pequeño bote y ella se estremeció una vez más.

—¿Estás preocupada ahora? —La voz de su esposo la hizo salir de sus pensamientos.

Se giró para mirarlo. Estaba sentado a su lado, la cadera de él tocando la suya. Ese contacto también la mantenía bastante alerta.

—No —alegó escuetamente.

—Yo creo que sí, Cleopatra. Y en aras de mantener un entendimiento mutuo, te rogaría que no me mintieses nunca. No me gustan las falsedades, más cuando es mi mujer la que las dice. Para mí es importante confiar en ti.

—Soy tu mujer desde hace apenas unos pocos minutos y no te he mentado, ni tengo intención de hacerlo nunca.

—Eres mi esposa y eso es lo que cuenta. No hemos tenido tiempo de determinar cómo van a ser las cosas de ahora en adelante, imagino que los dos tendremos que ir aprendiendo según avancemos en este nuevo viaje, porque aunque eres mi mujer y estás obligada a obedecerme y a aceptar mis decisiones, dudo mucho que te muestres mansa debido a tus antecedentes familiares. Y sobre lo de mentir... He sido muy consciente de que durante la ceremonia estabas preocupada, te he sentido temblar, Cleopatra, y debo reconocer que por un instante pensé que lo detendrías todo.

Ella lo miró con mucha atención en ese momento.

—Trataré de ser adecuada, aunque es cierto que las cuatro hemos sido siempre muy independientes, puesto que Freyja se ocupó de nosotras durante muchos años y nos dio alas. Con respecto a lo de detener la boda... ¿Por qué lo habría hecho? Todo esto ha sido idea mía. Desde que te vi en el vestíbulo del hotel no pensé en nada más que en convencerte.

—Estabas a punto de echarte a llorar mientras el vicario nos casaba, querida mía

—insistió con suavidad.

—Echaba de menos a mi familia —reconoció—. Además... —se silenció al darse cuenta lo que iba a compartir con él.

—Sigue. Otra de las cuestiones que te pido es que no tengas miedo de mí y...

—Creo que te he dicho en repetidas ocasiones que no te tengo miedo —lo interrumpió.

Él sonrió de un modo extraño. Una mezcla de picardía, con un toque de incredulidad. Ella se envaró pero tuvo el buen juicio de callarse.

—Cleopatra, estás bajo mi protección ahora. Eres mía y yo siempre cuido y protejo lo que me pertenece. Desde ahora en adelante, no vas a tener miedo de nadie ni de nada —indicó con seguridad—. Ahora dime qué era lo que te molestaba mientras recitábamos nuestros sagrados votos.

—Nada —respondió demasiado rápido.

—Quiero que seas sincera siempre conmigo. No te conozco lo suficiente todavía, pero eres muy fácil de leer para mí. Algo te irritaba. Dices que no me tienes miedo, aunque no lo estás demostrando. Habla —le ordenó.

—No lo entenderías —dijo, pasados unos pocos segundos.

—Pruébame —la desafió.

—Es que es una tontería y...

—Cleopatra —la detuvo con el uso de su nombre.

Ella suspiró con cansancio.

—Toda mujer sueña con el día de su boda —se limitó a decir.

—Ya. Y no ha sido como esperabas.

—No. No lo ha sido —reconoció.

—Tienes que entender que de haber podido te habría dado lo que mereces. Una gran boda en el centro de Londres, en la catedral más bonita, habría invitado a todo el mundo para que compartiesen con nosotros ese día.

—Lo sé. Si lo nuestro hubiese sido un matrimonio por amor, habríamos tenido más tiempo para disponerlo todo, para que todo fuese perfecto. Esto es un acuerdo de negocios y es por ese motivo por el que no tengo derecho a quejarme. Te pido disculpas por haber sido tan... —No encontraba la palabra para definirse.

—Tan ¿qué? —inquirió su esposo al ver que ella se había callado.

—La ceremonia ha servido a un propósito, ese era casarnos y lo estamos. Así que todo está bien.

—No, no lo está. Y pronto te darás cuenta de que nuestro matrimonio será más que un asunto de negocios.

—¿A qué te refieres? —preguntó con curiosidad.

—Cuando lleguemos al hotel, te instalarás en mis habitaciones. Esto ha sido precipitado, tenemos que decidir dónde viviremos y...

—¿Dónde pensabas instalarte cuando le propusiste el acuerdo a la mujer que tu contable te sugirió? —indagó.

—Tienes buena memoria, Cleopatra. Excelente oído también —sostuvo al ver que ella fue un testigo muy fiable de aquella privada conversación.

—Me has dado a entender que puedo hablar de lo que desee contigo, así que...

—Te lo he dicho y ten la seguridad de que lo deseo —le aclaró—. Verás, me gusta vivir en el hotel porque es el modo más fácil que tengo para ocuparme de cualquier imprevisto. Cuando se sugirió el asunto de casarme con la otra dama compré una casa, pero la vendí de inmediato cuando todo se fue al traste.

—No me disgusta que residamos en el hotel —le informó—. Aunque he vivido siempre en Luffgarden, la casa de campo de mi familia, —aclaró al verlo fruncir el ceño—,

pienso que no será complicado ser feliz en Londres.

—Puedo adquirir una propiedad en cualquier lugar que desees, Cleopatra.

—Ya lo creo que podrás —sostuvo—. Mi dote es lo suficientemente grande para que puedas comprar una casa en Mayfair y otra en el campo y aún seguirían sobrando fondos.

Lo escuchó gruñir y ella no entendió el motivo por el que lo había molestado.

—Tu dinero servirá para comprar los terrenos, Cleopatra —advirtió con cierta calma.

—Sí, es cierto. Discúlpame, lo que decidas estará bien —retrucó dócil.

Él se dio cuenta de que había sido demasiado descortés. Había mantenido su temperamento cuando ella habló de que su matrimonio era un acuerdo, pero cuando la escuchó decir que su dote era elevada... Gilmore no estaba satisfecho. De acuerdo. Sí lo estaba, porque había ganado un gran premio al que no tenía derecho, pues Cleopatra era un sueño hecho realidad, sin embargo, no estaba contento por el modo en el que habían transcurrido las cosas.

No era un hombre dado al sentimentalismo, de hecho era todo lo contrario, por eso resultaba extraño ese sentimiento que esa adorable mujer despertaba en él. Quería hacerla feliz, se dio cuenta de pronto. Y saber que ella no había tenido la boda que toda dama deseaba... Pensar en que no le había propuesto matrimonio, ni hubo un cortejo adecuado... Todo ello unido al hecho de que su dinero iba a proporcionarle lo que tanto él había ambicionado con respecto a su futuro hotel...

No le gustaba cómo habían llegado a casarse, pero sí que estaba satisfecho con el resultado final. Y si no estaba contento por el modo en el que todo había acontecido, era solo porque no había podido complacerla. Lo cual no era demasiado malo si se comparaba con lo que su esposa iba a descubrir de él, pues Joseph Ethan era la clase de hombre que ningún padre desearía para su hija.

—Esto ha sido un error —murmuró él, sin darse cuenta de lo que había dicho mientras pensaba en que ella no estaba preparada.

Ella lo escuchó y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse, definitivamente, a llorar.

—Seré una buena esposa —aludió, para que él se calmase.

—Eso lo sé de sobra, de lo que no estoy tan seguro es sobre si yo seré un esposo adecuado para ti.

—Hagamos las cosas bien, Gilmore.

—¿Vas a llamarme por mi apellido, Cleopatra?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta bastante hacerlo —apuntó la señora Gilmore.

—Entonces no tengo nada que objetar. —Le pareció que podría comenzar por ser un esposo complaciente en ese momento.

—Estaba diciendo que cuando lleguemos a casa, tendríamos que...

—Al hotel —la interrumpió. Ella le sonrió.

—Creo que el hotel va a ser mi casa, así que llamarlo de ese modo no está mal —observó paciente.

—Sí, bueno, pero no es una casa en realidad...

—Es tu hogar, y por lo tanto será el mío.

—Sigue hablando. —Tenía que comprar una casa de verdad que fuese su hogar, y no le agradaba la idea de no tener líquido para poder hacerlo. Se mesó el pelo en un claro gesto de desesperación. No estaba haciendo nada bien con Cleopatra.

—Cuando lleguemos, es preciso que vayamos a decirle a mi familia que...

—No —la frenó—. Iré yo. Tú te quedarás en el hotel —le ordenó.

Ella levantó el mentón en ese punto. A él le dio un tremendo tirón su virilidad, verla tan orgullosa le calentaba la sangre. Deseaba despojarla de su vestido y hacer que comenzase a suspirar y rogar hasta que no quedase ni una sola gota de esa gran dignidad ducal de la que ella hacía gala sin ostentar ese título de elevado rango.

—Considero que debo enfrentarme a mi familia.

—No —repitió—. Se sorprenderán mucho y no quiero que puedas molestarte por si la situación...

—Conozco bien a mi familia, Gilmore —lo interrumpió—. Tengo que ser yo la que...

—He dicho que no, Cleopatra —insistió—. Llegaremos al hotel, consumaremos el matrimonio y una vez hecho eso, iré a...

—¿Consumar? —lo volvió a cortar.

—Sí.

—Pero no es de noche.

—Lo sé. Poco me importa —sentenció con indiferencia—. Te poseeré a plena luz del día y cuanto antes. Lo habría podido hacer en este mismo carruaje —le indicó con seriedad—, pero no he querido privarte la comodidad de una cama. No has tenido la boda que deseabas, intentaré que tu noche de bodas, aunque no haya oscuridad, sea tal y como mereces. —Y era una pena que ella no fuese capaz de valorar lo que implicaba para él hacerle el amor como sabía que debía hacérselo, porque ese dato le habría hecho comprender el nivel de compromiso que había adquirido con ella. Renunciar a sus necesidades con ella, cuando precisamente Cleopatra era el centro de sus más depravadas fantasías... ¡Dios! Esperaba que ella pudiese habituarse porque de lo contrario la había condenado al infierno.

—Debo explicarle a mis hermanas y a Aidan que... —volvió ella al asunto principal, con las mejillas manchadas de carmesí.

—No discutas más, Cleopatra. La decisión está tomada.

Ella apretó los labios con fuerza. ¡Hombres! Todos eran iguales, primero le decía que podía hablar con él de cualquier cosa y que imaginaba que no sería mansa, y luego decretaba como un emperador romano. Se dio cuenta de que tratar con Gilmore no sería tarea fácil.

Si ella hubiera podido leerle el pensamiento, se habría dado cuenta de que Joseph Ethan Gilmore no estaba dispuesto a correr el riesgo de que el conde de Ross y Luff invalidase el matrimonio. El tutor de su esposa podría usar todos sus medios para privarlo de la dicha de estar casado con el objeto de sus deseos más primitivos, podría anular la unión.

Ir al hotel y acostarse con su esposa era lo más importante y necesario en esos momentos, luego ya iría a visitar la casa del conde de Ross y Luff para informarle de las novedades, entonces el cabeza de familia solo tendría la opción de aceptar lo que ya estaba hecho y consumado.

El resto del viaje transcurrió en un silencio muy incómodo. Cleopatra se dedicó a contemplar el paisaje mientras Gilmore se devanaba los sesos pensando en cómo podría mantener bajo llave la bestia que salía a flote cuando intimaba con una mujer. Cleopatra no era cualquiera, era su esposa y merecía su respeto y devoción... por lo menos la primera vez. Ojalá él fuese otro tipo de hombre para poder darle lo mejor de sí mismo.

Estaba hecho. No había lugar para dudas o recriminaciones. No se podía volver atrás, y en caso de que eso fuese posible, no cambiaría ni uno solo de los acontecimientos pasados. Bueno... tal vez le habría dado una boda más adecuada, aunque si eso hubiera significado poder perderla por oposición de su familia... No. Todo lo habría hecho de ese modo.

Cuando llegaron al hotel, con Cleopatra aferrada a su brazo, el señor Gilmore masculló una colorida maldición que hizo que su recién estrenada esposa apretase todavía más los labios. ¿Tan mal hablado era su marido? ¿Desde cuándo? Ella no lo sabía, dado que no lo conocía tan bien como habría tenido que hacerlo antes de casarse.

Cuando dejó de observar el perfil de Gilmore y llevó los ojos al frente, descubrió que su hermana Charlize la miraba con fijación desde el lado del mostrador principal del hotel. No era la única que la examinaba con atención, Aidan también estaba ahí y parecía listo para armar un buen escándalo.

La reacción de su esposo ante la visita de ambos, fue quitarle la mano de su antebrazo y agarrarla por la cintura, forzándola a descansar parte de su peso en él. Ella trató de apartarse un poco, tal demostración de posesividad no era necesaria, sin embargo, su esfuerzo fue improductivo.

—No te apartes de mí, mujer —le ordenó él en un susurró bajo.

Cleopatra desistió y ambos se acercaron hacia donde Charlize y Aidan figuraban.

—Señor Gilmore, Cleopatra —intervino Aidan para saludarlos.

—Aidan, no quería que... —comenzó a explicarse Cleopatra. La tristeza se adueñó de ella en cuanto vio el rostro del esposo de Freyja, estaba decepcionado. Ella lo sabía.

—No —la silenció Joseph Ethan.

Charlize abrió los ojos con sorpresa, pues su hermana acababa de callarse por una breve orden. Vaya... Miró de inmediato a Aidan y él tenía la mirada fija en el señor Gilmore.

—¿Dejas que un hombre tome tus decisiones, hermana? —intervino la menor de las Archer al ver que nadie decía nada.

—Cleopatra no quiere molestarme —intervino el hotelero.

—¿No? —tomó la palabra el conde.

—No —se reafirmó Gilmore.

—¿Y eso por qué? ¿Con qué derecho se cree para llevar a mi pupila bien sujeta? ¿Acaso no conoce las normas sociales, señor Gilmore?

—Muy bien que las conozco y las practico, milord. Hasta el punto de que soy consciente de que puedo conducir a mi esposa por mi hotel, del modo en el que se me antoje.

La mirada del conde abandonó a su interlocutor para fijarse en la hermana pequeña de su esposa. Charlize ya lo estaba mirando con cara de pánico.

—A veces quisiera que te equivocases más, Charlize.

—Yo también, pero lo importante es cómo vas a arreglarlo, Aidan. —La voz de Charlize salió como una súplica.

—Me temo que no es posible deshacer lo que se ha hecho y consumado —habló Gilmore.

Tanto Aidan como Charlize vieron como Cleopatra cerraba los ojos tras la aseveración de su esposo.

—Me importa poco lo que mi hermana haya consentido. Una palabra suya y haré lo imposible para salvarla —aseguró con convicción Charlize.

—Las cosas no funcionan de ese modo —observó Gilmore—. Ella me pertenece,

es mía.

—Aidan... —buscó la ayuda del hombre que siempre todo lo podía. Charlize confiaba en él.

—¿Cleopatra? —El conde la miraba con atención y aguardaba para que ella se explicase.

—Lo siento, no quería que todo esto saliese así —dijo la señora Gilmore.

—De modo que es verdad —terció Charlize—. Te has casado sin tener en cuenta a tu familia.

—Sí —respondió el recién estrenado esposo por Cleopatra, mientras ella sentía su corazón latir con fuerza. ¡Qué desastre todo!

—¿Hay algo que quieras de tu familia, Cleopatra? Cualquier cosa, solo tienes que decirlo ahora y haré todo lo posible para complacerte. Eres la querida hermana de mi esposa, soy tu tutor y si está en mi mano...

—No, Aidan —habló la señora Gilmore—. He escogido mi destino y tengo la responsabilidad de seguir adelante con mi elección.

—Señor Gilmore —tomó la palabra Charlize—, te tenía por un hombre cabal, así que no esperaba que...

—No, Charlize —la refrenó él—. Te has aprovechado de nuestra amistad cuando te ha venido bien y yo lo he permitido porque me sentía responsable de las cuatro cuando llegasteis a Londres. Soy un amigo que os valora mucho, pero Cleopatra es *mi* esposa —recalcó con énfasis—. Sé bien que no soy lo que la hija de un conde habría buscado, no pienso despreciar el regalo que me ha caído del cielo y lucharé con todas mis fuerzas para conservar lo que no me he ganado pero he conseguido. Me gustaría, por el bien de mi esposa, que las relaciones entre nosotros fuesen cordiales, aunque no es fundamental para mí —los avisó.

Aidan apretó la mandíbula con fuerza ante la desvergüenza que estaba escuchando. Charlize suspiró, si no intervenía, el conde se le echaría a la yugular y no era bueno que el matrimonio de su hermana comenzase de ese modo, pues Cleopatra no debería tener que elegir entre su familia o su esposo. Además, la posesividad, incluso la agresividad que Char estaba viendo en el señor Gilmore, no la había esperado. Él siempre se mostraba correcto y sereno. Una vez, Freyja insinuó que él era un gallina y el caballero no se enfadó lo más mínimo.

El modo en el que mantenía aferrada a Cleopatra por la cintura, cómo desafiaba a Aidan de manera insolente... El señor Gilmore era un hombre dispuesto a cualquier cosa para mantener a su lado lo que más deseaba.

Charlize le tocó el antebrazo a Aidan para llamar su atención. Él dejó de mirar a Gilmore y se centró en Charlize.

—¿Confías en mí, Aidan? —interpeló la muchacha.

—No puedes estar hablado en serio —dijo lord Ross y Luff, al adivinar lo que la joven Archer se proponía.

—Lo hago, hermano —trató de aplacarlo—. El matrimonio ha supuesto una sorpresa. —No mentía porque aunque habían barajado esa posibilidad, no creían que Cleopatra hubiese sido tan audaz—. Estamos todos muy nerviosos, y quiero pensar que si mi querida Cleopatra tuviese motivos para pedir nuestra intervención, lo haría en este mismo momento. Gilmore se muestra como todo un gran corso preparado para pelear la más dura de las batallas, aunque sabe que sigue siendo un respetable hombre de negocios y debe ser consciente de que no sería aceptable armar un escándalo en la entrada de su hotel, menos enfrentarse a un poderoso conde que cuenta entre sus muchos contactos con caballeros igualmente poderosos. Lo veo más que listo para saltar en caso de ser necesario para protegerla. Así que si Cleopatra no habla para pedirnos ayuda, eso significa que está más que conforme con la situación. Nos retiraremos y mañana o pasado, cuando las aguas vuelvas a estar más calmadas, nos reuniremos todos para comenzar a asentar las bases de una excelente relación.

La mirada de Aidan había vuelto a Gilmore, quien tampoco dejaba de observarlo. Charlize le dio un pequeño tirón al esposo de Freyja. Eso pareció sacarlo de sus ansias de venganza. Movi6 la vista hasta la otra hermana de su mujer.

—¿Estás de acuerdo, Cleopatra? ¿Secundas las palabras de Charlize? Solo tienes que oponerte y yo me ocuparé de todo.

Gilmore sonrió de lado.

—Me gustaría verte intentarlo, milord —le dijo con superioridad, olvidando la etiqueta en su conversación.

—Y lo harás si la hermana de mi condesa me da permiso para intervenir —apuntó, mientras mantenía bajo control su temperamento.

—Charlize tiene razón —aseguró Cleo—. He tomado mi decisión, y en cuanto todo vuelva a la calma creo que podríamos mantener una reunión tranquila todos.

Aidan asintió con la cabeza de modo duro y corto.

—Más te vale estar a la altura, Gilmore, porque de otro modo ni tu esposa ni Charlize te salvarán de mi ira. —Oh, sí. Era una amenaza, una de la que la pequeña de las Archer estuvo satisfecha. Aidan podía ser un remanso de paz cuando trataba con ellas, pero era muy consciente de que era un poderoso conde dispuesto a todo por las cuatro y eso la llenaba de orgullo. Freyja no había podido acabar con nadie mejor que él.

Aidan levantó el rostro desafiante. Gilmore hizo lo opuesto y tanto Charlize como Cleopatra oraron para que no comenzase la gran batalla, pues sabían que el hotelero no se iba a quedar callado.

—¿Lo estás tú con respecto a tu esposa? —inquirió Gilmore.

—Esa pregunta está de más —le dijo el conde al hotelero.

—Lo mismo que la tuya —alegó Gilmore.

Ambos se quedaron mirándose con la ira resplandeciendo en sus ojos. Las dos hermanas contuvieron el aliento durante lo que pareció una eternidad.

—He dicho todo lo que tenía que decir —El conde habló por fin—. Charlize, es hora de irnos si no quieres que la sangre llegue al río. —Aidan le ofreció el brazo a la joven y comenzaron a caminar sin pausa. La menor de las Archer era muy consciente de que el esposo de Freyja había hecho todo lo posible por contenerse.

Del mismo modo, Cleopatra también sabía que su marido se había contenido. No había esperado que Gilmore fuese tan dominante, tan... tan... ¡Tan Gilmore!

—No era necesario ser tan grosero —le dijo ella cuando se quedaron solos.

—No podía consentir mostrarme débil, Cleopatra. En caso de no haber actuado como lo he hecho, habrían insistido en llevarte con ellos.

—Si me hubieses dejado explicarme, en vez de silenciarme, la situación hubiera sido menos violenta.

—Puede ser, pero al final he logrado lo que pretendía, querida.

—¿A mí enemistada con mi familia por ti? ¿Era eso lo que querías? ¿Probar mi lealtad hacia ti? —lo interrogó.

—No. Lo que quería era que se fuesen lo antes posible para tenerte solo para mí —expuso, para después, obligarla a seguirlo hasta sus aposentos.

Capítulo 7

La habitación principal era tremendamente masculina, decorada en tonos granates en las paredes con algún destello dorado, con una gran cama de cuatro postes cerca de la ventana. Era un lugar espacioso, pero definitivamente no era un hogar. Habían accedido hasta ella por un salón, y a la derecha se encontraba lo que era un cuarto de aseo personal, con una gran bañera de cobre en el centro.

Se acercó a la ventana más próxima y divisó una vista espectacular de toda la zona de la ciudad.

—¿Es por esto por lo que te instalaste en la última planta del hotel? —preguntó ella.

—Sí. Mi edificio es uno de los más altos de la calle, así que me gusta pensar que estoy muy por encima del resto, ya sabes, como si fuese una especie de dios...

—Una observación muy presuntuosa.

—Pronto me conocerás mejor, Cleopatra. Presuntuoso o no, soy un hombre ambicioso y cuando deseo algo trato de conseguirlo, de modo que no permito que nadie me quite lo que me pertenece. —La mirada tan intensa que le dio cuando llegó a su lado hizo que se agitase en su interior.

—No soy una propiedad, un mueble o un edificio que has comprado, Gilmore.

—Lo sé, eres mi mujer, algo más importante que un bien terrenal, es por ello por lo que lucharé con todo lo que tenga para conservarte.

—¿A costa de mis propios deseos? —preguntó ella con suavidad.

—¿Qué quieres decir?

—Me has privado de hablar con mi familia, de explicarles que...

—¿Otra vez con eso, Cleopatra? —inquirió exasperado.

—Esta mañana salí de mi casa sin dar explicaciones, horas más tarde me ven y descubren que nada volverá a ser como antes. Merecían una aclaración por mi parte, no una muestra de tu derecho sobre mí.

—Dejemos el asunto a un lado porque no nos pondremos de acuerdo sobre eso. Tú crees que no lo he hecho bien y yo sé que he actuado conforme debía hacerlo. Ahora que has sacado a colación los derechos, creo que es un buen momento para que cumplas con los tuyos.

—¿A qué te refieres? —Ella se había perdido algo.

—Eres mi esposa y estamos en mi habitación. Quiero consumir el matrimonio, pensaba que había quedado más que claro lo que habíamos venido a hacer aquí.

—No —dijo ella, levantando la cabeza con gran desafío.

Él frunció el ceño.

—¿Has dicho que no?

—Así ha sido —confirmó Cleo.

—Entendí, cuando viniste a mí para ofrecer tu mano en matrimonio, que serías una buena esposa. ¿Tan pronto olvidas tus promesas?

—Por supuesto que no, pero entregué esa antes de saber que eras un bárbaro —lo acusó.

—¿Un bárbaro? —Él sí que estaba desconcertado, porque ella todavía no había visto lo salvaje que podía llegar a ser.

—¿Tienes problemas de audición, Gilmore? —lo volvió a enfrentar.

—No pienso pelear contigo, Cleopatra. Entre otras cosas porque eres mi esposa y me debes obediencia.

—¿Y qué me debes tú a mí? —siguió ella.

—Protección, y la tienes —le informó él con gran orgullo—. Ahora haz el favor de desprenderte de tu ropa, quiero verte.

—No. —Otra negativa, todavía más potente que la anterior.

—No deberías iniciar una batalla que no puedes ganar, Cleopatra.

—Sé que no tengo la menor oportunidad contra ti, Gilmore. Eres mucho más fuerte que yo. Solo tienes que someterme para tomar lo que yo me niego a darte.

—¿Es así como querrías que fuese nuestra primera cópula? —preguntó con los ojos abiertos.

—Cópula... Un modo acertado de referirte a lo que deseas de mí. —Cleopatra emitió un sonoro suspiro, se alejó de la ventana y se dirigió hacia el medio de la habitación. Su esposo la observaba con cautela, si a ella se le ocurría marcharse de la estancia, iba a darse cuenta de lo bárbaro que podía llegar a ser—. Esto ha sido muy precipitado para ambos, deberíamos tomarnos un tiempo para...

—No, Cleopatra. Quiero lo que se me debe, me he casado contigo y lo correcto es que vayamos a la cama.

—No estoy preparada —admitió en un susurro, mientras pestañeaba a toda prisa para ahuyentar las lágrimas que se formaban en sus ojos.

—Comprendo que no lo estés, pero yo te guiaré.

—No quiero acostarme todavía contigo —le informó con mayor claridad.

Él dio un paso al frente. Varios en realidad, pero fueron tan rápidos que a ella le pareció uno solo. Se colocó frente a Cleopatra. Ella se dio cuenta de que él no estaba contento

con su aseveración.

—¿Has olvidado el modo en el que te derrites cuando te toco? ¿Los gemidos que emites cuando mi boca cae sobre la tuya?

—No, es imposible olvidar lo que me haces sentir cuando me tocas.

—Entonces quítate la ropa o yo lo haré por ti. —¿No entendía su mujer que la necesidad de poseerla lo tenía al borde? Un hombre con un regalo semejante no tenía la suficiente paciencia para esperar más, era indispensable desenvolverlo, jugar con ella, saciarse de esa sed que tenía cada vez que pensaba en ella. Desde aquella maldita noche en la que la probó en la biblioteca, había estado en su mente para atormentarlo. Dios no podía ser tan cruel, no podía entregársela y hacerle tan complicado llegar hasta ella. ¡La quería desnuda, en su cama, suspirando mientras se adentraba en la profundidad y santidad de su cuerpo inexperto! ¡No tenía tiempo para improductivas discusiones que solo estaban haciendo que su paciencia se consumiera!

—Tendrás que hacerlo tú por mí —apuntó, a escasos centímetros de su rostro, dado que él estaba casi encima de ella mientras departían.

—Si esto es una prueba para ver la contención que tengo, me siento en la obligación de decirte que verás lo peor de mí, Cleopatra. Llevo demasiado tiempo imaginando cómo sería poseerte, hacerte jactarse, lamerte en todas partes. Conseguirás que te haga mía mientras pierdo el poco control que me queda —le informó con absoluta sinceridad.

Ella sintió un tirón en el corazón, pues escucharlo decir que había estado fantaseando con ella era un buen punto de partida, aunque eso no cambiaba nada.

—Aquí me tienes, soy de tu propiedad, he consentido que Dios te dé potestad para hacer conmigo lo que desees. Adelante, Gilmore, estás en tu derecho, pero no esperes de mí que actúe con complicidad mientras me despojas de mi dignidad, de mi virginidad, pues las dos cosas debería entregarlas yo por mi propia voluntad, no serme arrebatadas sin tener en cuenta mis deseos.

—¿A qué viene todo esto, mujer? —gruñó—. Solo necesitaría besarte y comenzarías a temblar de deseo, hacerte suplicar me costaría unos pocos segundos.

—Pruébalo entonces —lo desafió. Él ladró más fuerte ante lo espetado, dijo algo que la dama no entendió—. Aunque yo también debo advertirte de que soy una Archer, tal vez no tenga la testarudez de Charlize o la fuerza de voluntad de Freyja, o la determinación de Caliope, pero te aseguro que cuando me propongo algo, también lucho para conseguirlo. Creo

que no hace falta recordarte que llegué a tu hotel para lograr que te casases conmigo y lo he conseguido.

—No, Cleopatra, no eres una Archer, eres una Gilmore, mi esposa, y te daré lo que estás pidiendo a gritos.

Acto seguido, Joseph Ethan se dio la vuelta dispuesto a marcharse. Ella se asustó al verlo tan enfadado, tan dispuesto a dejarla a un lado.

—Podemos hablar un momento.... Tranquilizarnos... —le pidió, al darse cuenta de que lo había forzado demasiado.

Él agarró el pomo de la puerta que daba acceso al pasillo del hotel y se giró para mirarla.

—Nuestro acuerdo era sencillo. Yo ganaba una esposa con conexiones y una gran dote. Sin embargo, eras tú la que demandaste de mí una sola cosa que parece no entender cómo debes lograrla. —Ella cerró los ojos al recordar que deseaba ser madre. Él siguió con su explicación—: Has convertido esto en un asunto de poder, soy un hombre, Cleopatra, uno que intuyo que creíste que sería fácil de manejar. No volveré a pedirte lo que no me has dado hoy. Te dejaré para medites bien tu próximo paso.

Con eso, el señor Gilmore se marchó.

Cleopatra esperó unos pocos minutos, luchando contra la inseguridad que sentía, para acabar derrumbándose. Comenzó a llorar y se echó sobre la cama.

Había sido un día lleno de novedades para las que no había estado preparada. Él era demasiado para ella, y en su afán de reafirmarse no había tenido presente que iba a vivir en su mundo, en su casa, por lo que Joseph Ethan Gilmore tenía una clara ventaja estratégica sobre ella.

Quedó demostrado que él no iba a claudicar cuando, al tercer día, ella no supo todavía nada sobre su paradero. No había regresado a su habitación desde la discusión...

¡Vaya que sí que la había dejado para meditate! ¿Dónde estaba él?

—Dime que tenías todo esto previsto, Charlize. Dímelo —repitió Freyja—, te lo suplico, miénteme si es necesario porque la agonía es insoportable. Os prometí a ambos esperar, pero no puedo más. Cleopatra podría ser tremendamente desdichada, Gilmore pudiese estar haciendo de su vida un infierno y nosotros permanecemos de brazos cruzados.

Llevaban demasiados días sin tener noticias de la pareja recién casada.

La condesa de Ross y Luff, que estaba acunando a su hijo Benedict, se levantó del sillón y le cedió al pequeño, de poco más de un año, a su esposo, pues el conde estaba en la silla contigua a la suya. Freyja estaba demasiado nerviosa para seguir tratando de dormir al niño, pues el bebé presentía la incomodidad de su madre y se había puesto a llorar a pleno pulmón.

Mientras tanto, Charlize estaba observando la interacción entre la pareja, también sentada desde un cómodo sillón. Le encantaba ver a Aidan manejando a su hijo, era tan tierno, tan decente, tan amoroso... Freyja tenía una gran suerte. ¡Qué pareja tan envidiable! Y sin lugar a duda, lo más envidiable era la confianza y complicidad que demostraba el matrimonio.

Y al ver que su hermana mayor era tan dichosa, la menor de las Archer no pudo evitar sentirse excesivamente preocupada por Cleopatra.

—Comparto tus ansias, Freyja —le dijo Charlize—. Y no habría nada más que desease que decirte que todo lo sucedido con Cleopatra formaba parte de un plan que yo tracé y en el que Aidan participó. No es así esta vez. No negaré que cuando vinimos a Londres, el señor Gilmore estaba a la cabeza en mi lista de pretendientes para mi querida hermana, pero lo taché de inmediato.

—¿Por qué, Charlize? —se interesó Freyja—. Te jactas de saber bien lo que tus hermanas necesitan incluso antes de que nosotras mismas lo sepamos. Si consideraste que Gilmore podría ser el indicado para Cleo, ¿qué te llevó a replantearte la decisión de emparejarla con él?

—Eso ya no importa. Está hecho —aludió ella, esperando que su hermana dejase el tema ahí.

—No, Charlize —se negó Aidan esa vez—. Sé que algo nos ocultas sobre Gilmore. He sido paciente con Cleopatra al no ir a buscarla, pues comprendo que vendrá a

vernos cuando esté preparada para hacerlo, pero con respecto a ti, es momento de que compartas lo que sospecho que es información privilegiada que posees sobre el esposo de tu hermana.

—Freyja ya tiene bastantes preocupaciones, Aidan, conocer más datos solo conseguirá perturbarla demasiado.

—¡Madre del amor hermoso! No te atrevas a excusarte en mi supuesta debilidad, Charlize Archer —la increpó la condesa—. Mis hermanas, casadas o no, son responsabilidad mía. Padre lo dejó claro cuando me nombró su heredera. Soy yo la que debe velar por todas vosotras. Ahora siento que le he fallado a Cleopatra y necesito saber si debo intervenir. Confieso que he dejado que te ocupes de todo porque me demostraste que eras capaz cuando Caliope logró la felicidad con Moreland. Las cosas han cambiado, hermana mía, tienes que ser lo suficientemente responsable para pedir mi ayuda, porque Cleo está metida en un lío del que tal vez no sepa cómo salir, y yo no puedo ayudar como es debido si no conozco todos los detalles —terminó de sermonearla Freyja.

La vista de Charlize se movió hasta Aidan. Él supo que le estaba pidiendo que intercediese a fin de silenciar a su esposa.

—Suscribo las palabras de Freyja, Charlize. Tanto mi condesa como yo tenemos la obligación de velar por la seguridad de Cleopatra, y no podremos hacerlo sin saber lo que nos ocultas. Los dos creímos que Gilmore tenía un carácter afable, que era un caballero de los pies a la cabeza, pero está claro que no es como lo imaginamos. Es momento de hablar.

La pequeña de las Archer se vio entre la espada y la pared. No deseaba compartir lo que sabía que era una información que los angustiaría más. Por lo visto no tenía otra elección.

—Tengo entendido que Gilmore es un hombre que disfruta mientras mantiene a... —Las palabras murieron en su boca cuando alguien llamó a la puerta. Charlize dio gracias por la interrupción.

—Lamento la intromisión, la señora Gilmore pide audiencia —le informó el mayordomo de la casa.

—¡Hágala pasar de inmediato! —exclamó Freyja.

Así se hizo. En unos pocos segundos, Cleopatra estuvo ante su familia, impecablemente vestida de muselina gracias a que la condesa había enviado sus pertenencias al hotel donde imaginaba que ella vivía.

En cuanto la tuvo enfrente, Freyja se echó a sus brazos y Cleopatra, al recibir esa muestra tan desinteresada y sincera de cariño, se derrumbó. Se había jurado que se comportaría, que no les haría partícipes de sus problemas, pues ella misma se había metido en la boca del lobo y tenía que lidiar con las consecuencias. No logró ser fiel a su palabra. En cuanto Freyja se le acercó, todo el muro que había tratado de construir se derribó. A eso se le sumó el hecho de que Charlize llegó de inmediato y se sumó a ese abrazo entre hermanas. Los sollozos de Cleo eran inevitables, y solo competían con los que emanaban de sus otras dos hermanas.

El conde de Ross suspiró. Puesto que al coro de afectadas se había unido el pequeño Benedict, Aidan tuvo que levantarse y comenzar a caminar con el niño entre sus brazos para tratar de adormecerlo.

La escena del reencuentro se prolongó durante varios minutos, tal vez fueran horas, porque lord Ross y Luff así lo sintió. Lo bueno fue que logró dormir al niño y lo colocó entre los cojines de un sofá de grandes dimensiones, así podrían aclarar ciertas cosas con la recién estrenada novia.

Todos se sentaron cuando la emoción se enfrió.

Freyja la examinó con suma atención.

—Estaba a punto de asaltar el hotel de tu esposo, lo confieso —apuntó la condesa.

—Siento no haber venido antes, pero he tenido muchas cosas que hacer y... Bueno, la verdad es que me aterraba un poco venir a enfrentarme a vosotras —afirmó Cleo.

—¿Por qué no te ha acompañado tu esposo? —se interesó Charlize. Fue muy mordaz en la pregunta.

—Siempre está ocupado, dirigiendo esto y aquello —improvisó, sin saber qué más decir.

—No importa, hablaremos otro día con él —señaló Freyja—. ¿Eres feliz, Cleopatra? Eso es todo lo que me importa.

La aludida se forzó a sonreír y confió en que su gesto resultase creíble.

—Tomé una decisión y...

—Precipitada. Muy precipitada —indicó Charlize.

—Sigue, Cleopatra —intervino Freyja—, te aseguro que nuestra querida hermana pequeña no volverá a interrumpirte, porque si lo hace la mandaré a su habitación como si fuese una niña de cinco años, y poco importará que regrese a las andadas y comience a gritar con todas sus fuerzas que nos odia.

Charlize rodó los ojos.

—Como si no estuvieses esperando a que yo haga las preguntas que tú quieres hacer pero no haces porque no deseas agraviarla —le echó por cara a Freyja la hermana menor.

—¿Qué pregunta haría, Charlize?

—Tengo una lista, Freyja. La primera sería, qué clase de locura la hizo salir a toda prisa hacia los brazos de Gilmore...

—Ah, ah, Charlize —la interrumpió Aidan—. No estás jugando limpio, pues tú ya sabes la respuesta a dicha cuestión.

—Sí, yo lo sé, lo que me pregunto es si Cleopatra es consciente de lo que ha hecho.

—Sí, Charlize —intervino la aludida—. Soy muy consciente de que me he casado con el señor Gilmore.

—¿Y de que lo has hecho por perpetrar una venganza contra lord Lane? —Charlize vio a su hermana Cleopatra apretar los labios en una fina línea y no se detuvo en su cuestionario—. ¿Lo sabe Gilmore? ¿Que fue el segundo plato en tu elección?

—¡Charlize! —intervino Freyja—. No estás siendo justa.

—¿No? —preguntó inocentemente la menor de las Archer.

—No, porque sabes muy bien que yo me casé con Aidan y que todo salió bien. —El conde de Ross y Luff no fue la primera opción para Freyja, pero sí la acertada, así que Char tenía que comprender que no siempre el primer amor era el correcto.

—Es diferente para ti Freyja. El estúpido del vizconde Bedford no estaba destinado a ti. Hubiera sido como darle miel a un cerdo.

—Es miel a un asno —intervino Aidan—. Y creo que no es momento de rememorar el pasado. Todo salió bien.

—Un momento —habló Cleopatra al darse cuenta de que acababan de aludir al vizconde Bedford, que era uno de los amigos más queridos de la familia. De hecho, su esposa, la vizcondesa, era la mejor amiga de Cleo—. ¿Qué tiene que ver Colin Ferguson con todo esto? —Ese era el nombre de lord Bedford, que también era vecino de ellas en Luffgarden.

—Tiene que ver con que por fin te he perdonado, Cleopatra —intervino Charlize de nuevo.

—¿Perdonado? —preguntó ceñuda la señora Gilmore.

—Eso he dicho.

—¿Qué clase de cargo pesaba sobre mí, hermana? —preguntó incrédula Cleo.

—La traición —dijo con naturalidad Charlize, mientras Freyja gemía.

—¿Disculpa? —Cleopatra se había perdido algo.

—Fue muy poco apropiado por tu parte alinearte con el hombre que le rompió el corazón a nuestra hermana mayor. Por descontado que tu desfachatez llegó a su máximo esplendor cuando te convertiste en la mejor amiga de la vizcondesa Bedford. Pero ya ves, en mi infinita misericordia decidí absolverte de todos tus pecados y por eso me propuse ayudarte a que te casases esta temporada con un buen hombre.

Se escuchó al conde y a su esposa gemir a dúo esa vez.

—¿Bedford te rompió el corazón? —le preguntó Cleo a Freyja obviando todo lo demás.

—El pasado es historia, lo que importa es el presente, el futuro también —razonó su hermana mayor.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Por qué yo no sabía nada? ¿Cómo es que Charlize lo sabía? ¿Cómo iba a obrar debidamente si yo no estaba al corriente? ¿Qué fue lo que te hizo Bedford? —Cleopatra estaba indignada. No tenía esa información y encima su fastidiosa hermana pequeña la estaba acusando de cosas que ella desconocía por completo.

—¿Por qué, Charlize? —tomó la palabra Aidan—. ¿Qué te motivaba para sacar un tema escabroso como ese? ¿No te bastaba con que Freyja hubiese sanado a mi lado? No trae nada bueno remover un pasado así. —El conde no estaba contento con la intervención de la más joven.

Charlize se puso en pie.

—Tú no estabas allí, Aidan. Fui yo quien veía a Freyja poner buena cara cada vez que se mencionaba a Bedford. Me ardía por dentro ver cómo nuestra propia sangre se marchaba de casa para ir a meterse en la del enemigo. Freyja sufría, sufría tanto que me desgarraba el corazón verla. Hasta que tú llegaste, mi hermana mayor lloraba día y noche, ocultaba su dolor porque se colocó todo el peso familiar a la espalda. Conozco a todas mis hermanas. Las conozco como si fuesen yo misma. El mismo dolor que vi en Freyja, lo veo reflejado en la falsa sonrisa, en esa triste máscara de alegría que Cleopatra se ha puesto para nosotros. Gilmore no era adecuado para ella, pero Cleopatra siempre ha querido distanciarse de nosotras tres. Su felicidad radicaba en residir largas temporadas en casa de Bedford contemplando a su feliz esposa y su vástago mientras Freyja se volvía loca de dolor. No ha querido escucharnos nunca, especialmente a mí. ¿Qué hubieras sentido si yo me hubiera convertido en la mejor amiga de la esposa de lord Lane, Cleopatra? —preguntó mirando a Cleo a los ojos.

El arrebato de Charlize no fue tímido. Había hablado con tal pasión y emoción que los presentes se quedaron sin palabras. Sobre todo cuando la vieron limpiarse las lágrimas que se habían derramado. La joven Archer era muchas cosas, pero no una llorona.

—Bueno —comenzó a hablar Aidan tras carraspear—, la caja de Pandora se ha abierto y creo que no es momento para cerrarla. En mi condición de afectado con respecto al dolor que logré curarle a Freyja —apuntó con satisfacción mientras le sonreía a su esposa—, diré que dado que Cleopatra no estaba al tanto de la situación vivida en aquel momento con el vizconde Bedford, no debería ser acusada de nada. Tu hermana mayor decidió callar por el bien de todos, tú te levantaste como su paladín en la causa y espero que hayas podido superar en realidad la irritación que te producía Cleopatra por no haberse dado cuenta de la situación. Zanjemos aquí el pasado. Bedford se convertirá en una mota de polvo en el ocaso porque todo quedará aclarado aquí y ahora. En cuanto a la segunda cuestión de la que hablas, Charlize, me he fiado de tu intuición desde que te vi por primera vez. Eres más inteligente de lo que aparentas, pero no por ello eres más sabia.

—Gracias —dijo ella.

Freyja rodó los ojos.

—No era un cumplido, Char.

—No acortes mi nombre, Freyja. Y sí lo era porque yo lo he sentido como tal —repuso la hermana menor.

—Regresando al tema trascendental que nos ocupa —siguió Aidan—, y eso es el estado de ánimo de Cleopatra y su reciente e inesperado matrimonio...

—Mi hermana no es feliz —lo cortó Charlize—. Y compondrá su mejor sonrisa y te dirá que lo es porque ella no quiere compartir su dolor ni causarnos preocupaciones. Tan terca como Freyja, Caliope o yo misma —admitió con honestidad.

Aidan miró a la aludida en ese momento.

—¿Cleopatra?

—¿Sí? —No sabía qué más decir. Cuando se levantó esa mañana para ir a visitar a su familia, había esperado que la situación fuese compleja, no imaginó que la cosa se descontrolaría tanto. Lo de Bedford la dejó sorprendida.

—¿Vas a desmentir a Charlize? —siguió el conde.

La señora Gilmore se recostó contra el sofá. Se dejó caer contra el respaldo y sus hombros se hundieron.

—No lo sé. La verdad es que mi motivación al casarme con el señor Gilmore era la de no convertirme en una apestada, una paria social. Lord Lane me jugó una muy mala pasada y pensé que podría salir de una situación delicada si me casaba a la mayor brevedad posible. Y si estaba siempre en casa de Bedford en el pasado fue porque... Amo a los niños. Veía a la esposa de Colin y a ese pequeño y... Quiero ser madre, ahí está, al fin lo he dicho. No quería perder más el tiempo con otros pretendientes cuando lo de Lane se fue al traste. Gilmore me pareció aceptable, el amor no era indispensable para mí, todo lo que pretendía era tener mi propio hijo, ser feliz como lo sois Freyja y tú —dijo mirando a Freyja— cuando estáis con vuestros hijos. En cuanto a ti —se giró para mirar a Charlize—, siempre he sabido que algo no andaba bien entre nosotras, pero no imaginé que fuera lo que has aludido. No te tomé en consideración cuando nombraste a los posibles pretendientes que debería haber tenido en cuenta porque no me fiaba de tu criterio.

—No se trataba de estar acertada o no, Cleopatra —habló Charlize—. Solo quería ayudarte porque creo que todo lo que sé hacer en la vida es unir parejas. Sé que solo he tenido dos aciertos de dos intentos, dado que Freyja y Caliope me deben a mí su plena felicidad, pero...

—¿No puedes ser un poco humilde por una sola vez, Charlize? —la cortó la condesa de Ross y Luff.

La menor de las Archer se encogió de hombros.

—¿He mentido al decir que os uní a ti y a Aidan?

—No, pero...

—¿Y sobre Caliope y Moreland? —interrumpió Charlize a Freyja.

—Tampoco, pero...

—Entonces deja que auxilie a mi hermana Cleopatra y confía en que soy capaz de hacerlo. Lo que me motiva no es otra cosa que ayudar a conseguir la felicidad de mis tres hermanas. Nuestro padre te ordenó cuidarnos, Freyja, y lo has cumplido, porque nos has provisto de todo lo necesario. Nuestra madre sabía que yo tenía una extrema sensibilidad a la hora de conocer a las personas, en especial con mis tres queridas hermanas, por lo que me rogó que os asistiese en todo lo que pudiese. Ese ha sido mi cometido desde que tú te enamoraste de Aidan, desde que Caliope se encaprichó con Moreland, y es momento de actuar para que Cleopatra logre convencer a Gilmore de que actúe como es debido.

Freyja suspiró y luego comenzó a hablar:

—Así que nuestra madre te dejó a ti una importante misión —le dijo con una sonrisa afectiva la condesa de Ross y Luff. Charlize afirmó con la cabeza—. A mí me ayudaste muchísimo en su momento, y me consta que Caliope está tremendamente agradecida por mediar entre ella y Moreland, sin embargo, la que debe tomar en consideración tu ofrecimiento es Cleopatra. Yo también tengo ojos, Charlize, y he visto la tristeza de nuestra hermana nada más ha entrado. No obstante, no soy como tú, no puedo imponerme si no me piden ayuda y no te consentiré que lo hagas ahora.

—Muy bien —terció Charlize, al tiempo que dejaba de observar a Freyja para centrarse en Cleopatra—. ¿Qué hacemos, hermana? ¿Te ves capaz de salir tú sola del enredo en el que estás o dejarás que tu hermana pequeña te eche una mano? —Su tono fue suave.

Cleopatra cerró los ojos. Hacía demasiados días que no sabía dónde estaba su esposo. Las cosas no habían salido nada bien y estaba cansada de permanecer sola y encerrada en los aposentos de su marido. El tiempo de espera parecía haberse acabado, tal vez fuese el momento de actuar, y si bien Charlize era bastante molesta, tenía que admitir que era muy inteligente e intuitiva. Ella estaba al corriente de sus logros con respecto a Freyja y Caliope. No perdía nada por dejarse ayudar, toda su vida estaba en el limbo, peor no podía ponerse la cosa.

Despegó los párpados y vio a Charlize mirándola con esperanza, se percibía que su oferta la hacía desinteresadamente, porque se preocupaba en verdad por su felicidad.

—Sí, Charlize —dijo finalmente, mientras todos contenían el aliento—. Es hora de dejar el orgullo a un lado, necesito que me apoyes, porque aunque obré de modo desesperado cuando me casé con Gilmore, estoy dispuesta a luchar por mi matrimonio hasta el último aliento.

—¡Fantástico! —La hermana menor comenzó a dar palmadas entusiastas—. En tres días lo arreglaré todo. Como Shakespeare en Romeo y Julieta.

—¡Charlize! En la obra a la que acabas de aludir, los enamorados mueren, es trágica —le recordó la condesa.

—¿Lo es? —preguntó con el ceño fruncido la más joven.

—Sí —afirmaron a la vez Freyja y Cleopatra.

—Bueno, no lo sabía porque nunca la he leído, creía que era una gran historia de amor. Ahora sí que no pienso ni hojearla... —aseguró la hermana menor.

—Es grandiosa —alegó Aidan—. Y su magnificencia reside en que el final es triste porque nos recuerda que la vida es efímera y que todo puede suceder, bueno o malo.

—Haremos nuestra propia función pues, y será magnífica, épica y se caracterizará por tener un final feliz. Y como soy eficiente lo arreglaré pronto.

—Dios te escuche... —murmuró Cleopatra.

Capítulo 8

Charlize era un ángel que un segundo más tarde se convertía en un demonio. Siempre había sido así, pero Cleopatra veía el carácter de su hermana pequeña en esos momentos con mayor facilidad.

Llevaban cinco días sin saber nada del señor Gilmore. Cinco días en los que Charlize le había ido diciendo cosas muy sorprendentes sobre lo que ella haría en caso de haberse convertido en la esposa de Gilmore. ¡Incluso le dijo que ella lo ataría a la cama y lo amordazaría hasta que él entrase en razón! ¿Desde cuándo su hermana más pequeña se había convertido en una joven audaz y escandalosa? Lo peor de todo era que cuando hablaba parecía que en verdad estuviese considerando la idea de que Gilmore acabase en esa tesitura a fin de que Cleopatra pudiese imponerse a él.

¡Cielo santo! Todo lo que había descubierto la señora Gilmore era demasiado desconcertante... ¡Dios!

Mientras su hermana desvariaba sobre las posibilidades que tenían una vez que Gilmore decidiese aparecer, Cleo la había puesto en antecedentes sobre la discusión que mantuvo con su esposo cuando ella no quiso consumar su matrimonio. Abrir su corazón ante Charlize fue lo más difícil que había hecho alguna vez, pero la sinceridad de Cleo fue premiada cuando su hermana menor le contó algunas cosas sobre el pasado de Freyja, dado que ella quería conocer la historia completa acerca de Bedford. Ya no podría volver a mirar a su amigo Colin del mismo modo, pues si había algo inquebrantable, eso era el nexo que compartían las cuatro hermanas Archer. No importaba que ya no llevaran el mismo apellido, la sangre y la familia eran sagradas.

Cleo seguía residiendo en el hotel, aunque tuvo la tentación de regresar a casa descartó la idea. Charlize se pasaba la mayor parte del tiempo siendo una especie de dama de compañía, y pese a que la desesperación por no saber lo que sucedería con su matrimonio era grande, Cleo tenía que admitir que Char la ayudaba a concentrarse en las cosas buenas que quedaban por llegar. Porque llegarían... ¿no?

Esa noche, Charlize la había convencido para acudir a un baile. Así que las dos estaban ataviadas con sus mejores galas, pero dispuestas en un rincón, observando a los invitados mientras bailaban animadamente.

—¿Por qué me mira todo el mundo, Char? —preguntó inquieta, puesto que muchas miradas la recorrían con descaro pese a estar apartada de la fiesta.

—No acortes mi nombre, sabes que no me gusta. —La Archer menor barrió el salón con la mirada y luego dijo—: Yo no veo que nadie te esté prestando más atención de la debida.

—Entonces te están mirando a ti, porque te garantizo que nos observan y comienzan a cuchichear sin descanso.

—¡Ah! —Charlize se fijó mejor en la situación y vio que sí que se estaba dando la circunstancia a la que había aludido Cleopatra. Aunque era sutil, sí que estaban siendo observadas.

—¿Lo ves ahora? —la interpeló su hermana.

—Sí, pero no debe ser por mí, seguro que es porque sienten curiosidad por ti.

—¿Tú crees?

—Sí, deben estar preguntándose dónde está tu esposo.

—No lo creo, nadie en Londres sabe que Gilmore y yo nos hemos casado —apuntó con pesar. Esa era otra negligencia más en su matrimonio.

—Me temo que tengo que contradecirte. La buena sociedad está al tanto de que la hija del anterior lord Luff, protegida del conde de Ross y heredero de padre, lady Cleopatra Helena Archer, ha contraído nupcias con el hotelero más próspero de la ciudad, Joseph Ethan Gilmore, vizconde Wars. Fue un acto de amor puro a primera vista que desembocó en una rápida boda, debido a las ansias de la joven pareja por perpetrar su amor —narró la joven, como si fuese un hermoso cuento de hadas, para luego proseguir aludiendo a que—: Una historia preciosa que ha quedado muy bien en el periódico de esta mañana.

—Dios santo... —murmuró Cleo—. Tengo tantas preguntas que no sé ni por cuál empezar, pero al menos me causa sosiego que mi esposo haya tenido a bien publicar un anuncio tan completo sobre nuestra situación. Eso es positivo, ¿no Charlize?

—El anuncio lo he enviado yo, Cleopatra, pero estoy segura de que tu esposo lo hubiese hecho en caso de haberlo pensado mejor.

—Oh. —Los hombros de Cleopatra se hundieron, había esperado que Gilmore fuese el artífice de la acción.

—No estés triste, eres vizcondesa —le recordó, por si a ella le había pasado desapercibido ese detalle en su explicación.

—Eso te he escuchado decir, ¿de verdad soy lady Wars?

—Mis averiguaciones han dado sus frutos. Gilmore es bastante reservado, pero me he servido de las influencias de Aidan, así que ha sido fácil investigar algunas cosas sobre tu esposo que todavía no había compartido contigo. Se compró un título hace años para estar por encima de un irlandés, un competidor en los negocios creo que es. Aunque el vizcondado no está provisto de tierras, propiedades o riqueza, es un título. Es extraño que nunca lo haya usado, porque es un título y la gente se sirve de ellos para escalar, ya sabes. ¿No te parece curioso que no lo haya divulgado? —se quedó pensativa—. Cuando me enteré consideré todavía más curioso que Gilmore fuese ahora noble y que precisamente se tratase de un vizconde, dado que tú pretendías casarte con uno. Déjame decirte que si lord Lane me parecía del todo aburrido, gélido e inaceptable, en cuanto Gilmore entre en razón, se transformará en todo lo contrario a Lane.

—¿Sí? ¿Será excitante, cálido y mortalmente aceptable?

—Sí.

—Me has dicho que él estaría aquí esta noche, pero no me has explicado el plan que has orquestado —le recordó.

—No había otra forma de sacarte del hotel en el que te reclusas —le explicó.

Cleopatra frunció el ceño ante esa frase.

—Charlize... ¿mi esposo vendrá a la fiesta en la que estamos?

—Tal vez sí o tal vez no.

—¡Charlize! ¿Me has engañado para salir esta noche y participar en un baile? —preguntó inquieta, al sospechar que su hermana no estaba siendo sincera.

—Era necesario venir, y si no hubiese aludido a que Gilmore estaría aquí no habrías venido.

—Pudo haberte acompañado Freyja... ¿No entiendes que me siento angustiada porque no sé cómo se plantea mi futuro y que solo necesito arreglar las cosas con mi esposo?

—Freyja quería quedarse en casa con su esposo y el niño, tú eras mejor opción para venir aquí esta noche. Tus problemas, unos que te prometo que vamos a arreglar porque ya sabes lo que debes hacer con Gilmore, te mantienen menos alerta, y eso me da más margen para actuar esta noche y atender algunas cosas.

—Estás hablando en clave, no entiendo ni una sola cosa de la que has dicho.

—No eres la única que tiene que enfrentarse a las complicaciones, Cleopatra, yo también tengo un asunto pendiente con alguien que aparecerá esta noche aquí.

—¿Con quién?

—Mira, ahí está el viejo Sutherland. —Charlize levantó un poco el rostro para señalar con discreción hacia la derecha—. Esa sí que es una sorpresa que no me esperaba. Vayamos con discreción hacia su posición y así podremos saludarlo debidamente.

—¿Saludarlo? Tú no tienes ganas de hacer eso, deseas ir a irritarlo. ¿No te da miedo enfrentarte a un duque, Char?

—No acortes mi nombre, sabes que no me agrada —repitió. Charlize no paraba de explicarles eso a sus hermanas y ellas parecían querer irritarla a ese respecto—. En cuanto a Sutherland, es inofensivo, la lealtad que siente por Aidan me protege como si fuese el más robusto de los escudos. Y sobre lo de irritarlo... con un poco de suerte lo consiga y haga que él se marche a toda prisa de aquí —confiaba en que lo último se cumpliera.

Cabe recordar que el duque de Sutherland era el mejor amigo del conde de Ross y Luff, y que las había salvado de algún que otro malentendido la primera temporada que llegaron a Londres... Bueno, en la segunda también, y si era cierto que el duque era de gran ayuda, a Charlize no le hacía gracia que estuviese precisamente esa noche en la fiesta en la que ambas estaban.

—¿Por qué tengo la sensación de que deseas deshacerte de él? Es más, creo que tramas algo que no tiene nada que ver conmigo y sí contigo. ¿Quién es ese *alguien* que dices que aparecerá esta noche y con quien tienes asuntos pendientes?

—Vamos a buscar a Sutherland, estará impaciente por vernos, después de todo, lleva desde la temporada pasada evitándonos como si fuésemos la peste bubónica.

—No nos evita a todas, solo a ti, Charlize —le dijo Cleo, mientras se disponía a seguirle la estela a su hermana pequeña, quien hizo oídos sordos a su afirmación.

Charlize pasó por delante del duque de Sutherland sin mirarlo, haciendo ver que no lo había reconocido ni visto. Cleopatra, cansada del teatro, fue la que decidió intervenir y se acercó a Sutherland para hacerle una reverencia.

—Excelencia —le dijo con el máximo respeto. Cuando estaban en público se trataban con etiqueta.

—Lady Cleopatra...

—¡Si es el viejo Sutherland! —exclamó Charlize, falsamente sorprendida tras comprobar que nadie más la escuchaba. Luego le ofreció una brevísima muestra de cortesía bajando la cabeza.

—¡Si es la endemoniada e intrigante lady Charlize Archer! —la copió él con descaro.

Ella le sonrió.

—Gracias, me agrada comprobar que dejo huella en quienes me aceptan tal y como soy.

—Charlize... —susurró Cleo—, no creo que el duque te haya hecho un cumplido. —La hermana menor, que no había perdido la sonrisa, la amplió todavía más.

—Sé que el duque me admira y es por ello por lo que tengo la certeza de que ha sido un cumplido, merecido además. ¿Cómo se encuentra esta noche, excelencia? —Él rodó los ojos, incluso mientras lo trataba con formalidad en ese ambiente público, ella resultaba del todo incorrecta. Además, él no era viejo en absoluto, era ella la que era joven, endemoniada y del todo inadecuada para transitar por los salones de baile. Su amigo Ross debería haberla enviado a un convento en Irlanda. La sociedad de Londres lo hubiera agradecido, el duque el primero de todos.

—¿Dónde está tu tutor, muchacha? —le preguntó Sutherland a Charlize.

—Mi hermana y Aidan no nos han acompañado —explicó la menor de las Archer.

—¿Mi amigo ha sido tan negligente de haberos dejado venir sin una debida acompañante? —preguntó incrédulo el duque.

—Tal vez no se haya enterado, excelencia —comenzó a argumentar Charlize—, pero mi hermana Cleopatra es una mujer casada, y, por lo tanto, tiene más libertad a la hora de elegir a sus acompañantes y salidas. Ella es mi guardiana esta noche.

—Ni Lucifer sería un buen carcelero para ti, Charlize.

—Gracias —dijo ella, con una nueva y brillante sonrisa.

—Eso definitivamente no ha sido un cumplido, Charlize —murmuró su hermana.

—Estoy convencida de que sí, porque Sutherland me considera tan inteligente y avisada que se da perfecta cuenta de que sería más que capaz de engañar al Príncipe de las Tinieblas.

El duque suspiró. Era imposible desanimar a esa locura de muchacha. Miró a su hermana y le sonrió.

—Debo felicitarla por sus recientes nupcias entonces, lady Cleopatra.

—Muchísimas gracias, aunque el hecho de casarme no me despoja de mi título por ser hija de un conde, creo que prefiero que me llamen señora Gilmore —le dijo ella con otra sonrisa agradable.

—Oh, no. Nada de eso, Cleopatra —intervino Charlize—. No olvides que tu esposo es el vizconde Wars.

—Sí, cierto —la aludida se rio con ligereza—. Lo olvido constantemente, mi esposo es bastante humilde a ese respecto. —Evitó decir que lo era tanto que no le informó de ese hecho. Suerte que Charlize tenía espías en todos los rincones. ¿Cómo lo haría su hermana para enterarse de todo?

Por su parte, Sutherland mostró sorpresa al escuchar el apellido y título de Gilmore. El duque conocía al hotelero y nunca sospechó que el caballero tuviese sus miras

puestas en esa hermana, no obstante, el destino había hecho que él fuese partícipe en las dos otras uniones anteriores, así que agradecía el descanso, porque no estaba de humor para hacer el trabajo que Aidan no hacía correctamente con respecto a sus protegidas.

—Muy bien —dijo el duque—. Supongo que la noche está demasiado avanzada y es momento de que nos despidamos de la fiesta. Iré a buscar a su marido y...

—¿Irnos? —preguntó Charlize con sorpresa. Veía a Sutherland más nervioso de lo normal. De acuerdo, él era tan frío como un sapo verde, pero esa noche se le apreciaba muy diferente.

—Eso he dicho. Hace mucho calor y es tarde, como he indicado hace escasos segundos —se reafirmó él.

—Oh, Sutherland —saltó Charlize—. Es natural que un hombre de su edad se fatigue con demasiada facilidad, pero mi hermana y yo estamos disfrutando de una velada maravillosa y no queremos marcharnos todavía. Es usted libre de regresar a su hogar, poner los pies en agua templada, envolverse en una gran toalla cálida o incluso pedirle a su médico personal que lo visite para estar seguro de que su salud no se ha resentido en absoluto.

Lo escuchó gruñir y apretar la mandíbula con fuerza. Era tan fácil hacerlo enfadar que... ¿quién podría resistirse? Charlize contuvo una carcajada.

—Voy a cumplir treinta años, muchacha del demonio. Mi vigor está como cuando era apenas un joven de quince años, y he dicho que nos vamos y es lo que haremos. Señora Gilmore, o vizcondesa Wars —él no sabía cómo llamarla ya—, busque a su esposo porque esta mocosa lleva demasiado tiempo fuera de la cama y mañana estará de un humor insoportable. En cuanto la deje en casa de Ross, ordenaré que le preparen un vaso de leche caliente, le trencen el pelo y busquen su muñeca de trapo.

—¡Qué ingenioso, Sutherland!, pero peca de ser poco original, me ha copiado la idea. Ya sabe, yo lo acuso de ser un carcamal y usted a mí de ser una niña. Hubiese quedado bien aludir a que deberían cambiarme los pañales también, aun así, lo felicito, hay cierta esperanza para usted. —Le guiñó un ojo.

¡La muy descarada! El duque levantó la mano y la agarró de la muñeca sin sutilidad, estaba dispuesto a llevársela de allí a toda prisa.

Charlize iba a protestar por el atrevimiento del duque cuando el salón entero se quedó en un silencio sospechoso. Bueno, todo el mundo estaba cuchicheando y miraban hacia la puerta principal. La joven Archer sonrió embelesada.

—Fíjate —aludió todavía con la mano del duque sobre ella, mientras se centraba en su hermana—, después de todo, su contable le dio mi mensaje. Ahí tienes a tu esposo, espero que sepas arreglártelas sin mí, porque es momento de que me ocupe de un asunto tan urgente como el tuyo. Suerte, Cleopatra.

Dos segundos más tarde, mientras el duque y la propia Cleopatra miraban hacia el lugar donde Charlize había estado con la vista clavada, ella desapareció.

—¿Dónde diablos se ha metido? —inquirió Sutherland, al darse cuenta de que la mocosa se había librado de su agarre.

—Disculpe, excelencia, pero tengo que recibir a mi esposo.

—¿Han estado las dos solas sin la compañía de ningún caballero que las protegiera? —preguntó asombrado, aunque la recién descubierta vizcondesa Wars ya estaba alejándose de él.

Sutherland masculló una colorida maldición por lo bajo en cuanto se dio cuenta de quién era el caballero con quien la endemoniada Charlize Archer se había parado un momento a hablar, para luego salir por las puertas francesas que daban acceso a un oscuro jardín.

¿Qué le pasaba a esa joven incauta y demente? ¿Qué fijación había desarrollado por los escenarios oscuros y nocturnos? Maldijo con fuerza a su mejor amigo, el conde de Ross y Luff, y luego comenzó a correr tras los pasos de la pareja que se escabullía del salón.

Por lo que a Sutherland se refería, lady Wars estaba casada y podía apañárselas debidamente con su esposo, pues a él no le pasó desapercibido que algo trascendental sucedía en ese nuevo matrimonio.

Cleopatra confiaba en el criterio de Charlize. No sería la primera vez que su hermana menor establecía un plan y salía bien, tampoco sería una novedad si Charlize se metiese en un enredo y saliese indemne de él. Lo que le importaba a Cleopatra era que su hermana menor había logrado un imposible...

Gilmore estaba ahí. Frente a ella.

—¿Esposo? ¿O debería dirigirme a ti como lord Wars? —preguntó con altivez.

Él abrió los ojos con sorpresa, se recuperó de inmediato.

—Me han comentado que el título de vizcondesa era muypreciado para ti, así que estarás satisfecha, no eres lady Lane, pero sí has logrado ser una mujer noble. —Los celos que sintió al principio fueron abrasadores. Ella había pensado en casarse con otro, y eso lo enfermó. Pensar en que Cleopatra pudo haber corrido otro destino distinto... Tuvo ganas de matar a Lane, de zarandear a su mujer... Pero entonces recordó que ella le pertenecía, que se había casado con él, y eso pareció apaciguarlo. ¡Era suya!

—Yo ya era noble antes de casarme —razonó ella con arrogancia, tratando de no parecer sorprendida por las palabras que le acababa de escupir—. Y si bien sopesé la opción de casarme con Lane...

—No te casaste con él porque lo pescaron en una habitación con otra joven dama casadera —le recordó, interrumpiéndola. El señor Gilmore había averiguado todo lo referente al maldito Lane. El vizconde se había casado a toda prisa con una muchacha con la que lo sorprendieron en la oscuridad y con poca ropa.

—Bueno —comentó ella despreocupada—. Podría decirse que Lane me dio una lección y decidí no quedarme quieta, lo que no preví fue caer en una trampa todavía más perversa que la que él pudo haber urdido para mí.

—¿Eso soy? ¿Una trampa perversa en la que caíste? —Gilmore negó con la cabeza—. Creo que no, milady. Fuiste tú la que vino a rogarme a fin de que me casase contigo. —Y por ese motivo Lane seguía con vida y él se enfadó menos con ella. No sabía que fuese tan posesivo y celoso. Lo era con su esposa.

—Sí, y lo hiciste. Y a la menor oportunidad saliste corriendo despavorido. No te tuve nunca por un hombre cobarde, pero aquí estamos.

Él sonrió de lado.

—¿Cobarde? —la retó.

—¿Cómo debo interpretar el hecho de que mi marido me haya dejado abandonada hasta que decidió aparecer en la noche de hoy? —Tenía mucha curiosidad por saber

cómo se las había ingeniado Charlize para traerlo ante ella. No lo preguntaría por el momento.

—Estás residiendo en medio del lujo, sin limitación alguna en mi hotel. Te encuentras en un fastuoso baile coqueteando con Sutherland a pesar de que eres una mujer casada. —Ella trató de no mostrarse asombrada al detectar los duros celos en esa acusación tan absurda—. No te he dejado abandonada, pero tú planeas escapar de mí, Cleopatra, y te advertí de que no te lo permitiría nunca. Me has obligado a dejar de lado unos importantes negocios que estaban encarrilados. Merecerá la pena, porque no vas a obtener la anulación, voy a consumar el matrimonio y poco me importan tus objeciones. —Acto seguido, Joseph Ethan Gilmore se cargó al hombro a su esposa.

Y ahí se quedó ella, colgando sobre el cuerpo de su marido y con la boca abierta. ¿Anulación? ¿Qué había hecho Charlize con la información que ella le confió? Suspiró. Su hermana menor prometió darle lo que pedía, pero Cleo tuvo que haber supuesto que Char no jugaba jamás limpio. No era difícil adivinar que su esposo estaba creando un escándalo frente a la buena sociedad porque Charlize le había dicho que la familia iba a proceder con una anulación. Eso sin olvidar que la muy endemoniada le había contado también lo que sucedió con Lane, y conociéndola como lo hacía, podía imaginarse a Charlize aludiendo a que hubiese preferido ver a Cleopatra casada con el aburrido lord Lane porque la hubiese tratado mejor que él. Era como si lo estuviese viendo, pues ese era el estilo retorcido de su loca hermana. No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro mientras Gilmore la llevaba hacia su carruaje.

¡No la había abandonado!

Su marido lo había dejado todo para ir a buscarla... De acuerdo. Sus formas tiránicas no eran las correctas, pero al fin y al cabo, Gilmore era un hombre duro, forjado a sí mismo, con poca paciencia. Un caballero que estaba reclamándola frente a todos, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrar que la deseaba como esposa. Debería comenzar a acostumbrarse a llamarlo por su título, Wars, pero le gustaba tanto el apellido... Gilmore. Le recordaba a algo robusto, salvaje, excitante...

La dejó dentro del carruaje y ella borró su sonrisa para componer un rostro regio.

—¿Vas a echarte a llorar? —preguntó, al ver que ella no se movía ni decía nada de nada. Había esperado que su esposa le pusiera las cosas difíciles. Una pataleta tal vez, algunos gritos... pero no había habido nada de eso. Extraño.

—¿Serviría de algo? —repuso ella.

Él torció de nuevo su sonrisa.

—Comedida pero valiente. Lo supe en cuanto no huiste de mí aquella noche en la que te avasallé en mi biblioteca años atrás. Freyja me dejó impresionado con su tenacidad, pero tú lograste hacer mucho más. Tantos años callando, manteniéndome alejado de ti... Oh, Cleopatra, esa carta que mandaste a enviarme ha despertado a la bestia y espero que estés preparada.

Ella giró el rostro y lo miró con atención.

—Si vuelves a marcharte de mi lado sin tener la más mínima consideración, serás tú el que despierte a la bestia, Gilmore —lo amenazó—. Puedo parecer mansa, correcta y educada, mas no estoy acostumbrada a no salirme con la mía. No vuelvas a dejarme en un rincón como si fuese un mueble. No querrás poner a prueba tu fuerza sobre la mía.

Su esposa era de lo más extraña. ¿Estaba haciendo una demostración de poder? Ella iba a aprender que él no se andaba con remilgos.

—¿Entiendes lo que va a pasar entre nosotros nada más lleguemos al hotel? ¿Comprendes que si hubieses sido una buena esposa te habría hecho el amor de un modo puro, pero que como no lo fuiste y no quiero seguir escondiéndome, lo vamos a hacer a mi manera? Más te vale estar preparada para todo, Cleopatra, porque voy a mostrarte quién soy y lo que necesito de ti en mi cama.

Ella se aferró a su valentía. No iba amedrentarse. Él estaba probándola, quería ver si la vencía. No le daría ese placer. Estaba preparada para todo y se lo demostraría.

—Ya te he dicho lo que espero de ti, Gilmore. Me tratarás como a tu esposa siempre. Y algo que pasé por alto cuando nos casamos fue preguntarte sobre si tenías amantes.

Él se quedó con la boca abierta. Había cosas que lo sorprendían. Estaba acostumbrado a jugar sucio en los negocios, a tener que hacer tratos con hombres de los que no se fiaba, pero su esposa... ¡Desconcertante!

—¿De verdad todo lo que te importa es que no vuelva a dejarte atrás y hablar sobre si tengo amantes, después de lo que te acabo de hacer saber, florecilla? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—He tenido tiempo para meditar bien lo que iba a hacer con respecto a ti cuando decidieses volver. Me casé contigo y quiero un matrimonio de verdad. Entiendo que nos costará un poco de tiempo habituarnos el uno al otro, pero no huiremos, hablaremos y arreglaremos las diferencias sin que estemos cinco malditos días sin vernos. —Era consciente de que una dama no debería usar un vocabulario tan soez, pero poco le importaba. Ella también estaba enfadada, tal

vez más que él.

Él emitió una risa sorda. ¡No daba crédito a lo que estaba escuchando y viendo!

—Cada vez que me hago una idea de ti... Eres increíble, Cleopatra.

—Lo sé. —Esperaba no haber sonado como Charlize cuando se enorgullecía—. Y ahora dime si tienes amantes, porque si las hay, sí que vamos a tener un serio problema y no te permitiré consumir el matrimonio —le dijo convencida.

Él la miró de un modo que ella no supo descifrar. Se preparó por si explotaba, en cambio comenzó a carcajearse sin piedad. Eso hizo que ella frunciese los labios con fuerza. ¿Se estaba riendo de ella? Podría atizarle con su retículo, o quitarse un zapato y demostrarle lo ofendida que se sentía.

—No, Cleopatra, no mantengo a ninguna mujer. Desde que tuve la intención de alzar el Gran Hotel Gilmore... digamos que los negocios me han mantenido de lo más ocupado. Y ahora que tú eres mi mujer, estará en tus manos darme todo lo que ansíe. Así que dime quién te ha adiestrado tan bien. ¿Ha sido la pequeña arpía de Charlize, o has recurrido a la experiencia de una mujer casada y has pedido consejo a Freyja? —No metió a Caliope dado que esa hermana estaba en el campo con su marqués. Por lo que tenía entendido, no le gustaba demasiado la temporada.

—Las dos en realidad —confesó—. Aunque eso no es significativo. Lo importante es que entiendas que para ser un hombre feliz deberás esforzarte y hacer que también yo lo sea, porque de lo contrario los dos seremos desgraciados. Y no queremos eso.

—Es algo que diría Charlize —murmuró por lo bajo.

—En realidad fue Aidan quien me hizo ver que yo también tenía mucho que decir respecto a este matrimonio nuestro. —No mentía, se lo dijo justo antes de marcharse de la que había sido su casa cuando la familia residía en la ciudad para disfrutar de la temporada.

Gilmore chasqueó la lengua. Tenía que admitir que le pesaba el comportamiento tan grosero que ofreció cuando vio a la pequeña arpía y al conde en las puertas de su hotel. Tuvo miedo de que se la arrebataran y por eso actuó así. Y sí, se marchó el día de su boda porque estaba dolido con ella, enfadado con Cleopatra por negarse a permitirle hacer el amor. Su intención al marcharse fue la de castigarla, pero al segundo día fuera comprendió que no solo ella iba a sufrir con la separación. Los días pasaban y él se sentía estúpido dado que su orgullo no le permitía regresar al lado de su esposa para arreglar las cosas. Los negocios para la compra de un nuevo terreno el próximo año lo mantenían concentrado durante poco tiempo. Ella siempre se

colaba en su mente para recordarle que era suya y que no la tenía cerca.

Se dijo que además de darle un correctivo a su esposa, necesitaba que ella reflexionase sobre el futuro, sobre lo que podrían tener juntos. La separación no era nada buena...

¡Cómo la deseaba!

¡Era un infierno!

Entonces, esa misma mañana llegó esa carta, una incendiaria que le informaba de que Cleopatra había estado interesada en el vizconde Lane, y de que ese maldito mequetrefe podría volver a coquetear con ella dado que era una mujer casada sin un esposo que la protegiera de ataques lascivos. Eso sin olvidar que se explicaba que el maldito Sutherland había estado también muy interesado en su esposa. Así que cuando entró al salón de baile y la divisó junto al duque... Por supuesto, la misiva también hablaba de buscar una anulación e imaginar a Cleopatra siendo duquesa... Le faltó poco para arrasar con todo y con todos. Los celos se lo llevaban a los infiernos más profundos.

Aunque la carta era anónima, la había escrito una mujer y él sabía que había salido del entorno familiar de Cleopatra, aunque no estaba seguro de si era obra de Freyja o de la otra hermana, dado que no veía a Cleopatra redactando un texto tan... tan... tan... ¡No le gustó leer nada de eso!

Se había recluso en casa de su contable, pues no sabía dónde más esconderse. Así que como en la carta se decía que Cleopatra iba a asistir a una fiesta esa noche... ¡Tenía que ir y dejarle las cosas claras! ¿Anulación? Sobre su cadáver putrefacto. ¡Ella era suya! De acuerdo, no la había poseído, pero eso era un detalle sin importancia que tenía una fácil solución.

Estaba tan enfadado cuando llegó a la fiesta esa noche, que solo pudo cargársela al hombro y hablarle sin tapujos sobre lo que pensaba hacerle. Solo esperaba que cuando se lo mostrase ella no tratase de huir a toda prisa. Cleopatra se veía tan inocente... porque aunque estaba enfrentándose a él mientras iban de camino al hotel, ella se advertía sin maldad alguna.

Valiente, eso sí. Aunque dudaba que estuviese preparada para lo que exigiría en el lecho.

La mirada de él se centró en su esposa.

—Apuesto a que el conde de Ross y Luff no estuvo contento cuando averiguó que

te dejé sola durante esos cinco malditos días a los que aludías antes.

—La que estaba muy descontenta era yo, Gilmore.

—Sí, me quedó claro que estabas irritada cuando alguien me escribió para hablar sobre la anulación de nuestro matrimonio.

—Eso ha sido un subterfugio para obligarte a venir a buscarme. De hecho, Charlize se ha ocupado de que saliese un anuncio en el periódico explicando nuestro reciente matrimonio. Ha escrito una bella narración que, aunque escandalosa, parece ser romántica y ensoñadora.

—Esa hermana pequeña tuya es impertinente y muy peligrosa.

—Lo sé, pero le pedí ayuda y su táctica ha funcionado. No es que apruebe sus métodos, pero como estás aquí ahora...

—Ay, Cleopatra. Siempre volveré a ti...

—No, mejor no te vayas sin avisarme. No, no —recapitó ante sus propias palabras—. Llévame contigo siempre.

Él le sonrió.

—Ni una sola vez me has preguntado sobre lo que pretendo hacer cuando te lleve al lecho. No estás tampoco afectada por las palabras tan inapropiadas que te he dicho, así que necesito que confíes en mí, milady. Quiero mostrarte lo que escondo. Si tu voluntad es convertir este precipitado matrimonio en algo duradero, seré franco siempre.

—Sí, lo he entendido todo y estoy preparada. Tengo dos hermanas casadas que no son nada discretas en sus encuentros furtivos, de hecho se caracterizan por ir cazando a sus esposos sin darles tregua. Y luego está Charlize, que pese a ser soltera... Bueno, digamos que te sorprendería todo lo que sabe.

—No es lo mismo, Cleopatra. Mis gustos son... Digamos que soy diferente, aunque lo he aceptado por completo. Solo temo que tú... que... —suspiró—. En fin, espero que me dejes instruirte y no me censes llegado el caso.

—Oh, no, por supuesto que no lo haré. Me he propuesto ser una magnífica esposa

y haré de ti un formidable marido. Nos irá bien... siempre y cuando no vuelvas a huir, desde luego.

Él desistió de su intento para tratar de explicarle a lo que se refería sobre sus apetitos más bajos. Así que dijo:

—No, Cleopatra. No me marcharé ni aunque me echas a patadas de tu lado. —La separación le sirvió a él para meditar sobre ese aspecto.

—Bien. Eso está bien —juzgó ella con convicción y llena de satisfacción.

Ahí terminó la charla, aunque cuando llegaron a los aposentos privados de Joseph Ethan Gilmore y él divisó una cuerda en medio de su enorme cama de cuatro postes... Y lo más impresionante era que su comedida esposa, de quien descubrió que no lo era en absoluto, se veía como una gata a punto de zapsarse un gran plato de crema...

¡Dios santo!

¿Por qué tenía la sensación de que ella había colocado una cuerda sobre la cama a propósito?

¿Le estaba dando vía libre?

Capítulo 9

Los bombones funcionaban a la perfección. Y su intuición también. Charlize Archer había escuchado rumores sobre el regreso de él.

Sí.

Él.

El hombre que casi le costó todo cuando llegó a Londres para disfrutar de su primera temporada. Se trataba de David Gales, el barón Rendow, o tal y como ella lo llamaba: el Villano Rendow.

Era un hombre ruin que la usó a conveniencia solo para buscar su dote, que esparció rumores indecentes sobre ella. La intervención de Sutherland, además de un pequeño escarmiento que tanto sus hermanas como ella misma le dieron en un oscuro jardín cuando lo amordazaron, posibilitó que él saliese de Inglaterra y la dejase tranquila.

Según tenía entendido, el duque de Sutherland le ofreció una pequeña fortuna a cambio de marcharse a toda prisa. El maldito no se lo pensó dos veces y huyó.

El descanso se había acabado. Sus contactos le habían dicho que el barón Rendow acudiría esa noche a la fiesta en la que tanto Charlize como Cleopatra estaban, de modo que ella tenía que ir para demostrarle que no claudicaría ante él.

En cuanto lo vio, la mirada de él se encontró con la suya, tal y como si Rendow también la hubiese percibido. Coincidir con Sutherland precisamente en esa fiesta, más cuando hacía una eternidad que él no acudía a ningún baile, le daba una buena pista de que el amigo de Aidan también estaba al corriente del regreso del que fue un pretendiente nefasto para ella.

Y aunque debería agradecerle a Sutherland su intervención en el pasado, el duque tenía que entender que ya no era aquella jovencita inocente que cayó de rodillas frente a un hombre en el que confió y le falló. Era más mundana, más experta, más retorcida todavía que antaño. Esa batalla la tenía que luchar ella, de modo que cuando tuvo a su alcance la ocasión propicia para desaparecer cuando Gilmore hizo su aparición, dejó atrás a Sutherland y a Cleopatra. Al fin y al cabo, su hermana tenía que ser consciente de que ella era capaz de cuidarse por sí misma. Esperaba que las conversaciones y la compañía que se habían hecho esos días, le hubieran hecho comprender a la esposa de Gilmore que estaba preparada para enfrentarse al mundo.

En cuanto se soltó del agarre del duque, Charlize se dirigió hacia el barón.

—Buenas noches —lo saludó, como si no hubiera acontecido un verdadero drama años atrás entre ambos.

Tras decirle esas sencillas palabras, ella salió en dirección al jardín. Fue en un lugar parecido a ese donde todo empezó, y sería allí donde todo acabaría.

Charlize caminaba con paso seguro entre las sombras, y no necesitaba girarse para ver si Rendow la estaba siguiendo, dado que podía escuchar sus suaves pisadas con claridad.

Llegaron hasta un claro donde la luna llena sería testigo de su conversación. Habían pasado los años, el dolor nunca se curaría, porque aunque cuando ocurrió el suceso con el barón ella todavía era más una niña que una mujer, su corazón no entendió esa distinción y seguiría punzando siempre.

Cuando lo tuvo frente a ella, lo examinó con atención. Tampoco se veía tan joven ya. Un hombre, con una mirada verde penetrante, un rostro que había perdido la jovialidad, el pelo lo llevaba más corto que cuando lo conoció, seguía oscuro como el carbón, al igual que su piel, dado que estaba más bronceado que antaño. En cuanto a su figura, también había cambiado, pese a que no era un hombre de alta estatura, se veía más fornido en esos momentos. Si David la deslumbró cuando no era más que un calavera calculador que se reía sin parar, ese hombre que se posicionaba ante ella era todavía más peligroso que aquel.

—Lady Charlize —la saludó, incluyendo una breve inclinación de cabeza.

—Has vuelto —dijo ella sin preámbulos, con la voz tirante y tratando de controlar sus emociones. Sin formalidad alguna.

Él la miró, imprimiendo a sus ojos todavía más severidad de la que vio en el salón

de baile.

—No podía alejarme durante más tiempo de Londres —le explicó.

—Ya veo... —alegó, sin saber qué más comentar.

Y sí, fue una mentira, puesto que ella no comprendía nada. No lo entendió a él cuando todo aquel enredo sucedió, tampoco le daba sentido a su propio comportamiento, de haberlo buscado, de haber obligado a su hermana Cleopatra a acompañarla solo porque sabía que él estaría esa noche en la fiesta.

Otra dama más sensata lo hubiese evitado como si él fuese Lucifer. Lo cual era, porque se portó terriblemente mal con ella. Charlize no podía quedarse de brazos cruzados haciendo como si no lo hubiera conocido jamás, porque se lo había entregado todo. David lo fue todo para ella.

—¿Cómo has estado, Charlize? —le preguntó con cierta suavidad, sin la etiqueta mediando en sus palabras.

—No he estado bien —confesó.

—Yo tampoco —apuntó él. Ella detectó un tono de... ¿lastima? Imposible. El Villano Rendow no tenía remordimientos, lo demostró así en el pasado.

—No creo que fuese por falta de fondos, tengo entendido que tu... acción —apuntó en alusión a cuando él trató de obligarla a ser su esposa para lograr su dote— tuvo una inmerecida recompensa. De hecho, el duque de Sutherland fue extremadamente generoso.

Fue Sutherland quien puso sobre la mesa un elevado montante para hacerlo desaparecer, sin embargo, el legado de Rendow y su título estaban en Inglaterra, por lo que su ausencia no podía ser perpetua.

—He comprendido tarde, que el dinero no lo es todo en la vida —expuso enigmático.

Ella levantó el rostro y abrió los ojos con cierta incredulidad.

—Es curioso. Lo que acabas de decir solo lo puede exponer un hombre que ya no precisa de fortuna para poder vivir conforme se espera que lo haga un noble.

—No soy el mismo, Charlize —respondió él.

—Yo tampoco —se apresuró ella a decirle.

Lo vio levantar el labio tímidamente, un amago de sonrisa que la hizo enfurecer.

—Y, sin embargo, aquí estamos los dos, Charlize, en un jardín oscuro, un lugar similar a donde todo comenzó entre nosotros.

—Efectivamente —coincidió ella—. Y si estamos aquí, es porque necesitaba terminar aquella etapa. No pienso esconderme de ti. En mi opinión, todo lo que ocurrió fue fruto de mi inexperiencia.

—Pero sucedió, Charlize.

—Lo sé. Lo sé muy bien —precisó, para después fruncir los labios.

—Esta vez quiero hacer las cosas bien.

Ella suspiró.

—Estoy segura de que tu futura esposa te lo agradecerá. No he sido nunca demasiado espiritual, pero considero que cuando uno tropieza, dicho traspies no tiene otra finalidad que la de hacer que aprendamos.

—No, Charlize. —Él estaba negando con la cabeza—. Quiero hacer las cosas bien contigo ahora.

El ceño de la dama se estrechó.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—He vuelto por ti, y hubiese regresado mucho antes de haber estado seguro de que Sutherland no hubiera exigido mi cabeza en una bandeja de plata. He tenido mucho tiempo para pensar en lo que sucedió, en lo que significó para ti que yo... —tragó saliva—. No hice bien al aplastar todas tus esperanzas, tus sueños. Así que haré lo correcto ahora. En verdad esperaba tener más tiempo, pero siempre has sido una chica valiente, me has visto y has venido a enfrentarme. Tu coraje fue lo que más llamó mi atención.

El barón se acercó para acariciarle el rostro. Un gesto muy torpe, dado que Charlize dio un paso atrás a fin de alejarse de su contacto.

—No creo que... —Maldito fuese su corazón por acelerarse. Las cosas no estaban saliendo bien. Ella tenía un plan que seguir con respecto al barón. ¿Cuál? No lo recordaba en esos momentos, pero la estrategia había sido preparada y cuidada para llevarla a cabo con maestría. Todo resultaba mucho más fácil y adecuado cuando intercedía en cuestiones de amor por sus hermanas.

—Sí, Charlize. Sabes lo que hay que hacer. He aprendido, como bien has dicho hace unos pocos minutos, de mis errores. Me juré no molestarte, porque no lo merecías, pero no puedo cumplir mi juramento. No, sabiendo que no te has casado.

—Yo aprendí, al igual que tú. No hay hombre capaz de hacerme bajar la guardia, así que si no me he casado ha sido porque solo un caballero inteligente, capaz, atento, paciente y amoroso me haría olvidar mi juramento.

—¿Qué juramento, Charlize? ¿Qué te prometiste a ti misma? —se interesó él.

—No me casaré jamás —sentenció con la cabeza bien en alto. No mentía. Solo Aidan cumplía con los requisitos que ella le exigiría a un pretendiente, y dado que él era su hermano por matrimonio, no encontraría a nadie como el esposo de Freyja.

—Duras palabras, Charlize, pues tú estás hecha para ser la amante esposa de un hombre.

Ella le sonrió con falsedad, una muestra cargada de ironía que surgió con un bufido de por medio.

—Perdiste todo el derecho a opinar sobre mí cuando me... —se silenció. Recordar el pasado dolía tanto...

—Cuando me comporté como un canalla. He venido a enmendar mi error, Charlize.

—Lo que dices es imposible. No puedes deshacer lo que sucedió —dijo con una tristeza desgarradora que él percibió.

—Serás mi esposa, Charlize —confesó al fin sus planes de modo claro.

Ella se quedó perpleja. Había esperado muchas cosas de él, porque David tenía tantas capas... más que una cebolla, pero nunca habría previsto lo que acababa de decir.

La dama irguió la espalda, levantó el mentón con sumo enfado y sin darse cuenta de lo que hacía, su mano tomó la posición indicada para darle un sonado bofetón.

David soportó el agravio sin moverse de su lugar. No trató de impedir la agresión, tampoco pensó en devolver el golpe, dado que sabía que merecía toda la furia de ella.

—Vete, por amor de Dios. ¡Fuera de mi vista y nunca más vueltas a ponerte en mi campo de visión! —le gritó mientras lo apuntaba con el dedo, y le señalaba con el brazo extendido, el lugar por el que él tenía que marcharse.

—Char... —comenzó a decir él, sin saber cómo continuar su defensa.

—¡No te atrevas! —lo cortó—. ¡Vete, maldito seas! Por una vez haz lo que se espera de ti. Sé un caballero y desaparece porque eso es lo que deseo —le espetó.

Él se calló, se cuadró y la miró durante un buen rato. Ella le sostuvo la mirada con sumo enfado.

—Me iré porque estás muy alterada, pero esto no ha hecho más que comenzar —la avisó, para después colocar un pie delante y otro detrás a fin de dejarla sola.

Solo cuando estuvo segura de que nadie podría escucharla, de que su dolor no sería oído, se dispuso a sacar la congoja de su interior.

Las lágrimas bañaban sus mejillas, los gritos se alojaban en la garganta en busca de salida. Se metió el puño en la boca y amortiguó los sonidos penosos que su tristeza fabricaba en busca de liberación.

Dolor.

Injusticia.

Más dolor del que podía soportar. Palabras injustas que llegaban tarde.

Los sollozos de Charlize llegaban con años de retraso, pero al fin salían a la luz.

Se había mostrado fuerte en su momento, cuando descubrió la clase de trampa que el hombre al que amaba le había colocado sin ella saberlo.

¿Por qué tuvo que regresar y hacer él esa declaración de intenciones? David no podía ser tan ingenuo como para pretender que ella olvidase lo que fue vivir con vergüenza, con el temor de ser repudiada... Adoraba la temporada, sociabilizar, codearse de personas importantes. Casi le costó todo.

—¿Charlize? ¿Eres tú, Charlize? —Una voz profunda masculina llegó hasta sus oídos.

La joven de las Archer se obligó a apartar un par de dedos de su rostro, puesto que se estaba tapando la cara, y cuando se dio cuenta de quién estaba frente a ella, siendo testigo de su momento más vulnerable, se avergonzó todavía más.

—Vete, Sutherland —lo invitó a marcharse, aunque usando un tono menos violento que empleó con David.

—Por amor de Dios... —se acercó hasta ella—. Mataré a ese bastardo. Y si te ha tocado un solo pelo de la cabeza yo... ¡lo mataré dos veces! —gruñó al darse cuenta de que Charlize estaba llorando.

Si había algo con lo que Tristan Dankworth no podía lidiar, era con las lágrimas de una mujer. Y si algo lo enfurecía hasta el extremo de convertirse en un auténtico diablo, era ver dolor en el rostro de una dama. Si bien todo en su interior le gritaba que fuese en busca de Rendow y que lo machacase hasta convertirlo en una pulpa sangrienta, se daba cuenta de que la joven necesitaba su consuelo.

Se acercó por completo a Charlize y trató de rodearla con sus brazos. Ella comenzó a pelear contra él, algo del todo inútil, pues el duque era mucho más corpulento y sabía cómo reducir con facilidad a su rival.

—No luches contra mí, pequeña. Deja que sea tu apoyo en estos momentos sombríos —le dijo con suavidad, para hacer que ella bajase la guardia.

Charlize emitió un grito desolador cuando le dio sentido a las palabras de Sutherland y se dejó caer sobre él, buscando su calidez, su fortaleza, a fin de empaparse de ella. Estaba deshecha, el pasado pesaba demasiado, era abrasador y penoso. Dejó a un lado la vergüenza de ser descubierta llorando como una niña pequeña y se echó a su cuello, para apretarlo contra sí. Deseaba escapar de la realidad, olvidar el dolor, y aunque era consciente de que no lo lograría nunca, por lo menos se dejaría consolar por un hombre al que parecía que ella

le importaba.

El duque sintió enseguida que su cuello se quedaba empapado, seguramente su chaqueta también lo estaría.

No importaba. Solo necesitaba saber que Charlize estaba bien, que podía servirle de sostén. Tristan comenzó a acariciarle el cabello mientras le decía cosas tiernas, palabras de aliento. No se arrepintió de haber tomado la decisión de acudir a ese dichoso baile, pues la mujer a la que sostenía entre sus brazos lo necesitaba y, por Dios, que él se ocuparía de la seguridad y bienestar de la pequeña mocosa malcriada. Si su mejor amigo era tan insensato como para no tomar cartas en el asunto, él lo haría.

Y mientras la escuchaba tratando de contener su pena, mientras los sollozos se hacían menos evidentes, Sutherland se dio cuenta de que Charlize Archer se colocaba una máscara para que nadie la viese. Era más frágil de lo que se imaginaba, posiblemente ni sus propias hermanas o Aidan supieran lo que ella escondía.

Charlize sufría y, maldito fuese el infierno más cruel, porque Sutherland necesitaba aliviarla como fuese. ¿Cómo hacerlo?

Dejo de hablar, de susurrarle palabras tiernas al oído, y le dio un beso en el pelo. No se percató de su acción... No, hasta que fue consciente de que estaba besándole el cuello y de que los suaves susurros de Charlize no contenían rastro alguno de tristeza, eran pequeños gemidos.

Debería apartarse de ella justo en ese momento. Era un monstruo aprovechándose de las horas más bajas de ella. Sutherland era consciente de que el barón Rendow no le había hecho daño físico, pues cuando el bastardo llegó a Londres, él mismo le escribió una misiva de advertencia, que sabía que un hombre en la cuerda floja no pasaría por alto. Pudiese ser que Rendow no fuese ya pobre como las ratas, pero seguía estando muy por debajo de la escala social, y a Tristan solo le bastaría con susurrar unas pocas indicaciones para que la fortuna del maldito comenzase a menguar, puesto que conocía a todos los comerciantes con los que Rendow se asociaba.

—¿Sutherland? —El duque se dio cuenta de que su boca estaba a milímetros de la de Charlize. Al parecer, había dejado de besuquearle el cuello en busca de algo más tentador.

—Lo siento... Yo no debería... —Tristan estaba más avergonzado de lo que ella se mostró cuando llegó a ese rincón oscuro. Trató de dar un paso atrás, a fin de no imponerle su persona a Charlize.

Ella le agarró las solapas de la chaqueta y lo retuvo allí, completamente pegado a sus senos. La dureza de Sutherland la tenía asombrada, su torso era como una roca.

—¿Quieres besarme? —preguntó ella, en un susurro que a él le costó entender.

Mil pensamientos, todos ellos incoherentes, se agolparon en la mente de Sutherland. Él tragó saliva, y al hacerlo se produjo un sonido evidente debido a la acción.

Tensión. Estaba muy tenso.

—Ha sido imperdonable por mi parte comenzar a... —La palabra que le venía a la mente era «seducirte». No podía decirla en alto, así que se silenció. ¡Maldita lujuria! ¿Por qué tenía que hervirle la sangre precisamente con su némesis? La verdad era que Charlize Archer, cuando no se comportaba como una auténtica arpía podía ser un ángel, pues sus grandes ojos lo miraban como si él fuese un héroe.

—Quiero que me beses —confesó, tras hacer acopio de una gran valentía que no sentía en absoluto.

—No puedo hacer lo que...

—Por favor, Sutherland, alivia mis pensamientos, necesito saber si podré superar... Si yo seré capaz de... —Las palabras eran tan desoladoras que no quería repetirlas en alto, dado que la finalidad para solicitarle un beso al amigo de Aidan, no era otra que la de comprobar si podría olvidar alguna vez al que fuese su gran amor. Era necesario tener el contacto de otro hombre para ver si en verdad era posible que eclipsase los momentos pasados vividos, unos que Charlize deseaba borrar de su memoria.

El duque negó con la cabeza.

—No puedo, Charlize. No me aprovecharé de ti.

—No te estás aprovechando —lo contradijo—. Yo te estoy pidiendo que me beses.

—No sabes lo que pides —dijo con una angustia que él mismo encontró preocupante. Tenía tantas ganas de tocar los labios de ella con los suyos, de pasear su lengua sobre la de ella... ¡Dios! Le deberían dar un premio, una medalla o lo que fuese, porque resistirse a la necesidad que ella le despertaba... ¿Cómo podía esa joven hacerle sentir, sed, hambre y una excesiva lujuria que lo tenía duro y ansioso?

¡Pero si no la soportaba!

—Sutherland... —murmuró su título como si fuese una plegaria.

Los dos estaban muy juntos. Sutherland comenzó a negar con la cabeza, al tiempo que se retiraba hacia atrás, y aunque ella lo sujetó con fuerza, él subió las manos y las colocó sobre los guantes que llevaba Charlize.

—No, pequeña. Las cosas no se hacen así. Estás bajo mi responsabilidad y no permitiré que desencadenemos nada de lo que luego nos arrepentiremos.

Las palabras, dichas en un tono conciliador, fueron lo suficientemente poderosas como para que Charlize lo soltase de pronto y diese ella misma un par de pasos para alejarse.

Sutherland no la quería besar. La humillación era completa.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Por amor de Dios, Charlize, no te dis...

—Tengo que marcharme... —Sí eso era. Ella se dio media vuelta y él la agarró de la mano para evitar que echase a correr.

—Busquemos a tu hermana —propuso. No iba a dejarla sola.

Charlize, tan rebelde como era, trató de soltarse de su agarre, pero al darse cuenta de que no iba a lograr nada con ese gesto, puesto que el duque la apretó todavía más, desistió y afirmó con la cabeza.

Ninguno añadió nada mientras buscaban a Cleopatra, a quien, por supuesto, no encontraron en el salón principal.

Tampoco hablaron mientras el carruaje de Sutherland la llevaba a casa de Aidan.

Él sabía que ella le haría pagar cara su negativa de cumplir su deseo de ser besada. En realidad, Sutherland contaba con ello. Lo mejor sería mantenerse alejado de la tentación que esa joven suponía. Y no sería el único. Rendow pronto entendería que Charlize Archer estaba más que vetada para él.

Le arrancaría los ojos si la miraba, le cortaría la lengua si se atrevía a hablarle, le rebanaría las manos si osase tocarla...

Charlize Archer se merecía mucho más de lo que él mismo o Rendow podían ofrecerle.

Capítulo 10

Era embarazoso.

Mucho.

Los asuntos de alcoba estaban vetados, era imposible averiguar lo que sucedía entre un hombre y una mujer en el lecho sin estar casada... A menos que una fuese una de las hermanas Archer. Freyja no era nada discreta, y de ahí que Cleopatra supiera algunas cosas. Lo preocupante era en verdad que fue su hermana pequeña quien terminó de adiestrarla.

Fue Charlize, en efecto, la que le dio una charla de lo más violenta, aunque productiva, sobre lo que se esperaba de ella. Cómo había conseguido reunir tanta información, la nueva vizcondesa Wars lo desconocía, y pese a que le preguntó varias veces sobre dicha cuestión, Char era demasiado inteligente y desviaba la conversación a su antojo cada una de las veces que Cleo se interesó por los hechos.

Lo más sofocante de la relevante información, fue descubrir que su esposo tenía gustos... peculiares, tal y como los llamó Charlize. Cleopatra le preguntó de dónde había sacado la información sobre lo que hacía íntimamente su marido y nuevamente, no logró averiguar nada en absoluto.

Faltó poco para que Cleopatra se desmayase cuando Charlize terminó con su explicación. Mucho menos faltó para que echase a correr a toda prisa sin mirar atrás.

¿Cuerdas? ¿Mujeres atadas a la cama? ¿Qué clase de diablo era su esposo? Y si bien debió haber estado muerta de miedo mientras una Char algo azorada le ofrecía explicaciones, Cleopatra solo sentía celos de las mujeres que habían desfilado por la cama de su marido, porque atadas o no, a lady Wars solo le preocupaba el hecho de que sentía que él le pertenecía.

Ahí fue cuando descubrió que deseaba luchar con uñas y dientes para retenerlo. El asunto de las cuerdas, en opinión de Char —quien al parecer se había vuelto una gran experta en cuestiones pecaminosas, seguramente cuando conversaba con las damas más escandalosas de la sociedad— no era tan malo como podía parecer.

Cleo lo dudaba, pues estaba nerviosa, pero cuando su hermana le dijo que confiara en su esposo...

Desde aquel beso, Cleopatra había estado enamorada de él. Un único contacto le sirvió para comprender que Joseph Ethan era el indicado, y sí, se lo había negado a sí misma porque creía que no tenía ninguna posibilidad de atraer a un hombre como él.

El destino le había demostrado lo equivocada que estuvo al amarlo en secreto y descartarlo en público, pues el hotelero siempre sería el único para ella.

Cleopatra le abrió su corazón a Char por completo, y su hermana le correspondió con igual sinceridad al compartir lo referente a las cuestiones peculiares de su marido en el lecho.

Y por ese motivo era por el que la vizcondesa Wars estaba sosteniendo entre sus manos una gruesa cuerda —que ella misma había colocado sobre la cama antes de acudir a la fiesta donde se reencontraría con su esposo— mientras permanecía junto a la cama en la que había dormido sola demasiados días.

Era curioso, unos pocos días, una conversación reveladora y ella se convirtió en la esposa del hombre por el que llevaba tanto tiempo suspirando y del que no le había hablado a nadie. El destino había obrado su magia. Casada con Gilmore. Solo quedaba ser amada por Gilmore.

Si había llegado tan lejos, no era momento de frenar el paso dado que Cleopatra sabía que lo que se avecinaba entre los dos sería crucial para definir su relación.

Charlize sostenía que cuando un hombre y una mujer compartían sus cuerpos, era como si sus almas se fusionasen y, aunque se separasen, jamás podrían olvidarse el uno al otro. Ella también lo pensaba, y por eso estaba convencida de que cuando se entregase a su esposo todo iría bien.

Mientras pensaba en lo que se avecinaba, consciente de que Gilmore la estaba mirando con atención desde el otro lado de la cama, Cleopatra suspiró profundamente.

El largo silencio que imperó en la estancia desde que la pareja entró quedó así

roto.

Joseph se temió lo peor. Si no hacía algo, ambos terminarían sufriendo, y después de esos días de separación, él tenía más que claro que no quería dejarla nunca. Además, su esposa se veía fiera, segura de sí misma... al menos hasta que la escuchó suspirar. Sobra decir que se le hacía la boca agua al verla sosteniendo esa cuerda tan maravillosa con la que él podría atarla al cabecero de la cama y luego... ¡Santo Dios! No podría hacerle algo así la primera vez que le hiciera el amor.

Por más que sospechase que alguien le había hablado de lo que a él le gustaba, no correría el riesgo de arruinar el tratado de paz que habían firmado.

—Ven aquí, mi vizcondesa, y dime por qué sostienes una cuerda entre las manos —le indicó con suavidad.

Su voz era baja, pero Cleo sintió un hormigueo placentero ante la sensualidad que escondían las palabras. Se le aceleró el corazón todavía más.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque quiero que lo hagas. Ven, florecilla —le ordenó.

—Puedo ir hasta tu posición, pero en cuanto a lo de explicarte el segundo asunto... Creo que está más que claro lo que sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo suficiente como para estar dispuesta a darte lo que precisas de mí. Seré franca, vas a tener que armarte de paciencia, dado que yo...

—¡Por amor de Dios, Cleopatra! —saltó ya con incomodidad—. ¿Qué es lo que has escuchado?

—Cosas —dijo sin precisar.

—Ya veo... Cosas que incluyen una cuerda.

—Eso es.

—¿Quién te ha contado... —tragó saliva —historias sobre mí?

—No puedo decírtelo —murmuró.

—Soy tu esposo. Estás de pie sosteniendo una cuerda con la que intuyes que pretendo atarte al cabecero de la cama, así que creo que hemos traspasado el umbral de lo decente y secreto, Cleopatra.

—¿No te sirve con que haya aceptado esto? —levantó la cuerda en alto.

—No —apuntó con rotundidad.

—¿Vamos a volver a pelearnos, Gilmore?

—Wars, no olvides que soy un vizconde.

—Y tú no dejes de recordar que yo te atrapé.

—¿Me atrapaste?

—Así fue, te he obligado a casarte conmigo y no vas a escapar. —Cleo miró la cuerda—. ¿Quieres que te ate a ti y así yo pueda estar al mando?

Joseph cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con una sonrisa sardónica.

—¿Sabrías qué hacer en caso de tenerme atado y a tu entera disposición para ser tu más humilde esclavo, amor?

—Uhm... —Ella comenzó a sopesar la situación mientras sentía mariposas en el estómago por el apelativo cariñoso que había usado para referirse a ella—. Soy inexperta, eso ya lo sabemos los dos, pero ahora mismo no me siento inocente del todo. Mi hermana Charlize es un pozo de sabiduría.

A Joseph se le quitó toda la diversión de un plumazo.

—Por amor del cielo, Cleopatra, dime que no ha sido la pequeña arpía la que te ha hablado sobre... *eso* —rogó, mientras con la mirada apuntaba hacia la cuerda.

Cleopatra se mordió el labio inferior. ¡Maldición! No debió haber dicho nada incriminatorio sobre Char.

—¿Podemos dejar a un lado a mi hermana, y centrarnos en lo que va a ser una reconciliación hermosa que nos hará estar juntos y felices hasta el fin de nuestros días? —preguntó en tono ensoñador.

Joseph soltó una carcajada.

—No puedes estar imaginando un cuento de hadas mientras barajas la posibilidad de hacer el amor con uno de los dos atados a la cama.

Ella frunció el ceño.

—¿Así que es factible que pueda atarte yo a ti?

—Oh, Cleopatra. Lo haces todo tan fácil. Llevo días apartado de ti porque temía espantarte, pero no, tú no podrías salir huyendo ni aunque yo comenzase a gritarte, ¿cierto?

—Así es. No está en la naturaleza de una Archer correr cuando las cosas se ponen feas. Nos quedamos y luchamos.

—Ya lo estoy viendo. —Él se pasó una mano por el pelo—. Te juro que de haber sabido que esto podía salir así, no me habría ido de tu lado. Es más, aquella noche en la que te besé hace tantos años hubiera podido... —se silenció, para después suspirar con fuerza.

—¿Cortejarme? —sugirió ella, con el corazón agitado al ver que él seguía mencionando su primer y ardiente beso.

—Sí, Cleopatra. Merecías un cortejo, flores, bombones, paseos en bote, por el parque... Todo el paquete, y en vez de darte lo que deberías recibir, estás en mi cama sosteniendo una cuerda.

—¿Y eso es algo malo que no debería haber hecho? —preguntó con cautela.

—No, en absoluto. Eso me demuestra que no debo subestimarte jamás. Aunque ya no eres una Archer, los Gilmore también somos inteligentes, aunque no siempre lo haya demostrado. Ahora ven a mí para que pueda besarte.

—Pero... ¿tendremos una vida de cuento de hadas? ¿Hemos arreglado nuestros problemas?

—Digamos que estamos empezando con buen pie, y que todos los temores que tenía con respecto a lo que sucedería cuando descubrieses lo que ansío en el lecho han quedado atrás. Ven, Cleopatra, no me hagas esperar más. Estoy más que preparado para ti —le dijo con picardía mientras comenzaba a desembarazarse de la chaqueta.

Cuando ella se dirigió finalmente hacia él, su respiración se detuvo en seco y cada gota de sangre en su cuerpo se agolpó en su virilidad. Duro y listo. Tuvo que morderse el labio para no gemir en voz alta al imaginar lo que deparaba su encuentro.

La tenía frente a él. Ambos a un paso de la cama. A su alcance. Al fin cumpliría aquel sueño que tuvo cuando la besó por primera vez. Suya. La dulce y tierna Cleopatra era suya por fin.

El vizconde sentía que su corazón latía con fuerza, algo nunca visto. Todo en él le gritaba que la cogiese en brazos, le arrancase la ropa y la arrastrase hasta el lecho.

La observó levantar la barbilla en ese ángulo altivo que a él tanto lo enloquecía, y a continuación dio un último pequeño paso para estar a unos pocos centímetros de él.

La mirada que él le daba... tan penetrante y oscura podría hacer que Cleo acabase desplomada en el suelo. Se sentía tan mujer, tan deseada y amada...

—Te amo —le dijo. Tal vez fuese prematuro, pero era lo que sentía, así que ¿por qué seguir callada? ¿Acaso se quedó en silencio Eva cuando vio a Adán y supo lo que le hacía sentir? Nada de eso. Se dispusieron a poblar la tierra a toda prisa, de tal modo que no hubo un amor más rápido que ese.

Lo observó abrir los ojos con sorpresa.

—¿Me amas?

—Sí.

—¿Cómo puedes saberlo? —indagó.

—Porque estos días en los que no he estado contigo solo pensaba en ti, en qué

estarías haciendo, y me dolía el corazón por no tenerte cerca. Desde aquel beso en el hotel, tantos años atrás, yo... —Exhaló—. No he dejado de pensar en ti, y a la vez me he negado a albergar alguna esperanza, pero eres mi marido y estoy enamorada de ti. Si ponemos de nuestra parte, podemos hacerlo muy bien.

Él le sonrió.

—No sé lo que es el amor, Cleopatra. Los hombres no pensamos demasiado en esas cosas, más cuando tenemos mucho trabajo y grandes sueños, pero te aseguro que me importas como ninguna otra, y que te deseo con cada fibra de mi ser.

—Creo que me amas —le dijo con media sonrisa.

—Si no lo hago aún, estoy seguro de que pronto lo haré, y porque deseaba complacerte en toda la extensión de la palabra, es por lo que no he reclamado tu dote. —Le pareció que ella debía conocer ese sacrificio, dado que tal vez él actuó motivado por amor sin saberlo.

—¿Qué? —¿No le había exigido a Aidan el dinero que iba a aportar ella al matrimonio?

—No pediré tu dote hasta que yo tenga fondos suficientes, por consiguiente no voy a construir mi segundo y gran hotel hasta más adelante. He pensado que era un buen momento para explicártelo. No quiero que pienses que nuestra unión fue por conveniencia... —Él torció el gesto al darse cuenta de lo falsas que sonaban sus palabras—. Entiendo que acordamos que uno recibiría dinero y el otro un precioso bebé, así que por ahora me basta con tenerte y tratar de darte lo que deseas. Serás la madre de mis hijos.

A Cleopatra se le inundaron los ojos. Soltó la cuerda. Se echó a sus brazos y derramó unas pocas lágrimas mientras él la sostenía.

—Sí que me amas, amor mío. Me amas tanto que has sacrificado lo que más querías por mí —expresó, llena de orgullo.

—Es lo mínimo que podía haber hecho. Tú te has mostrado fuerte y tranquila cuando has descubierto mis necesidades. Creo que estamos los dos a la par y de que nuestro matrimonio será fantástico. No quería presumir, pero necesitaba que entendieses que yo también estoy poniendo de mi parte.

—Lo será. Nuestra unión será fabulosa —aseguró, al tiempo que comenzaba a

quitarle la camisa con prisa.

Él se quedó asombrado cuando llegó a la presilla de sus pantalones y no titubeó. ¿Quién era esa mujer audaz que desnudaba a su amante, exigiendo lo que deseaba sin avergonzarse?

Cleopatra nunca se había sentido tan viva, tan poderosa como en ese momento, cuando él le permitió quitarle hasta la última prenda de ropa.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó arrogante.

—Eres perfecto.

Gloriosamente desnudo.

Excitantemente grande.

Su virilidad se veía vibrante, erguida y tan altiva como ella misma cuando deseaba mostrarse orgullosa.

Él estaba en silencio y quieto mientras Cleo lo observaba con atención. Su cuerpo era demasiado... demasiado... ¡todo! Fuerte y alto, y se veía vulnerable, lo mismo que ella se sentía. Quería pasar sus manos sobre cada porción de su piel. Sin embargo, deseaba que primero su esposo la besara. Necesitaba sentir el sabor de la pasión en la lengua, una lengua que esperaba que lamiese cada parte de ella también.

Era extraño. Tan valiente como había empezado a actuar, y de pronto comenzó a sentirse tímida. No sabía cómo continuar, lo que él esperaba de ella. Todo lo que se limitaba a hacer era mirarlo una y otra y otra, y otra vez...

Se sentía mareada, caliente, como si su cuerpo estuviese en llamas.

—¿Cleo? —la llamó para ver si ella reaccionaba.

—¿Sí?

Seguía mirándolo por completo y mentiría si no confesaba que Joseph se sentía pletórico con tanta admiración. Era una mujer contemplando lo que le pertenecía, una leona que

se relamía con el banquete aunque no supiera por donde comenzar a *morder*.

—¿Puedo ver yo lo sublime que eres tú o deseas que siga posando para ti, amor?

—¿Qué? —No podía usar su intelecto para nada que no fuera imaginar sus besos, su toque, su lengua por todas partes. Cuando acabase la noche tendría que buscar a Charlize para regalarle varias toneladas de bombones. Bueno, lo haría mañana o pasado, o dentro de un mes, cuando consiguiera dejar la cama de su esposo.

—¿Puedo desnudarte?

—¿Cómo dices? —¿Por qué no la tocaba y la besaba?

—Te perdonaré tu falta de atención porque soy consciente de que estás muy asombrada con tu apuesto y magnífico esposo.

—Dios mío... —susurró mientras miraba su virilidad, al darse cuenta de algo fundamental. ¿*Eso* iba a caber dentro de ella? Charlize no lo sabía todo después de todo. ¡Él no iba a caber *ahí*!

Antes de que pudiese formular la pregunta, su marido se abalanzó sobre ella y la desvistió con tal pericia que comprendió que era un hombre con suma experiencia. Apartó los celos y se concentró en el presente. Suyo para el resto de su vida, ese era Joseph Ethan Gilmore.

Su vizconde. Al que había atrapado.

Entonces los papeles se intercambiaron porque ella estaba desnuda. Él se quedó fijamente mirándola.

—Eres perfecta, amor.

Cleopatra contuvo las ganas de tapar sus partes privadas con las manos. Era momento de ser más valiente si cabía. Aunque tuviese los mofletes al rojo vivo, sería una mujer sin pudor.

Había algo muy cautivador en la forma en la que la miraba. Se apreciaba perverso y sensual, y a ella le encantaba eso.

—Podemos retrasar esto si quieres — sugirió él con un tono de voz bajo y pesado, casi angustioso.

—¡No! —gritó sin pretenderlo—. Es decir, quiero ser tu esposa aquí y ahora. Seré tuya en la forma en la que lo necesites —se ofreció.

—Tan desinteresada... Me vuelves loco, amor. —confesó, sosteniendo su mirada.

Luego llevó la mano hasta sus pezones y comenzó a acariciarlos. Apretó con suavidad, probó su textura y los acunó. Una vez. Otra vez, tantas veces que hizo que ella tuviera que cerrar los ojos. Los suspiros inundaban la habitación.

—Son magníficos —murmuró él con voz espesa, al tiempo que contemplaba esos senos que amamantarían a sus hijos... También a él cuando llegase el momento.

—Gilmore... —susurró con fatiga. Estaba mareada y ansiosa.

Él sonrió. Unas pocas caricias y la había encendido por completo. Tan receptiva y sincera que podría matarlo antes de empezar.

—Me encanta cuando me llamas por mi apellido, te hace parecer tan... Eres mi dueña, amor.

Dejó de acariciarle los senos, levantó la mano derecha y la sujetó por la nuca. Su pelo seguía colocado en un moño que le daba un aire ducal.

—Deja que te muestre cuánto te necesito —le pidió con humildad, antes de estampar su boca contra la de ella.

Sus pechos se aplastaron contra su torso. La sujetó con firmeza mientras ambas lenguas se encontraban y saboreaban entre sofocados gemidos de anhelo.

El vizconde no pudo esperar más. La alzó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la dejó cómodamente tendida en el centro. Se alejó un poco para ver el cuadro que se presentaba ante sus ojos.

—Eres un sueño, Cleo. Uno tan hermoso que duele... —la elogió a la vez que se disponía a ir en busca de la cuerda. La observó tensarse y le sonrió—. Haré que disfrutes tanto que te juro por Dios que no te arrepentirás de confiar en mí.

Llegó hasta su lado y le acarició la mejilla.

—Estoy un poco... —No supo cómo seguir.

—¿Asustada?

—Nerviosa —le informó.

—No haría nunca nada que te hiciera daño.

—Vas a atarme... ¿por qué?

—Me gusta sentir que me perteneces, que poseo tu confianza ciega. Quiero tenerte sumisa mientras disfruto de ti, mientras te permito disfrutar de mí.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó.

—Tiéndete y pon las manos sobre tu cabeza. —Ella lo hizo—. Ahora te las ataré con suavidad. Si no estás cómoda...

—Estaré bien —lo cortó—. Confío en ti.

—Bien. —Se dispuso a anudarla tal y como le había dicho, las manos pasando sobre su cabeza y atadas a un pequeño poste que había en el medio, escondido entre las almohadas y del que al fin comprendía su ubicación—. ¿Estás bien? —preguntó cuando terminó.

—Sí.

—Algún día querré atarte las piernas también, pero comenzaremos por el principio —le dijo.

No le dejó tiempo para opinar, se colocó sobre ella con cuidado de no lastimarla y comenzó a besarla.

Sus besos eran maravillosos, tanto como las caricias que le prodigaban sus manos. Las sentía por todos lados. Y cuando llegó *ahí*.

—¡Dios!

—No, amor —dijo con bufonería—. Solo tu esposo. —Le pareció que ya no era su florecilla inocente, lo que sentía iba mucho más allá, era amor. El comienzo de un gran amor. No quedaban demasiadas dudas de lo que él sentía por ella.

La dama se perdió la broma, dado que Cleo tuvo que concentrarse en esa confiada mano que posesivamente atacaba su intimidad.

—Estás tan húmeda, tan lista para ser poseída... —murmuró lleno de deseo.

Ella jadeó y arqueó la columna, echando la cabeza hacia atrás cuando un dedo se introdujo en su interior. Sin tiempo para oponerse o pedir más, la boca de él la abandonó para ir a buscar... ¡Dios! ¡La estaba besando *ahí*!

Y Cleo que pensó que su hermana se había equivocado por completo cuando le dijo que eso se podía hacer.

Su lengua estaba directamente sobre ese nudo de nervios que la hacía temblar, chupaba una y otra vez el capullo hinchado, sin darle tregua.

Exigente.

Tirano.

—¡Gilmore! Un poco más... menos... ¡Dios!

—¿Qué, amor? —se burló de ella—. ¿Lo necesitas todavía más rápido o prefieres más lento?

—¡Por Dios, no te detengas! —le ordenó.

Y él, siervo de su señora, tras emitir una breve carcajada, se dispuso a cumplir órdenes.

Mientras la besaba íntimamente, con pasión y fuego, la sed se aceleraba en el interior de Cleo. Un hambre desconocida. Ansiosa. Tan ardiente que la asustaba.

Las caderas femeninas comenzaron a moverse sobre la lengua, y a un primer dedo se le unió un segundo.

—Veamos si puedes soportar más —dijo él, para después comenzar a lamerla con mayor intensidad y tratar de introducir un tercer dedo.

—¡Gilmore! —gritó, extasiada mientras sentía una pequeña punzada. Algo la acababa de atravesar. Un gozo extremo unido a un pequeño bocado extraño.

Joseph lo sabía. La había estado escuchando con atención, por eso era muy consciente de todo lo que su esposa sentía. Ella iba a perder el control, y por eso usó sus dedos para arrebatarse la virginidad justo cuando ella estaba volando alto.

Suya. Era suya.

No había vuelta atrás.

Cleopatra bajó la cabeza para observarlo. Lo que vio en sus ojos la atrapó como si fuese un pez en una red. Se quedó sin aliento y su vientre se estremeció ante la intensidad de la mirada de su esposo.

Anhelos.

Lujuria.

Deseo.

Amor. Mucho amor.

Él le sonrió y se levantó. Se pasó los dedos para secarse la humedad de ella.

—Mira cuánto necesitas que te toque tu esposo, amor, pero aún no es suficiente, ¿verdad? —preguntó pícaro y arrogante.

—¿Sangre? —preguntó alarmada—. ¡Desátame! —le exigió.

—Tranquila, Cleo. —Él llegó de inmediato a su lado. La acarició el rostro con la otra mano. Su moño estaba hecho un desastre y, sin embargo, la encontró preciosa. Una mujer

amada, saciada—. He usado los dedos para despojarte de tu virginidad. Estás bien. No te muevas, deja que me limpie un poco y seguiremos... Si así lo deseas, por supuesto.

Ella lo entendió. Se tranquilizó y se dio cuenta de que todavía no estaba plenamente satisfecha.

—Quiero más de ti.

—Yo también —gruñó.

Se tomó unos pocos segundos para limpiarse. Cuando regresó vio un reguero de sangre en la sábana. No había sentido el sabor metálico en la boca, pues calculó bien el momento exacto para hundir esa tercera falange. No quería hacerle más daño del necesario, con la barrera rota esperaba que fuese más fácil para ella permitirle el acceso. Joseph no era un hombre pequeño.

Se colocó encima de ella de nuevo y comenzó a besarla. Le abrió las piernas con las suyas. Era necesario que Cleo estuviese concentrada en sus besos.

Colocó su virilidad en la entrada.

—¡Gilmore! —jadeó al ser consciente de lo que estaba por llegar.

—¿Has dejado de confiar en mí, amor?

—No. —No dudó ni un instante.

—Entonces dime que me necesitas dentro, tanto como ansío hundirme en tu interior.

—Sí... sí... —La posesión que sentía en sus palabras la volvía loca, al igual que los besos que no se habían detenido ni un instante.

—Dímelo, mujer. Dime que eres mía, que quieres ser mía, deseas sentirme deslizándome en tu interior.

Los dedos de él habían vuelto a friccionar su nudo de nervios. La estaba volviendo loca de nuevo. Eso le gustaba más que verla adormecida. La prefería vigorosa y

exigente.

—Sí, sí. Te necesito dentro. Quiero ser tuya, hacerte mío. ¡Oh sí!, no me hagas esperar más.

—Estás empapada de nuevo —advirtió, en un tono que ella no había escuchado antes. Su voz era tan... No sabía cómo definirlo, ¿necesidad cruda? Sí, tenía que ser eso, porque era lo que ella sentía una vez más.

Levantó la cabeza, lo miró y logró divisar esos ojos negros que resplandecían debido a la luz de las velas que imperaba en la habitación. Sus ojos llameaban más que el puro fuego. Lo vio.

Dominante.

Tirano.

Ansioso.

—Te necesito dentro... —repitió ella.

Su respuesta fue un fuerte gemido y de un envite profundo se metió hasta la empuñadura.

Ella chilló. Mitad placer, mitad dolor.

Lo sintió ahí. Enterrado en lo más profundo de su ser. Reclamándola sin moverse todavía.

—¿Puedes soportarlo, Cleopatra? —preguntó tratando de mantener el control.

—Estoy bien, solo... —se silenció. Decir lo que necesitaba quizá lo haría enfadarse y ella quería complacerlo.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada.

—No habrá secretos entre nosotros. Te estoy dejando ver a la bestia que hay en mi interior.

—No eres una bestia, mi amor —lo contradijo con ternura.

—Lo soy, porque querré llevarte al límite en cuanto sepas cómo permitírmelo. Así que dime qué es lo que no está bien.

La vio lamerse los labios y eso envió un tirón a su hombría. Uno que seguramente ella sintió en su interior.

—Quiero abrazarte, rodearte con mis brazos —le confesó.

—Maldita sea...

—Lo siento —se disculpó, creyendo que lo había disgustado.

—No tenía que haberte atado la primera vez —dijo, para luego levantar las manos y darle un firme tirón a la cuerda a fin de desanudarla. Dado que él había previsto que ella no aceptase las reglas con tanta facilidad, el nudo no fue demasiado elaborado.

—¿Estás enfadado? —preguntó con cautela.

—No, amor. Hoy te lo permitiré, también quiero sentir cómo te agarras a mi espalda mientras busco la liberación, pero no confíes en que te deje libre a menudo. Me gusta demasiado privarte de libertad.

—¿Es por una cuestión de poder?

Él le sonrió pecaminoso.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Te molestaría si te dijese que te he imaginado a mi merced?

—¿Atado? —preguntó asombrado.

—Uhm... sí —confesó.

Él comenzó a reírse.

—Eres del todo inesperada, esposa mía.

—¿Eso significa que podré... invertir la posición algún día?

—Maldita sea si no me repliego a tus deseos, mujer. Harás de mí un pelele que besaré el suelo que pisas —dijo incrédulo, pues no había pensado en que desearía tanto complacer a una mujer en todos los sentidos.

Esa conexión con su esposa era nueva e inesperada. Se sentía muy posesivo y protector. Nunca le había sucedido con una de sus amantes. Fornicar era un juego excitante, pero con su vizcondesa era diferente. Necesitaba que ella supiera que para él siempre sería lo primero. Su protección era su mayor motivación.

Cleo le acarició el cabello y después le colocó las manos en la nuca.

—Te amo, creo que no te lo he dicho desde hace mucho.

—Te amo, Cleo —le dijo él, al tiempo que comenzaba a mecer las caderas. Poco a poco primero, imprimiendo más ritmo cuando ella enredó las piernas en su cintura y lo apretó contra su cuerpo.

—Gilmore... —susurró, muerta por la necesidad que esa sensual danza incitaba.

—Goza conmigo, amor —susurró sombrío—. Junto a mí.

Lo sentía. Lo sentía en su interior. Poderoso. Grueso. Largo. Palpitante.

—Estoy ardiendo otra vez —le dijo, con el fin de que él hiciese algo al respecto.

La entendió de inmediato. Se colocó en una mejor posición para llevar una mano hasta donde sus cuerpos se unían.

—Lo quiero todo, amor. Dámelo todo. Ven conmigo. Vuela conmigo... ¡Ahoraaaaaaa! —gritó, incapaz de contenerse más.

Luego buscó la boca de su esposa y se unió a ella para darle un beso profundo, pretendía tragarse todo su placer. Y Cleopatra no lo decepcionó, unos pocos segundos después de que él cantase su liberación, ella chilló de puro éxtasis.

Continuó empujando, deslizándose dentro y fuera con movimientos lentos y uniformes hasta que estuvo seguro de que su amada y amante esposa había logrado la plenitud.

Esa noche durmieron enlazados. Satisfechos y expectantes por lo que depararía el futuro. Una cosa era segura, Cleo podía convertirse en una estupenda alumna, porque todo lo que él le había enseñado mientras se amaban, le pareció sublime.

Antes del alba, hicieron el amor otra vez. Sin cuerdas. Gilmore era consciente de que tenía toda la vida para disfrutar de sus juegos secretos con su mujer.

Ella no había sido la primera, pero sería la última.

Tuvo que haber prestado más atención a aquel beso prohibido que le dio años atrás. En su interior sabía que la anteriormente conocida como Cleopatra Archer sería su talón de Aquiles, pero al fin se daba cuenta de que ella podía ser también su mayor fortaleza.

Una nueva pareja surgía para afrontar la vida en común. Habría momentos duros, amables, tiernos y apasionantes, todo lo que estuviera por llegar lo harían juntos. No había nada más esperanzador que eso.

Epílogo

Cleopatra se había sorprendido cuando al llegar a casa de Aidan, los sirvientes le dijeron que la familia se acababa de trasladar al campo. ¿Así de fácil se había marchado su familia? ¿Sin averiguar si ella estaba bien? No entendía nada. No era propio de ellos hacer algo así.

El carruaje, que la estaba llevando a Luffgarden, la finca en la que las hermanas se criaron y donde Aidan se trasladó para hacer feliz a Freyja a fin de que no abandonase la casa que tanto amaba, se zarandeó ligeramente hacia la derecha.

—Santo cielo, tu cochero pretende que tengamos un accidente —dijo Cleopatra.

Su esposo suspiró con pesadez.

—Lo que te ocurre es que estás molesta.

Ella le sonrió con picardía. Él se dio cuenta de que su mujer iba a decir alguna cosa perversa. Estaba deseando escucharla. Estaba creando una mujer tan ardiente y atrevida... ¡Maravillosa!

—No puedo estar molesta cuando esta mañana me has amado tan concienzudamente, esposo.

—¿Es una queja? Tal vez debería haberte hecho el amor una tercera vez, porque dos no han sido suficientes para suavizar tu carácter.

—Puedes hacer conmigo lo que desees, ya lo sabes, pero no estoy inquieta por tus maravillosas atenciones, es que... —Se silenció, porque Cleo se dio cuenta de que si seguía

hablando en alto podría comenzar a parecerse a Charlize cuando se irritaba por todo.

—Ya te lo he explicado, amor. Tu familia está tan segura de que soy el mejor esposo posible, que te dejó a mi cargo. La pequeña arpía los ha debido convencer de que soy fantástico —dijo pagado de sí mismo.

Cleo rodó los ojos. Un par de días sin salir de la cama y él se creía perfecto... Está bien, lo era, pero aun así podría mostrarse un poco más humilde. Además, en honor a la verdad, la culpa era de ella por haberle contado cómo su hermana menor la ayudó porque lo apreciaba y le dio una charla de lo más esclarecedora sobre el matrimonio. ¿Cómo podía saber tanto Char? La pregunta se la hacía demasiadas veces últimamente, y en realidad Cleo intuía que cuanto menos supiera sobre ese asunto mejor para las dos.

—Charlize no dijo que fueses fantástico.

—Yo creo que sí —rebatía él.

—Dijo que esperaba no arrepentirse de su decisión sobre echarle una mano para conquistarme. Ciertamente los dos sois parecidos en cuanto a vuestro gran ego.

—Creo que fuiste tú la que llegó a mi vida dispuesta a conquistarme porque soy fantástico, amor.

—Imposible sí que eres, querido mío.

—Sí, bueno, pero no olvides lo fabuloso que soy.

—No sabía que fueses tan vanidoso.

—Lo soy porque me hago una buena idea del carácter de Charlize, y si ella decidió ayudarte a conquistarme —sobra decir que su esposa gimió en alto— es porque yo era el indicado para ti.

—Para poner un poco de paz entre nosotros, Gilmore, te concederé que sí eres el indicado para mí.

—Y soy fabuloso. Dilo.

—No te halagaré más de la cuenta, podría ser peligroso para ti —dijo con una sonrisa.

—Formidable, entonces. Dilo —repitió la petición.

—No. Me niego.

—En cuanto te ponga las manos encima exigiré que me rindas culto y recites mis formidables cualidades. Pagarás por la afrenta mi querida vizcondesa.

Ella amplió su sonrisa entonces.

—Cuento con ello.

—Pícara descarada... Si no fuese porque estamos cerca de Luffgarden te haría rogar.

—Suenas delicioso —lo indujo a cometer la locura.

Su esposo le dio un tirón y la colocó en su regazo. Comenzó a besarla con ímpetu.

—¿Te he dicho que eres maravillosa y fabulosa?

—Varias veces.

—Bien, porque lo eres y te deseo a todas horas. Ahora sé una buena chica y frena a tu esposo antes de que cometa una temeridad, y tu familia te vea salir del carruaje con el pelo revuelto, sonrojada y satisfecha.

—Créeme, Freyja se lo merecería para así darse cuenta de lo embarazoso que resultaba verla salir del despacho de su marido. —Se quedó un momento pensativa. Luego miró a su esposo y le dijo—: Charlize y yo siempre le recriminábamos que una esposa debería ser menos evidente. Me doy perfectamente cuenta de mi error, dado que yo no consigo saciarme de ti, Gilmore.

—Buenas noticias. Podríamos quedarnos a vivir en la cama si así lo deseas.

—¿Dejarías de atender tus negocios por mí? —preguntó incrédula.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas? ¿Qué hombre diría que no a una hermosa mujer tendida en su cama desnuda?

—No olvides atarme.

—Sí, lo sé, ya te está empezando a gustar. ¿Me equivoco?

—Es interesante, lo reconozco.

—Confiesa que cuando te vendé los ojos con el pañuelo de la corbata comenzaste a humedecerte sin tan siquiera haberte tocado.

—¡Por supuesto que ocurrió así! Eres maravillosamente malvado, por lo que la anticipación me recorre cada vez que me observas.

—¿Cómo te miro si puede saberse? —preguntó con humor.

—Como si fueses a devorarme. —Era la verdad.

—Ah, entonces sabes interpretar muy bien las miradas de tu esposo.

—Sí, siempre estás hambriento.

—De ti. —La besó una última vez, y al ver que ella no se bajaba de su regazo, la colocó de nuevo en su lugar.

—Eres un aguafiestas, Gilmore. ¿Cómo vas a corromper a tu mujer si la echas a un lado sin remordimiento alguno? —lo acusó.

—Tu familia, a excepción de Charlize, no tiene una buena opinión de mí.

—Eso es porque te portaste como un ogro del pantano cuando Aidan vino a pedir explicaciones. Lo ahuyentaste de mala manera —le recordó.

—Así fue, y lo volvería a hacer, lo confieso, pero dado que somos un par de recién casados que superaron su primera y última pelea, quiero darle al conde una mejor opinión sobre mí.

—¿Así que no haremos travesuras mientras llegamos al hogar de mi hermana? —preguntó desilusionada.

—No, Cleopatra. Quiero que me anheles hasta que yo decida que eres merecedora de mis atenciones.

—¿Merecedora? ¿No he sido una esposa atenta y complaciente?

—Sí, por supuesto, pero me he dado cuenta de que me gusta tenerte expectante y sin que sepas cuando pienso atacarte.

—Tan malvado como fabuloso —observó ella.

—Gracias.

—No era exactamente un cumplido. Sí que eres algo parecido a Char —dijo por lo bajo.

—Y ahí está tu antiguo hogar —apuntó, mientras señalaba por la ventana izquierda—. ¿Estás contenta por cómo van yendo las cosas?

—Es pronto para decirlo. Aunque imagino que el tiempo lo dirá.

—¿No estás contenta? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, sí lo estoy. Lo que trataba de explicarte es que tanto Freyja como Caliope tuvieron sus más y sus menos con sus respectivos esposos, y ha sido con el paso de los años cuando en verdad se ha visto que sus matrimonios son sólidos.

—El nuestro es sólido ya —gruñó irritado.

—El nuestro acaba de comenzar —dijo con suavidad—. Tenemos por delante mucho que hacer. Pero las perspectivas son excelentes —trató de tranquilizarlo.

—No me agrada que pienses que no estamos bien. Ya me has dicho que me amas, y sabes que te correspondo. Esto es sólido.

—Eres muy testarudo y te gusta salirte con la tuya por lo que veo —le dijo en

tono conciliador, para luego acercarse y darle un rápido beso. El vehículo estaba deteniéndose en la puerta principal de la casa.

A continuación, ella comenzó a levantarse y él le dio un breve tirón para volver a colocarla en su regazo.

—No podría haber pedido mejor esposa que tú, Cleopatra. No me arrepentiré jamás de la decisión que tomé y confío en que tú tampoco lo hagas.

—Lucharé por ti siempre, mi amor. Te lo he demostrado. Había una cuerda de por medio que podía unirnos o separarnos y creo que ha sucedido lo primero.

—No lo creas, es lo que ha ocurrido.

—Vayamos a ver por qué mi familia se ha marchado a toda prisa de Londres. Y quédate tranquilo, te amo y me amas. Eso es lo importante.

La retuvo un poco más, lo suficiente para colocar su mano en el vientre de Cleo.

—Espero darte pronto un hijo. He descubierto que me apasiona hacerte feliz.

—He descubierto que me encanta que te apasione hacerme feliz —le dijo mientras se reía—. Y haz el favor de relajarte, Gilmore, era yo la que estaba molesta con todos por no haberme avisado de que regresaban al campo. No van a censurarte, mi familia me quiere y te prometo que han aceptado mi decisión. Enviaron a Charlize para que fuese mi ángel salvador cuando desapareciste.

—¿Charlize siendo un ángel? Algo no concuerda en esa afirmación que has dicho.

Ella suspiró.

—¿Qué te preocupa, mi amor? —Lo veía muy nervioso y se había dado cuenta de que le estaba impidiendo salir del vehículo, y eso que su familia al completo, salvo Charlize, estaban en la puerta esperándolos. Eso incluía también a Caliope y su marido. Esa hermana en concreto no parecía feliz, la había visto con los brazos cruzados sobre su pecho antes de que su marido le diese el tirón para acomodarla sobre su cuerpo.

—Nada.

—Algo sucede. Soy tu esposa, confía en mí tanto como yo lo hago en ti cuando estamos en la cama —razonó con suavidad.

—No hice bien las cosas contigo, Cleopatra. Tu familia no me perdonará con facilidad —confesó pasados unos pocos segundos. Los que ella le concedió para que él hablase sin presionarlo.

—Si te quedas más tranquilo, te diré que amo a cada una de mis hermanas y que aprecio muchísimo a sus esposos, pero yo te elegí y nada ni nadie me hubiera hecho cambiar de idea, del mismo modo que no lo harán en un futuro. Ellos te aceptarán porque en cuanto salgamos verán mi rostro y comprenderán que me haces feliz y solo por ese motivo te adorarán. Además, no sé de qué te preocupas, Charlize es la más conflictiva de todos y ya cuentas con su bendición, no hay mayor logro que el que ya has conseguido.

Él sonrió de lado.

—Es cierto. Charlize es la pequeña, aunque es la que tiene el poder.

—Si dices cosas como esa, vas a enfadar a todo el mundo, así que no lo aires aunque sea verdad —le recomendó ella.

—¿Quieres hacer el favor de bajar, esposa? ¿Qué pensará tu familia de tu comportamiento? Coquetear con tu esposo mientras todos esperan para vernos... —le dijo al tiempo que comenzaba a abrir la puerta. Su argumento le valió para que su esposa soltase un potente bufido censor.

La primera en acercarse a Cleopatra fue su hermana Caliope.

—¿Qué es todo eso de que te has casado con Gilmore? —le plantó cara.

—Una gran verdad —le comentó Cleo.

—¿Casarte a toda prisa sin que estén tus hermanas presentes?

—¿Qué puedo decir? —se giró para observar a su esposo quien se había quedado detrás de ella, aunque se veía listo para saltar sobre cualquiera que la importunara. Era consciente de que él se estaba conteniendo—. Lo vi y supe que tenía que casarme con él —le sonrió a Gilmore y él le devolvió el gesto.

Caliope se quedó observando con atención la escena, esa mirada de complicidad entre ambos esposos. Su marido, el marqués de Moreland, quien tenía entre los brazos a su hija Gaia que no había cumplido todavía el año, se acercó a su marquesa.

—¿Ves cómo Charlize no mentía? Se ve que es una unión por amor.

—¡Por supuesto que lo es! —saltó Aidan—. ¿Me consideráis tan negligente como para no haber intervenido en caso de que Cleopatra hubiese sido desdichada?

—¿Y cómo te hubieses enterado de esa situación, Aidan? —se interesó Freyja con diversión.

—Por los informes diarios que me ofrecía Charlize —dijo con orgullo el conde de Ross y Luff.

—¿Mi hermana era tu espía? —indagó Cleo sin creer lo que oía. Por fin entendía los motivos por los que Aidan dejó ir a Char sin vigilancia para consolarla. ¡La muy arpía informaba a Aidan! ¿Le habría dicho lo de la cuerda? No, seguro que no, dado que en caso contrario el conde no se vería tan tranquilo.

En ese momento, Gilmore le pasó un brazo por los hombros a su vizcondesa.

—Entiendo que las cosas no han sido fáciles y que... —¿Cómo tenía que continuar? Los negocios eran más fáciles que el hecho de tener que enfrentarse a la familia de su mujer—. Quiero disculparme por mis faltas, todas ellas y asegurarnos que mi esposa es amada y está protegida.

—Lo soy y lo estoy —ratificó Cleo.

—Bienvenido a la familia. —El marqués de Moreland se pasó a la pequeña Gaia al otro lado de su cuerpo y le ofreció la mano a Gilmore—. Es un placer contar en nuestras filas con otro hombre más, Ross y yo estábamos en clara desventaja frente a tantas mujeres tercas.

—Lo que será interesante será ver qué clase de marido trae Charlize —dijo en voz alta Aidan. Lo que le valió para que Freyja le diese un codazo.

—¿Dónde está Char? Por cierto —indagó Cleo.

—Ha salido a dar un paseo —le dijo Freyja con la voz trémula.

—¿Ocurre algo malo? —se interesó Gilmore al ver que la familia estaba de pronto tan silenciosa.

—Oh, lo siento mucho. No deberíamos empañar tu felicidad, Cleo —habló Freyja—. Estamos muy preocupados por Char.

—¿Por qué? ¿Está enferma? —se asustó Cleo.

—No. Solo nos pidió regresar a Luffgarden —siguió la condesa de Ross y Luff.

—¿Y eso es malo?

—Lo es cuando se trata de una muchacha que adora la temporada —le explicó Aidan.

—¿Qué es lo que me estoy perdiendo? —Cleopatra no entendía nada.

—Rendow regresó a Londres hace poco —desveló Aidan, pues la pequeña de las Archer no le había contado nada más al respecto y era imposible hacer que se abriese, cosa extraña, pues con él era con quien más hablaba de cualquier asunto, apropiado o no.

—¡Santo Dios! —exclamó Cleo al comprender la situación.

—Tal vez a ti te cuente algo —terció Freyja—. ¿Por qué no vas a la arboleda a buscarla? Estos días disfruta de su soledad allí. Todos nosotros lo hemos intentado y no hemos tenido éxito. Charlize está... No está bien.

La mirada de Cleopatra buscó la de Gilmore.

—¿Te importa si...?

—Ve a buscar a tu hermana, nos veremos más tarde.

Ella puso rumbo hacia el lugar donde le había indicado Freyja, pero se ladeó y miró a su esposo. Él le tendió la mano y con un pequeño tirón la acercó hasta que se quedó pegada en su torso. Entonces la besó. Un beso no demasiado lascivo, pero lo suficientemente decidido para dejar claro que era un hombre enamorado.

Cleopatra se separó cuando él se lo permitió y no esperó ver a sus dos hermanas mirándola con cara embelesada.

—Se aman —apuntó Freyja.

—Muchísimo —concordó Caliope.

Sobra decir que en el momento en el que Aidan y el marqués de Moreland intuyeron que iba a producirse una demostración tierna, se dieron la vuelta y comenzaron a caminar hacia el interior de la casa.

—Entonces... ¿todo está bien? —sondeó Gilmore mientras miraba a las dos hermanas.

—Sí —dijeron al unísono Freyja y Cali.

—Perfecto. ¿Dónde están los caballeros? —preguntó al darse cuenta de que se había quedado a solas con las damas.

—Aidan habrá ido a ver si el pequeño Benedict se ha despertado de su corta siesta. Moreland lo estará esperando en el despacho mientras se sirve una copa y trata de dormir a la niña —le explicó Freyja.

—Únete a ellos —sugirió Cleo—. Hablan sin descanso de sus hijos, de cómo deben atenderlos y lo inteligentes que son pese a que todavía no saben ni hablar bien. Las lecciones te vendrán estupendamente bien para cuando nazca nuestro bebé.

—¿Estás embarazada? —saltó Freyja. A Aidan y a ella les había costado mucho concebir, no podía creerse que su hermana pudiese encontrarse en estado de buena esperanza tan pronto.

—Todavía no creo, pero confío en que pronto... —dijo Cleo, antes de darse media vuelta y marcharse azorada.

Freyja y Caliope lo guiaron hasta el interior de la casa. Desde luego que lo amonestaron por el modo en el que había ocurrido su matrimonio, pero él se mostró paciente y les aseguró que su esposa era una mujer feliz, aunque seguramente menos que él, porque él lo era inmensamente más.

Mientras tanto, la vizcondesa de Wars se adentró en el campo dispuesta a averiguar lo que le sucedía a Charlize.

Encontró a su hermana llorando, recostada sobre un árbol, sentada en el suelo.

¡Dios!

—¿Te estás muriendo, Char?

La pregunta de Cleo interrumpió el llanto y la joven levantó la vista para enfrentarla.

—No. Y no acortes mi nombre, no me agrada cuando lo haces.

—¡Menos mal! Sigues siendo tú misma —respiró aliviada Cleo—. ¿Por qué lloras?

—Porque me apetece.

—Tú nunca lloras, y menos lo harías aunque te apeteciera. —Cleo se colocó a su lado, sentada en el suelo y le pasó una mano por la espalda para consolarla—. Eres la pequeña, y todas lo olvidamos porque te comportas como si fueses la mayor... a veces. ¿Qué te tiene tan preocupada que has decidido salir a toda prisa de Londres? —La vizcondesa comprendía que su familia se había marchado debido a la llegada del Villano Rendow, tal y como lo había rebautizado Char, y esperaba que le confesara lo que la atormentaba. Esos últimos días habían sido uña y carne, por lo que estaban en un momento muy dulce de su relación.

—¿Ha venido tu esposo contigo?

—Sí, pero háblame de tu dolor, Charlize. Veo que sufres y no quiero que nada te apene.

—Mejor dime que todo está bien con el señor Gilmore y que eres feliz.

—Todo está perfectamente con él y soy muy feliz. Ahora es tu turno. ¿Qué te sucede?

—Sé que Freyja te habrá contado que Rendow ha vuelto.

—Sí. ¿Temes que pueda volver a molestarte?

—No. No soy la misma ya.

—¿Y por qué lloras?

—Porque soy muy feliz.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me alegra mucho que mi querida hermana haya encontrado la felicidad y que haya sido gracias a mí.

—Ah, ¿sí? —repitió, incrédula Cleo.

—Sí, ahora vete, por favor.

—No.

—Quiero estar sola, Cleopatra.

—Y yo quiero saber todo lo referente a lo que sucede.

—No piensas dejarme sola tal y como te he pedido, ¿verdad?

—No.

—Así que dime cuál es el problema para que busquemos una solución.

Charlize no tenía ganas de centrarse en sí misma.

—Te contaré algo de lo más interesante. Desde que te observé escabullirte para encontrarte con el Aburrido Lane...

—¿Tienes que ponerles sobrenombres a todos? —la interrumpió.

—Sí. Creo que es muy creativo porque estoy de lo más acertada cuando lo hago.

Cleopatra resopló.

—Sigue con tu explicación, pero no creas que me olvidaré de hablar después de lo que te tiene tan apenada.

—Como te decía, te vi babeando por un hombre que no era el indicado para ti, así que tuve que hacer algo al respecto.

—¿Disculpa? —Algo se había perdido.

—¿Lane y tú, Cleopatra? Hubieras querido saltar de un acantilado para ver si así le dabas emoción a tu vida tres días después de haberte casado con él.

—Charlize, aunque quiero pensar que tus intenciones son buenas, considero que soy yo la responsable de mi propia vida. ¿No te parece?

—Por supuesto que no —dijo como si fuese algo normal no darle la razón a su hermana sobre algo fundamental—. ¿Sabes lo que hubiera sucedido si no llegó a intervenir? Pues que no estarías felizmente casada —alegó con la cabeza en alto, con los ojos todavía húmedos por el lloro que había cesado.

—¿Por qué tengo la sensación de que has hecho algo que me hará enfadar?

—¿Enfadarte? Nada de eso. Merezco por lo menos cinco cajas de bombones de la tienda que sabes que me gusta. No fue fácil alejar a Lane de ti y luego descubrir las cosas íntimas sobre Gilmore. Que sean diez —Juzgó que merecía mayor recompensa por su hazaña.

Cleo tomó una larga bocanada de aire. Sospechaba que iba a necesitar toda su paciencia para no ponerse a gritar.

—Sobre mi esposo y sus... peculiaridades, no volveremos a hablar jamás.

—Estoy de acuerdo. Resulta embarazoso.

—Otra cuestión es lo referente a Lane. ¿Qué hiciste, Charlize?

—Alejarlo de ti, ya te lo he dicho —apuntó con naturalidad, como si no hubiese hecho nada malo.

La vizcondesa se contuvo. No empezó a gritarle.

—¿Cómo lo lograste? —indagó Cleo, sabiendo que su respuesta no iba a gustarle.

—La gente tiende a hablar en confianza cuando les ofrezco los bombones, así que me topé con una muchacha que bebía los vientos por Lane y ella sí que era perfecta para él. Una noche que te seguí lo escuché decirte que iba a proponerse... Digamos que la joven dama estaba muerta de dolor porque iba a perder al hombre que amaba y tuve que ser creativa para hacer que el Aburrido Lane acabase en su habitación para atraparlo.

Cleo se quedó boquiabierta. ¡Su hermana le acababa de confesar un crimen y lo narraba llena de satisfacción!

—¿Fuiste su cómplice, Charlize? ¿Le contaste a ella que Lane pretendía casarse conmigo y que tenía que hacer algo para atraparlo? —No se lo podía creer. ¿Su hermana pequeña era tan retorcida?

—¿Por qué parece que estés enfadada? —No la entendía.

—Porque lo estoy, Char. Muchísimo... ¡Y no te atrevas a decirme que no acorte tu nombre! —exclamó al ver que Charlize iba a interrumpirla.

—No te lo diré, pero no lo hagas, no me agrada. En cuanto a tu enfado, no deberías más que estar agradecida por mi intervención. Te has casado con el hombre que te hace muy feliz, ¿recuerdas? Yo he hecho eso.

—¡Por amor de Dios! —dijo, mientras se ponía de pie—. Es imposible que comprendas que lo primero no excluye lo segundo. Te metiste en mis asuntos sin que te lo pidiera.

—Sí. Veinte cajas de bombones, no lo olvides.

Cleopatra gruñó y pateó el suelo, ni tan siquiera iba a corregirla y a recordarle que le había pedido otras cantidades inferiores anteriormente.

—¿No ves lo que has hecho? ¿Qué hubiera pasado si yo llego a estar

completamente enamorada de Lane?

—Que habrías cometido el mayor error de tu vida, dado que eres consciente de que Gilmore era el hombre al que estabas destinada.

—¡Te odio, Charlize! —le gritó exasperada, al ver que no iba a hacerle comprender a su hermana lo mal que había actuado. Usó el mismo tono que Char cuando se enfadaba y les chillaba eso mismo a las demás Archer.

La respuesta de la joven fue encogerse de hombros.

—Dices que me odias porque te he dado lo que deseabas, eres extraña, Cleo.

—¡Maldita sea, Char! Te dejaré sola porque soy capaz de... de... de... ¡No sé de qué podría hacerte ahora mismo! No actuaste bien —insistió.

—Por supuesto que sí. Eres muy feliz, eso es todo lo que siempre me ha importado. Lane no era para ti. Ahora déjame sola. Haz como Freyja, ve a disfrutar de tu esposo. Recuerda que quiero treinta cajas de ricos bombones. Un pago más que justo por mis servicios como casamentera y como... ya sabes, como instructora de asuntos... carnales.

—¡Dios! —exclamó Cleo antes de darse la vuelta y marcharse, porque podría comenzar a zarandear a su hermana con violencia.

Si bien era cierto que no cambiaría por nada del mundo a Gilmore, también era verdad que Charlize la había traicionado al entrometerse. De acuerdo, estaba satisfecha con el desenlace, pero su hermana tenía que comprender que no era Dios jugando con la vida de los demás.

Si hubiese estado atenta, Cleo habría visto a Charlize suspirando llena de alivio cuando ella se marchó.

El encuentro con Rendow, además de la conversación con el duque de Sutherland, cuando él la despreció por completo mientras ella mendigaba por un beso suyo, la habían dejado tan mal que le imploró a Aidan regresar a Luffgarden.

No lograba reponerse, borrar el dolor que esos dos hombres, en mayor o menor medida, le habían provocado, por lo que no deseaba encontrarse ni con el primero ni con el segundo en Londres.

Menos le apetecía compartir su tristeza con Cleopatra, y puesto que esa hermana podía ser tan terca como ella misma cuando se lo proponía, le pareció muy adecuado confesarle lo que había ocurrido con Lane a fin de espantarla, pues sabía que Cleopatra se iría enfadada de inmediato y la dejaría seguir con su llanto a solas. No le dijo que ella misma envió una nota al periódico para que todo Londres se enterase de la cuestión de Lane con la muchacha aquella misma noche, dado que no podía correr el riesgo de que el aburrido vizconde encontrase la solución para escapar del matrimonio al que se vio forzado. ¡Lane también debería regalarle por lo menos veinte cajas de bombones! Lady Amber —ese era el nombre de la joven que estaba enamorada de él— era su medio corazón, pues Charlize entendía de esas cosas. Solo veía a dos personas y sabía que debían estar juntos. Ciertamente con Gilmore no fue algo tan evidente, puesto que había escuchado cosas demasiado escalofriantes cuando lo colocó en la lista como pretendiente de su hermana. Pero al final se confirmó que su instinto era infalible.

Tres hermanas casadas con parejas adecuadas. Todo gracias a su intervención. Estaba satisfecha.

¿Por qué no había sido capaz de buscarse un pretendiente adecuado para sí misma?

¿Por qué tenía que haber regresado Rendow y hablarle de matrimonio?

¿Por qué Sutherland la encontraba tan repulsiva como para no haberle dado un beso?

Una vez el duque trató de besarla. Ocurrió la temporada pasada, cuando Caliope se las ingeniaba para conquistar a Moreland, con su inestimable ayuda, por supuesto.

Y lo que más la hacía sentir insegura, era la cuestión de pensar tanto en el rechazo de Sutherland. Lo que le hizo Rendow era mucho más doloroso que haberle negado un beso y, no obstante, Charlize no podía dejar de pensar en que el duque no quiso besarla...

¿Qué significaba eso? ¿Tanto había enfadado ella a Sutherland como para que le negase ese deseo desesperado?

Las lágrimas se detuvieron y, una sonrisa afloró, sin que ella fuese consciente de ese gesto que estaba haciendo, mientras pensaba en el modo tan atroz en el que trataba al mejor amigo de Aidan cada vez que se topaba con ella.

¿Qué sucedería si Charlize lograra enfadarlo mucho más?

¡Santo Dios!

¡Una dama enfadando a un duque!

¡Qué desfachatez!

Estaba pensando demasiado en el Viejo Sutherland y muy poco en Rendow. ¿Y si se casase con el barón?

¡No! Jamás lo perdonaría.

Lo mejor sería... sería... sería... ¿Qué? ¿Qué sería lo mejor para Charlize?

Ella no tenía la menor idea de cómo responder a esa pregunta.

Fin.

La próxima historia

Link: <https://pge.me/S6Y990>



Sinopsis

Lady Charlize, hija del anterior conde de Luff, es la endemoniada hermana Archer. No la llaman así por nada. Es concienzuda, con una voluntad de hierro y está más que acostumbrada a salirse con la suya.

La temporada se presenta aburrida e insulsa en Londres, pues ya no tiene más hermanas a las que casar. Deberá buscarse un nuevo proyecto que la ayude a consolidar su reputación como casamentera, porque convertirse en una, y que le sea rentable, parece una buena idea. Para una dama sin aspiraciones matrimoniales y a la que le gusta tanto enlazar parejas, tener un plan de futuro puede darle seguridad e independencia.

Con lo que no cuenta es con que aparezcan varios enemigos dispuestos a trastocar todo su mundo. Una dama sensata no debería desafiar a un hombre, menos si viene provisto de un título... Y enfadar a dos caballeros peligrosos puede ser una temeridad que acabe con ella apartada de la buena sociedad.

Ah, pero es la endemoniada Charlize, y no está en su naturaleza dejarse avasallar...

Finaliza la serie de las Hermanas Archer, con quienes Sarah Worth se ha ganado la lealtad de un buen número de lectoras enamoradas de la ficción romántica histórica.

Sobre Sarah Worth

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus historias románticas.

Siempre habrá romance, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y finales felices y cerrados.

La próxima historia será la de Charlize. Va a enfadar a un duque, pero... ¿será Sutherland?

No se sabe todavía. Rendow puede haber aprendido la lección y puede que merezca una segunda oportunidad. O tal vez aparezca un completo desconocido que la haga suspirar, tanto que incluso esté tentada a darle uno de sus preciados bombones, esos con los que soborna a la alta sociedad para obtener información de lo más interesante.

De todos modos, no será una historia excesivamente larga, irá al grano y no le faltará de nada, con: amor, celos, malentendidos y erotismo.

¡A leer!

